



FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

P

El tiempo

Autor:

Martín, Gaspar

Tutor:

1924

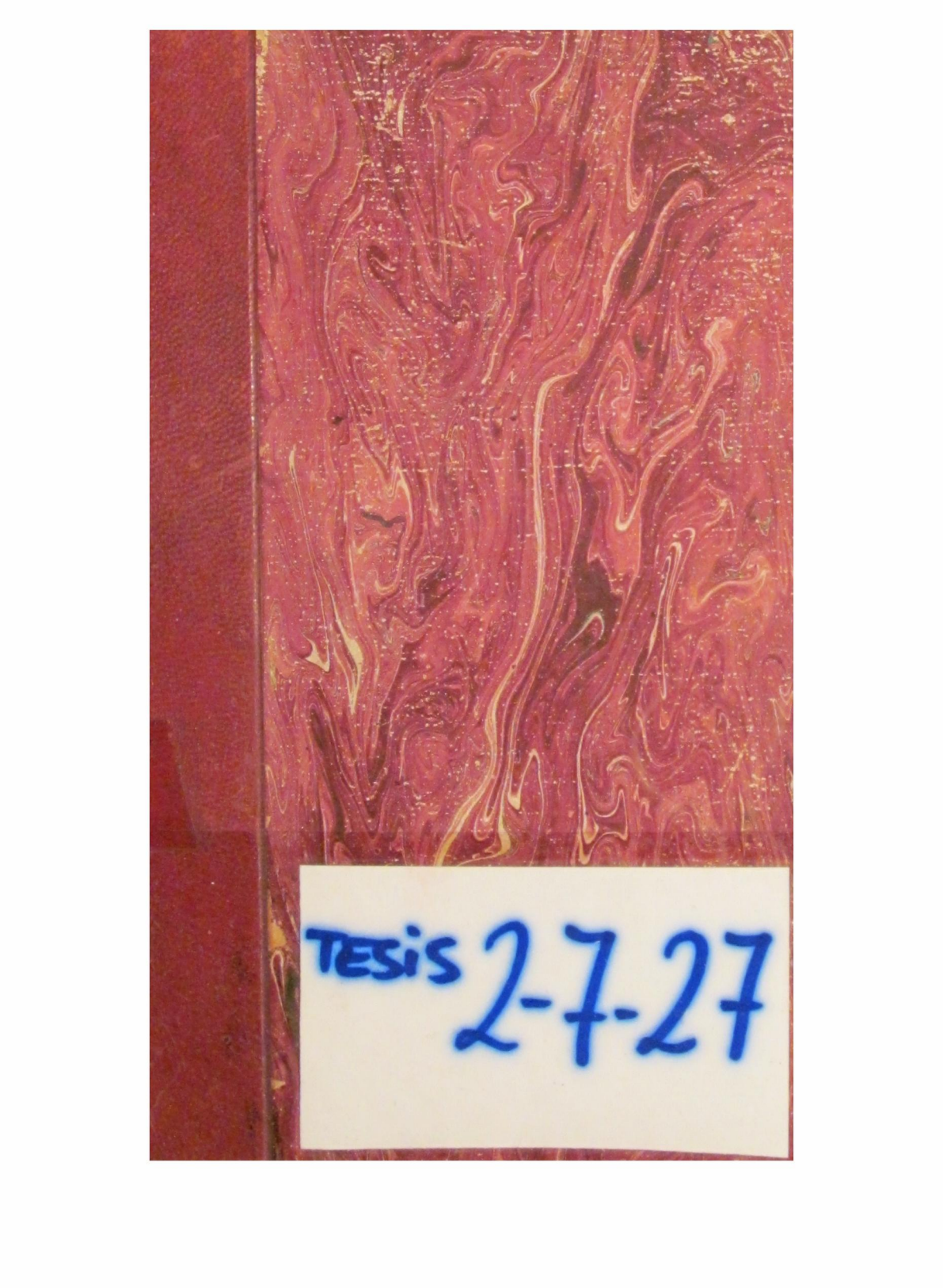
Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título Doctor de la Universidad de Buenos Aires en Filosofía y Letras.

Posgrado

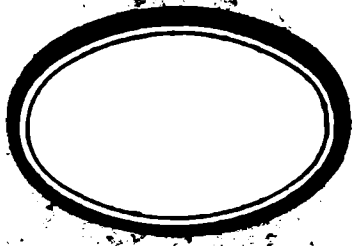


FILO:UBA
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL
Repositorio Institucional de la Facultad
de Filosofía y Letras, UBA

The image shows a close-up of a book cover. The main surface is covered in marbled paper with a pattern of swirling red, orange, and yellow colors. A vertical strip of a different material, possibly leather or a textured cloth, runs down the left side. At the bottom center, there is a white rectangular label with blue ink handwriting.

TESIS 2-7-27



Tesis 2-7-27

Tesis 2-7-23

Para la Biblioteca de la
Cattedra de Filosofía y Letras

Guarín.

Quinto de Mayo, 27 - VII - 92

EL TIEMPO

EL TIEMPO

POR

GASPAR MARTÍN



AGENCIA GENERAL DE LIBRERIA Y PUBLICACIONES

RIVADAVIA 1571

BUENOS AIRES

1924

PRÓLOGO

A pesar de que estudios recientes han puesto de actualidad muchos de los temas tratados en esta obra, ilustrándolos notablemente, no he querido tocarla, prefiriendo que apareciera tal como surgió hace seis años en que fué presentada como tesis para optar al título de Doctor en Filosofía y Letras.

Además del anhelo de presentarla con su pristino carácter, con sus virtudes y vicios originarios, ha determinado mi respeto por ella la convicción de que ninguna rectificación surge de las doctrinas que han triunfado posteriormente; por el contrario existe una concordancia y armonía tales con ellas, que más bien tienden a otorgarle mayor estabilidad y solidez.

En trabajos posteriores he de esforzarme en hacer patente esta armonía y concordancia.

G. M.

CAPITULO I

Tiempo vacío

Sustrayéndonos a las influencias de las cosas y sumergiéndonos en la profundidad de la conciencia hasta el punto de que todo pase sobre nosotros sin alterarnos, sin romper la quietud de nuestro pensamiento; introduciéndonos bajo la superficie agitada del océano sensible, despejando la conciencia de todo contenido, parecemos presenciar y sentir el tránsito del tiempo, el silencioso paso de las horas fugitivas, como el rayo de luz que hundiéndose en la inmensidad en vano busca un cuerpo en que posarse; tenemos entonces la creencia de sorprender el paso de la duración pura, vacía, sin ningún contenido sensible.

Sin embargo, no es así; la duración vacía no puede ser estímulo adecuado para ningún sentido; si percibimos el curso del tiempo en una tal sumersión de nuestro espíritu es porque realmente está ocupado. No podemos sorprender una conciencia vacía, hay en ella siempre estados, más o menos tenues en continuo flujo y reflujo; el movimiento del corazón, el ritmo de la respiración, la atención inquieta disparándose continuamente sobre uno u otro objeto, residuos de sensaciones y sentimientos

y fragmentos de palabras y sentencias se precipitan unos en pos de otros y surgen como relámpagos ansiosos de provocar incendios en ella. Por otra parte, todas estas espontáneas florescencias si bien surgen en confusión caótica se acomodan y someten a cierto ritmo; nuestra atención al esforzarse en inhibir toda otra manifestación de actividad parece como si tuviera continuamente necesidad de renovar su esfuerzo inhibitorio, ratificar su primer propósito de oponerse a toda invasión de los estados circunstantes, y este renovado esfuerzo se traduce por una serie de sucesivas y acompasadas palpitaciones que reducen a la unidad a los elementos multiformes y da la sucesión que fundamenta la noción de tiempo.

Sentimos avanzar el tiempo vacío en una serie de continuados: ahora, ¡ahora! mientras el espíritu suspenso se ahoga en una atmósfera enrarecida. De tiempo en tiempo lanza miradas retrospectivas y un desierto inane y monótono se presenta ante su vista.

Las unidades de duración que así se forman, constituyen lo que se ha llamado el curso discreto del tiempo, es la manera peculiar del espíritu de representarse lo que en sí es continuo, es el matematicismo del mismo que se revela en su afán de jalonar la ruta para prever las dificultades que han de superarse en la marcha.

El eminente psicólogo Munsterberg parece haber puesto en evidencia lo que son los cambios sensibles por los cuales medimos el lapso del tiempo. “Cuando el tiempo que separa dos impresiones sensibles es menor de un tercio de se-

(1) Psicología, T. II, páginas 67 y 674.

gundo sentimos cuan apartados están, por el grado en el cual la imagen del recuerdo de la primera impresión se había desvanecido, cuando la segunda lo sobrepuja. Cuando el tiempo es más largo que este, confiamos exclusivamente en los sentimientos de tensión y relajación muscular que estamos recibiendo constantemente aunque les prestamos muy poco nuestra atención directa. Estos sentimientos están primariamente en los músculos por los cuales adaptamos nuestros órganos de los sentidos al atender a las señales empleadas. Aquí juzgamos que dos intervalos de tiempos son iguales cuando al comienzo y al fin de cada uno sentimos relajaciones exactamente semejantes y subsiguientes tensiones expectantes de estos músculos. Estos sentimientos, sin embargo, por sí mismo sólo pueden emplearse, cuando los intervalos son muy breves, porque la tensión anticipatoria del estímulo terminal naturalmente llega a su máximo muy pronto. Con largos intervalos tomamos en cuenta el sentimiento de nuestras inspiraciones y expiraciones. Cuando notamos un intervalo de tiempo de varios segundos con intención de reproducirlo, lo que buscamos es hacer que el intervalo más próximo y el más remoto converjan en el número y grado de esos cambios respiratorios, combinados con las adaptaciones a los órganos de los sentidos con los cuales están llenos”.

Yo creo que prescindiendo de todas estas notaciones exteriores, el mismo ritmo de la asimilación y desasimilación nerviosa debe darnos la sensación del fluir del tiempo. Si las sustancias inorgánicas cambian la disposición de sus moléculas por el movimiento, la sustancia nerviosa debido a su gran plasticidad debe experimentar cambios más constantes y profundos o mejor debe estar continua-

mente renovándose y cambiando; ahora, estos cambios no se sentirán en continuidad, sino que se agruparán pequeños estímulos y se sumarán hasta provocar una definida sensación; en consecuencia debemos creer que la substancia nerviosa nos da la sensación vaga del fluir del tiempo. El cansancio que sobreviene a la acción, el desgano que sigue a un intenso sentir, la misma sensación de sueño, son manifestaciones que distan mucho de la sensación de vida reparada que sigue al descanso y de la ansiedad de vida y de combate que nos acoge cuando el espíritu encuéntrase templado y tenso. Estos contrastes son, suficientes para medir aunque vagamente el tiempo.

La duración pura, sin contenido, no podemos, pues, sentirla, porque no podemos ahuyentar de la conciencia las vagas sombras que como repercusión de las funciones orgánicas y como eflorescencia de las formaciones anteriores psíquicas la ocupan y llenan, pero podemos concebirla haciendo un gran esfuerzo de abstracción. Si reducimos a una inmovilidad absoluta todo lo existente y suponemos anonadado el mundo, reducido a imponderables partículas y sustraído a toda otra influencia, sumergiéndose en la caótica nada, parécenos estar en presencia de una duración pura, el tiempo pasará y nuestros espíritu estático ante la muda esfinge será ajeno a su precipitado curso, los años volarán, sin arrastrarnos en su fugaz carrera.

CAPITULO II

Presente

Existe una relación absoluta inmutable entre los elementos temporales y el sujeto percipiente, a causa de la cual, todo momento de tiempo ocupado por un contenido sensible se halla en una relación tal con el sujeto, que no puede sustituirse con ningún otro momento. Considerando esta relación con el sujeto percipiente sin tener en cuenta las formas objetivas de ese curso, se tienen los grados del tiempo que representan las formas principales de esa relación, a saber: presente, pasado y futuro.

La distinción de estos tres grados del tiempo no es posible sino merced a que en la conciencia no permanecen aisladas las sensaciones y mantienen entre ellas diversos vínculos.

“Si la constitución de la conciencia fuera la de una serie de sensaciones e imágenes todas separadas, nunca podría tener un conocimiento, a no ser el del instante presente. Desde el momento en que cada una de nuestras sensaciones cesase, desaparecería para siempre; y sería como si nunca hubiese existido. Seríamos completamente incapaces de adquirir experiencia. Aun cuando nuestras ideas estuviesen asociados en series, seríamos incapaces de adquirir conocimiento. Una idea seguiría a otra, pero eso sería todo. Cada uno de nuestros estados momentáneos y sucesivos de conciencia sería nuestro ser íntegro.” (1).

Sin embargo, no sucede eso, y nuestra conciencia nunca se reduce a las dimensiones de una centella de luciérnaga, como dice Willam James. El recuerdo del pasado y el presentimiento del futuro se ha-

(1) James Mill: Análisis, Vol. I, pág. 319.

llan siempre mezclados al conocimiento de la cosa presente. Las representaciones de los objetos tienen una gran complejidad que proviene de la interferencia de las impresiones actuales con las formaciones pasadas. “Los objetos desaparecen de la conciencia lentamente; las prolongaciones del pasado se abandonan sucesivamente y los rendimientos del futuro suplen la pérdida. Estas prolongaciones de antiguos objetos, estos rendimientos de los nuevos son los gérmenes del sentido retrospectivo y proyectivo del tiempo. Dan a la conciencia esa continuidad, sin la cual no podría llamarse un torrente.” (2).

Este deslizamiento gradual y continuo de la conciencia hace que no podamos sorprender el momento presente, como no puede sorprenderse ningún punto fijo en el movimiento. El presente como línea impalpable, se tiende entre el pasado y el futuro y tan inconsistente se presenta en su veloz carrera, que no da tiempo a la atención para posarse en él.

Sin embargo, la continuidad no es más que ilusoria, es una forma subjetiva de representarse un proceso que en sí es intermitante y discontinuo. Los estímulos exteriores se agrupan hasta ser capaces de provocar una reacción, y esta manera de actuar, determina momentos de latencia o intervalos muy breves que la conciencia salva sin dificultad, adquiriendo la impresión de un movimiento continuo.

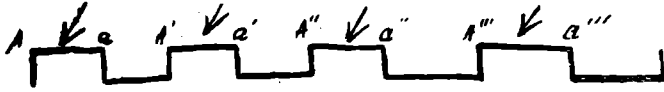
Este carácter de la dinámica orgánica y psíquica no debemos olvidarlo al analizar el concepto de lo presente.

Podemos distinguir tres clases de presente: el

(2) W. James: Principios de Psicología, T. I, pág. 657.

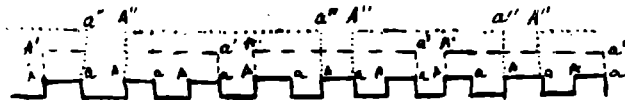
presente matemático, el presente real y el presente vulgar.

El presente matemático sería el fragmento de reacción que correspondería a cada una de las sucesivas explosiones de nuestro dinamismo. Si representamos gráficamente el trabajo de este por una línea quebrada:



a las fracciones **Aa**, **A2 a2**, que representan el ritmo vital, los momentos de vida actualizada y efectiva, si así puede decirse, corresponderá una parte de repercusión **d** que sería el presente matemático. Suponemos acá como dos series paralelas, dos ritmos de igual amplitud y velocidad que se corresponden y tenemos como presente ese **mínimum cósmico** que captamos en nuestro **mínimum vital**. Pero, podríamos sutilizar nuestro análisis descomponiendo las fracciones **A a**, **A a**, etc., en infinitas partes, puesto que las suponemos continuas, y entonces habríamos de llegar a una igual fragmentación de la acción y reacción. Arribaríamos a la conclusión de que el presente matemático no existe.

Por otra parte, las reacciones correspondientes a cada fase estoquinética, son inconscientes y sólo la sumación de algunas de ellas, es capaz de presentarse como existente a la conciencia; podemos suponer un bloque de segmentos capaces de provocar un **mínimum** de conciencia, a lo cual denomino: presente real. Gráficamente podríamos expresarlo así:



Cada una de las líneas Aa, Aa, etc., representa el trabajo subyacente del espíritu, cada una de las A' a' el mínimum de conciencia, la unidad más pequeña de la vida consciente, cuya continuidad resulta de la perfecta adherencia y penetración de todos los momentos.

En el presente real no podemos distinguir zonas evanescentes, como eco de momentos anteriormente vividos o prelude de otros que lo serán, existe una sola zona plenamente refulgente que se renueva cada momento como la parte iluminada intensamente por un reflector giratorio.

Hay otra clase de presente a que llamo vulgar, que comprendería el máximum de extensión de que podemos tener conciencia clara e inmediata, a saber: aquel espacio que conocemos por intuición inmediata a diferencia del pasado y futuro, que no podemos sino concebirlos.

El presente vulgar o empírico se diferencia del anterior, porque contiene fragmentos de pasado, presente y futuro; tiene alrededor de una zona central intensamente iluminada dos zonas evanescentes, ocupadas por sub sentimientos que se hacen paulatinamente uno más tenue y otro más fuerte, y todo ello forma un bloque de duración en continua evolución y cambio.

Un ejemplo precisará y fijará mejor la clasificación establecida. El protoplasma reacciona de 10 a 30 veces por segundo; entre las reacciones se hallan los puntos de latencia o refractarios. Si suponemos una serie de impresiones luminosas de una duración menor de $1/10$ de segundo y sucediéndose con intervalos de la misma duración, tendremos primeramente, que cada una de las impresiones actuará sobre la retina, de lo contrario, ninguna sensación resultaría de su suma. La reacción que corres-

ponde a cada una de las impresiones, será lo que he llamado el tiempo matemático. Las 10 sucesivas impresiones que, sumadas, dan la impresión de la luz blanca, (por medio del disco de Newton, por ejemplo), sería el tiempo real, puesto que sería la mínima impresión consciente. El tiempo vulgar sería la conciencia clara del disco coloreado, subsistiendo juntamente con la sensación del blanco.

No he hablado de duración objetiva, sino de conciencia subjetiva y a ésta la he atomizado, suponiéndola una serie de puntos o unidades en progresión creciente.

Este procedimiento, que quizá no está de acuerdo con el sentir de algunos filósofos modernos, es el único posible, porque la esquematización es una forma de nuestra inteligibilidad; por otra parte, el nos interioriza en la intimidad del proceso temporal y nos da la clave para interpretar nuestras nociones y precisar el verdadero significado de las mismas.

Primeramente, las unidades de conciencia son divisibles hasta lo infinito, y no nos es posible llegar a ningún elemento último constitutivo, a la quiddidad, como dirían los escolásticos, de la misma; estamos reducidos a las relaciones, como al querer hallar el elemento último constitutivo de la materia; lo cual nos indica que nos hallamos en un mundo nacido de la infinitud de relaciones que pueden establecerse entre nosotros y las cosas, esto es: en un mundo sin la sustantividad que hemos querido darle, que surge de nuestra especial posición ante las cosas y, por tanto, impenetrable, distinto para cada uno de los individuos y en cada momento de nuestra vida.

Hemos dicho que el metabolismo protoplasmático se ejerce intermitentemente con momentos de la-

tencia intermediarios entre los momentos activos, y que este ritmo se realiza con una frecuencia de 10 a 30 veces por segundo; por otra parte, las energías radiantes o cósmicas se producen también y propagan rítmicamente con una frecuencia de vibraciones que oscila entre 30 y 2300 trillones por segundo. (1).

Ahora bien, los hechos de agrupación y fusión de estímulos que observamos al mover rápidamente el disco de Newton o al sentir como sonido musical, una serie de ruidos repetidos con alta frecuencia en la rueda dentada de Savart, nos permite inducir que la unificación y continuidad de una sensación procede de la fusión o agregación de varios ritmos energéticos radiantes en un sólo neural.

Al incidir varias vibraciones radiantes sobre un ritmo neural, debe recibir éste la influencia totalizada de todas aquéllas y entonarse de acuerdo con ellas; al entrar luego en composición con otras hasta componer una unidad de conciencia (presente real), debe realizarse una fusión parecida, y así resulta integrada en la conciencia una síntesis de energías que dista enormemente de los elementos componentes. Recordemos de paso que las diversas unidades biológicas han debido resultar de la especial agrupación y progresiva complicación de algunas energías, y que las diversas formaciones psíquicas resultan igualmente de una composición y síntesis de elementos más simples.

Todos estos hechos fortalecen y justifican una explicación concordante de los fenómenos vitales y psíquicos, y legitiman la proposición de que nuestras sensaciones se forman de la agregación y fusión en una reacción orgánica de varias vibraciones

(3) D'Arsonval: Bull. Inst. Gen. Psychologique, N. 42, 1904).

cósmicas. En otras palabras, nuestras actuales sensaciones resultan de la relación que existe entre el ritmo de nuestra vida y los ritmos cósmicos. La aceleración o retardación de unos u otros traería como consecuencia una radical perversión de nuestras nociones y una aperccepción del mundo enteramente diversa de la actual.

Supongamos que el número de reacciones de nuestro protoplasma aumentara cien, mil, un millón de veces hasta igualar en frecuencia a las vibraciones luminosas; todo habría cambiado alrededor de nosotros; los objetos aparecerían intermitentemente a nuestra vista nos parecerían aislados por los momentos refractarios que pondrían entre ellos una valla insalvable, quizá ni fuera posible la acumulación de energías y formación de experiencia, las dimensiones espaciales nos las conoceríamos, por ser imposible en tales circunstancias la conciencia vaga de las sensaciones intermedias. Los sonidos musicales serían ruidos discontinuos que herirían la conciencia como goteras de agua; no sería posible la armonía ni la melodía, el calor y, en mayor escala, la electricidad aparecerían también intermitentemente y quizá no pudieron producir la alteraciones orgánicas que, a veces, les acompañan. En una palabra: nuestro contenido mental distaría infinitamente del actual. Del tiempo tendríamos una noción enteramente diversa; el presente que he llamado real, tendría una duración objetiva millones de veces menor y correspondiendo a él un estado de conciencia, un sentimiento, habría de éstos en un minuto tantos como en la actualidad corresponden a varios siglos.

Si suponemos que la vida de un hombre estuviera destinada a recibir el mismo número de impresiones y anotar idéntico número de sentimientos que

en la actualidad, pasaríamos por la tierra como relámpagos fugitivos, como chispas escapadas de herido pedernal, ni podríamos sospechar la rotación de las estaciones, ni la sucesión de los días, ni la evolución de los organismos, aunque quizá lo inferiéramos al ver saltar el sol en el espacio, (3) y crecer y moverse a todo lo viviente.

Se produciría un proceso inverso al actual: ahora inferimos el movimiento, la sucesión de estados intermedios de la impresión total de dos posiciones claramente distantes, entonces inferiríamos las posiciones distantes de la impresión de algunos puntos intermedios.

Puede darnos una imagen remóticamente aproximada de lo que sería tal estado con relación al actual, el contraste que observamos entre una superficie de piel percibida a simple vista y la misma

(3) Von Boer (Rend: Vol, 1, páginas 255 y sig. Cree que en esta hipótesis el sol estaría tranquilo en el cielo y la luna permanecería libre de cambio. Opino que no es legítima tal suposición. Parece que las unidades de movimiento son como las unidades de extensión infinitamente divisibles y cuanto más finos son los instrumentos que favorecen o aumentan la percepción más se extrema el análisis o la capacidad para percibir partes intermediarias; así nos consta al ver a través del microscopio multiplicidad y heterogeneidad de partes, donde a simple vista todo aparece simple y homogéneo. La simplificación de los estados de conciencia como en la hipótesis enunciada, supone y equivale a una afinación de las facultades perceptivas, a la capacidad de notar unidades de movimientos que en circunstancias normales pasarían desapercibidas. Al observar una rueda en movimiento se suman las impresiones de sus radios y aparecen como uno solo, es porque la duración de una vuelta coincide, o es menor que unidad de conciencia (tiempo real). Si suponemos como en nuestra hipótesis que en el tiempo que dura una vuelta en vez de producirse una unidad de conciencia surgieran 100 o 1000, no habría fusión de impresiones y seríamos capaces de notar 100 o 1000 distintas posiciones de sus radios. En esta hipótesis, a pesar de su velocidad,

observada a través de un potente microscopio.

Si trastocamos la hipótesis y suponemos que nuestras reacciones plasmáticas y momentos de conciencia se realizan con una frecuencia 100, 1000, un millón de veces menor, nuestra perspectiva habrá cambiado también radicalmente: las manecillas del reloj parecerían una hélice en vertiginoso movimiento, los días y las noches se sucederían con gran rapidez y hasta podría parecer un día interrumpido por momentos de oscuridad y hasta ya un día ininterrumpido, el sol cruzaría por el cielo como un meteoro, dejando un igneo rastro tras de sí, las plantas crecerían visiblemente y todo movimiento parecería precipitado y veloz; la conciencia de nuestros propios movimientos cambiaría también porque no podría subsistir la correlación actual entre las sensaciones quinéstésicas, táctiles y visuales; en una palabra, todo el campo perceptivo sufriría un cambio radical y completo.

¿Qué serían nuestros conceptos estéticos, sociales, religiosos, científicos y filosóficos? ¿Nuestros conceptos acerca de la verdad, bondad y belleza, tendrían algún punto de contacto con los actuales? ¿Correspondería a ellos una sustantividad idéntica a la que postulamos para ellos en la actualidad? (4).

aparecería moviéndose con desesperante lentitud. Lo mismo podemos decir del movimiento del sol y la luna, el espacio recorrido en un segundo que ahora no puede determinar más que una o algunas impresiones, determinaría entonces miles y millones de ésta y aparecerían acompañándonos toda la vida y enviándonos intermitentemente la salutación de sus rayos.

(4) Científicamente, son las enunciadas hipótesis absurdas, primeramente por el ritmo de la asimilación indirecta de que he hablado es concordante con el de la asimilación directa, además porque nuestro dinamismo está en función del ambiente y sus leyes está dentro del determinismo de los hechos físicos. Por otra parte, no podemos suponer que la biogénesis y psicogénesis fueran posibles en otras circunstancias que las

Dejamos para más adelante las conclusiones que se deducen de lo expuesto acerca de la naturaleza del tiempo; ahora quiero notar únicamente que el sentimiento de la duración procede de la relación entre dos términos perennemente movibles: la realidad física, biológica y social, por una parte, y la propia personalidad por otra.

Cualquiera o ambos términos que se modifiquen hará cambiar la relación, y consiguientemente, la expresión psíquica: el sentimiento de la duración.

Un medio físico monótono o un medio social cristalizado, determinarán sentimientos de duración distintos de los que determinarían estando bullentes de vida y movimiento. La misma diversidad producirán los diferentes grados que el tonismo orgánico puede recorrer.

Así se ha observado que la vida transcurrida en lugares solitarios, en medio de una naturaleza inmutable y sustraída a influencias extrañas, parece sumamente larga al pasar, es como si girara pesadamente sobre sus goznes; los momentos no tienen elementos diferenciales, y la conciencia en vano busca donde poder asirse y morder.

En cambio, una vida complicada, llena de agitación y movimiento, continuamente solicitada por

que han determinado su existencia actual, ni que las formaciones psíquicas se hubieran integrado y caracterizado con las notas que tienen en la actualidad.

Sin embargo, por este método de diferencia, podemos darnos cuenta de cuán cándidas son nuestras ilusiones antropocéntricas y cuán vanas nuestras construcciones de cantidades absolutas. La verdad, la bondad, la belleza, la justicia, etc., son funciones de una determinada relación cosmo-bio-psíquica; surgen como expresión actual y momentánea de un proceso infinitamente movable y cambiará su significado y naturaleza a medida que gire el caleidoscopio a través del cual contemplamos la realidad o se integre y modifique la condición psicodinámica de nuestro espíritu.

impresiones y sollicitaciones nuevas; un viaje, una excursión, la visita a una ciudad, suspenden el espíritu y lo arrastran rápida e insensiblemente sin darle tiempo a que reaccione y vuelva la vista sobre sí mismo. "Pasa sin que nos demos cuenta".

La conciencia confirma nuestra presunción o conclusión especulativa, indicándonos que el presente real, en uno y otro caso, tiene una longitud diferente.

El estado de nuestro espíritu y el mismo, tonismo vital o la tensión de nuestro dinamismo orgánico determina también una distinta apreciación de la duración. Un día lleno de expectativa, de deseo insatisfecho nos parece una insignificante eternidad. "Cerrad vuestros ojos y esperad simplemente a oír a alguien que os dice que ha transcurrido un minuto. La íntegra longitud de nuestro ocio parece increíble. Os engolfáis en sus entrañas como en los de esa interminable primera semana de un viaje por el Oceano y os halláis sorprendidos de que la historia pueda haber sumergido tantos pasados en su curso." (5).

"Se percibe el tiempo vacío más intensamente, cuando viene como una pausa en la música o en el lenguaje. Suponed que un predicador en el púlpito o un profesor en su cátedra se detiene de pronto en medio de su discurso; esperamos a cada instante la repetición del acto, y en esta espera percibimos más que de cualquiera otra manera, la longitud del tiempo". (6).

La atención influye sobre nuestro sentimiento de la duración. Cuando aquélla es viva, el tiempo pasa sin sentir. La distracción, el tedio lo hace en cam-

(5) W. James: Principios de Psicol., Cap. V.

(6) Herbart: Psicología como ciencia, pág. 115.

bio interminable. ¡Cuán rápidas pasan las horas y cómo nos sorprenden su inesperada huida hallándonos con una persona amada! En cambio, si nos encontramos con un importuno e indiscreto visitante, es en vano que nos revolvamos en el asiento y continuamente miremos el reloj; sus palabras siguen interminablemente abofeteándonos, mientras las obstinadas saetas permanecen inmóviles en el mismo lugar.

Una noche de dolor, como dice W. James, parecerá terriblemente larga, miraremos hacia adelante, a un momento que nunca llega: el momento en que ha de cesar, en cambio, ¿quién no se sorprende por el inesperado saludo del sol mañanero en una noche de bacanal y placer?

Lamartine ha concretado el contraste en versos inmortales:

O temps suspends ton vol et vous heures propices
Suspendez votre cours!

Laissez nous savourer les rapides delices
Des plus beaux de nos jours!

Assez le malheureux icibas vous implorent,
Coulez, coulez pour eux;

Prenez avec leurx jours les soins qui les devorente;
Oubliez les hereux.

Mais je demande en vain quelques moments encore
Le temps me echape et fuit;

Je dis a cet nuit. "Sois plus lente" et la aurora
va disiper la nuit.

La exaltación del tonismo orgánico se traduce por un acortamiento del presente real y la depresión por un indefinido alargamiento. En la intoxicación de haschisch hay un curioso aumento en la aparente perspectiva del tiempo. Enunciamos una sentencia y antes de llegar al fin, los comienzos parecen datar de un tiempo indefinidamente pesado. En-

tramos en una calle corta y es como si nunca hubiéramos llegado al fin de ella.

La fatiga y la enfermedad, alargan el presente y hacen su paso interminable, lo adosan al espíritu como un peso muerto del cual en vano se esfuerzan por desprenderse; por el contrario, el despertar de la vida, la vida renovada y reparada, excitan nuestra voracidad de impresiones y parecen elevarnos sobre la transitoriedad de las cosas sustrayéndonos al pensamiento de su sucesión.

Esta relatividad en la apreciación de la duración existe entre las diversas edades de un individuo, entre los diferentes individuos de una misma especie y entre las diferentes especies zoológicas.

Mach, dice: “Con la edad parece que la medida del tiempo va cambiando. ¡Cuán breve me parece ahora el día en relación de lo que me parecía cuando era joven; y cuando recuerdo el batir de segundos del reloj astronómico que observaba en mi juventud, me parece que ahora sea sensiblemente más veloz. Yo no puedo sustraerme a la impresión que mi unidad de tiempo fisiológica sea venida más grande.” (7).

El mismo cree que en los animales de la misma especie, pero de diverso grandor, es diversa también la medida y sensación del tiempo.

En cuanto a las diferentes especies zoológicas, podemos igualmente afirmar, que no aprecian igualmente la longitud del tiempo. Spencer, dice: “Las alas de un mosquito dan diez o quince mil palpitaciones por segundo. Cada palpitación que implica una acción nerviosa o cambio en un centro nervioso, es probablemente tan apreciable por el mosquito como un movimiento rápido de su brazo por un

(7) Análisis de las sensaciones, Cap. II, pág. 4.

hombre; si esto o algo semejante a ésto, es la realidad, entonces, el tiempo ocupado por un cambio externo dado, medido por muchos movimientos en un caso, debe parecer mucho más largo que en el otro caso cuando fuese medido por mi movimiento." (8). Algunos insectos, como las hormigas rojas, sorprende por la ligereza con que mueven sus patas al emprender una carrera; podemos suponer que sus movimientos son conscientes para ellas, como para nosotros lo son los movimientos de nuestros pies; ahora bien, si como muestran Wundt y Guyau, nuestro paso en el espacio es con lo que medimos el tiempo, podremos inferir lo mismo con respecto a la hormiga o a otro animal, y concluir, en consecuencia, que ella es capaz de intercalar más estados en la misma duración, y sentirla, por tanto, mayor que nosotros la sentimos.

En todos los casos, el sentimiento de la duración cambia como función de cantidades variables. La tensión plasmática de las diferentes agrupaciones energéticas, permite una desigual comprensión de ritmos cósmicos en cada ritmo orgánico, y determina en cada caso diferentes apercepciones de la misma duración.

La sucesión que fundamenta la noción del tiempo no es posible ni entre estados inmutables, ni entre sucesos sincrónicos y de la misma duración; sólo puede existir cuando varios estados o procesos son comprendidos en otro, o en que se acuerdan dos relaciones que, comparadas entre sí, dan un cociente diferencial.

La existencia de procesos así relacionados, da a la inteligencia fundamento para establecer escalas temporales que pueden ser tantas como agrupacio-

(8) Psicología, pág. 91,

nes es posible hacer, de procesos relacionables.

Hemos hablado de una, la más ínfima que puede hacerse entre el proceso orgánico y los procesos cósmicos, y en ella hemos distinguido tres momentos o estados: pasado, presente y futuro; podemos establecer muchas otras, relacionando, por ejemplo, los movimientos de la manecilla de un reloj, con los de nuestro organismo, o los movimientos de la tierra con la periódica renovación de las plantas, etcétera, etcétera. Dentro de cada una de éstas, los momentos tienen una extensión diferente; el presente se hincha, podemos decir, y si el estudiado hasta ahora, ocupa una insignificante duración, algunos segundos apenas, podemos suponer otros presentes de mayor duración que corresponderían a otras escalas; así hablamos de la hora presente, del día, de la lunación presente, de la estación, del año presente. etc.

Por otra parte, el pensamiento ha sometido su contenido, las adquisiciones de la experiencia, a cierto ritmo, por exigirlo así una ley de economía, y allí donde no llegan los ciclos cósmicos, o donde la experiencia no nos permite percibirlos por su relativa amplitud, los forja con los materiales que conserva, los concibe, y somete así lo existente y lo posible, a un módulo único, reduce lo vario a la unidad y pone en lo desconocido un elemento subjetivo que favorece su penetración y simplifica el esfuerzo para su conocimiento.

Así hemos formado ciclos históricos, y hemos inferido y concebido ciclos cósmicos. Dentro de cada uno de éstos, podemos distinguir los mismos momentos que en los anteriores: pasado, presente y futuro.

El presente tendría aquí una duración mucho mayor que en los anteriores; en este sentido habla-

mos ahora del siglo presente, del mundo y del universo presente, y ascendiendo más llegaríamos a un orden de cosas en que sería imposible concebir la sucesión y, por tanto, pasado y futuro, llegaríamos a una eternidad siempre presente. (Boecio).

Se han hecho muchos experimentos sobre la percepción del tiempo presente. Algunos han querido saber a cuánto tiempo puede extenderse nuestra conciencia clara, o la amplitud máxima de lo que he llamado presente vulgar. Wundt hizo varios experimentos, de los cuales deduce algunas conclusiones. Pudo apreciar que toques o impresiones sucediéndose con intervalos de 0,3 a 0,5 de segundo y de tal forma, que el espíritu pueda someterlos a cierto ritmo, son percibidos distintamente hasta 12, formando un grupo unido. Según, ésto, la extensión máxima de nuestra conciencia, clara e inmediata, se extendería hasta 3,6 y 6,0 segundos. (9).

Dietze observó que podrían recordarse grupos de cuarenta toques, si el espíritu los abarca en subgrupos de ocho o de cinco. El intervalo que favorecía la percepción de los mismos, oscila, según él, entre 0,3 y 0,18 de segundo. De acuerdo con esto, concluía que el máximo de duración de que podemos tener conciencia clara, es doce segundos. Cuando los toques no se distribuían en grupos, se reducía el número de los perceptibles claramente a 16, o sea, a una duración de 4,8 segundos. (10).

Estel y Mehner encontraron que variaba el tiempo de cinco a seis y doce segundos y que influían sobremanera, la idiosincracia y la práctica de los que experimentaban.

Se ha indagado también el mínimum de duración

(9) Psicología Fisiológica, páginas 11 al 213.

(10) Philosophische Studien, T. II, pág. 362.

de que podemos tener conciencia, o la amplitud mínima del presente que he llamado real. El procedimiento seguido, consiste, generalmente, en producir impresiones sucesivas y precisar el intervalo mínimo preceptible. Exner señala la duración más insignificante. "Oyó claramente la duplicidad de dos timbres sucesivos de un chispa eléctrica, cuando su intervalo fué aproximadamente el de $1/5000$ de segundo. Con los ojos la percepción es menos delicada. Dos chispas que se hacen caer una detrás de otro en rápida sucesión sobre el centro de la retina cesaron de ser reconocidas como sucesivas por Exner, cuando su intervalo caía debajo de 0.044." (11).

Cuando las impresiones producidas son más de dos, los intervalos deben ser mayores para ser perceptibles. Hall experimentando con una rueda de Savart, modificada, pudo observar que "para que la discontinuidad pueda percibirse claramente, cuatro o aún tres tañidos o latidos, deben estar más apartados que dos necesitan serlo. Cuando dos se distinguen fácilmente, tres o cuatro separados por el mismo intervalo se pronuncian muchas veces como si fueran dos y tres respectivamente." (12).

Las conclusiones de los experimentadores no concuerdan, pues mientras algunos dicen sentir como interrumpidos 100.000 choques eléctricos por segundo, impresionando la lengua y otros con Von Vinitch 1000 a 2000 toques sobre el dedo; Preyer hace que los contactos parezcan continuos al dedo, cuando se producen 36,8 por segundo y Lalanne lo reduce a 22. Helmholtz dice, que si las impresiones caen sobre el mismo lugar de la retina, pueden sen-

(11) W. James: Prin. Psico., Cap. V, T. I.

(12) Studies of Rhythm, Mind. I pág. 58.

tirse como discretas, sucediéndose de 20 a 30 por segundo; el oído que funde las impresiones cuando se producen 30 por segundo, puede, no obstante, sentir hasta 130 como discontinuos, cuando toman la forma de latidos.

Se han variado los experimentos haciendo caer las impresiones sobre diferentes sentidos y se ha visto que es mayor el tiempo intermediario perceptible. Herman ha encontrado que el intervalo más insignificante perceptible es:

De la vista al tacto	0,071 segundos	
Del tacto a la vista	0,053	”
De la vista al oído	0,16	”
Del oído a la vista	0,06	”
De un oído al otro	0,064	”

Algunos han querido determinar cuál es la mínima diferencia perceptible entre dos intervalos o dos tiempos. Exner reaccionaba con un pie a una señal vista y notaba y diferenciaba las reacciones por su mayor o menor longitud; creyó que podían notarse como diferentes aquéllas que difieran entre sí y del promedio en $1/100$ de segundo. Hall y Jastrow hacían producir sonidos con intervalos iguales de $4,27$, entre los cuales incluían un intervalo más breve o más largo. “Después que se han oído las series dos o tres veces, ninguna impresión de la longitud relativa del intervalo medio existiría muchas veces, y sólo después de oír la cuarta y la última vez, inclinará al juicio al lado de más o invariables y semejantes facilita en gran manera el juicio, que entre dos términos desiguales es mucho menos minucioso.” Una diferencia de $1/60$ en menos. Insertando el intervalo variable entre dos tre el intermedio y los extremos, era notado por muchos observadores. Según ésto, la mínima dife-

rencia recibida sería de O. 355. Esta diferencia aumenta cuando se trata de intervalos mayores.

Han observado muchos experimentadores que en toda lista de intervalos hay uno que se juzga más exactamente y se calcula como ni más largo, ni más breve de lo que es realmente, a diferencia de los otros que se calculan con algún error. Si bien existe diferencia entre los observadores, parece ser que 0,72 de segundo, es la duración que se aprecia y reproduce más fielmente, parece que $3\frac{1}{4}$ de segundos sea el tiempo real que mejor se adecue a la dinámica de nuestro espíritu; así se ha observado por Wundt, que al representarnos tiempos objetivos, más largos o más cortos, tendemos a aproximarlos a la duración dicha. Las oscilaciones más lentas de tres cuartos de segundo tendemos a acortarlas y alargamos las más cortas. La velocidad de tres cuartos de segundo es la más favorable para que los procesos de reproducción y asociación, se hagan más fácilmente. Estel y Mehner encuentran que también los múltiplos de esta duración se reproducen más minuciosamente que las longitudes de tiempo de longitud intermedia. Hace notar Wundt que tres cuartos de segundo es lo empleado por la pierna al dar un paso en un marcha rápida.

Otras series de experiencias se han verificado para determinar los fragmentos que pueden percibirse claramente de una vez. Pueden verse en la Psicología fisiológica de Wundt y en W. James: Principios de Psicología que hace de ellas, así como de las anteriores, un luminoso resumen.

CAPITULO II

Pasado

Las energías ambientes obran intermitentemente

sobre las partes sensibilizadas de la periferia; en ellas se van sumando hasta ser capaces de vencer la tensión plasmática de las mismas y determinar un cambio o producir un valor equivalente. Un sistema de hilos especializados para una conducción económica, toma los resultados de esta primera transmutación y los lleva hasta las partes centrales del sistema nervioso.

Las impresiones que van llegando discontinuamente, a cada uno de los centros de éste, se suman de nuevo, se funden con las formaciones anteriores, y se traducen en términos nuevos afectados de un sello personal. Son los que corresponde a lo que nosotros llamamos sensaciones y percepciones.

Estas formaciones nuestras, símbolos representativos del mundo exterior, traducciones humanas de los juegos energéticos ambientes, al precipitarse en la conciencia, ya no son percibidas discontinuamente, sino en continuidad, sin dejar entre sí momentos refractarios.

La conciencia es como un filtro o tamiz, por donde se deslizan ininterrumpidamente los renovados reflejos del mundo exterior e interno. W. James nos habla del torrente del pensamiento, pasando continuamente ante ella. Sólo un sector o una fracción de lo psíquico merece sus preferencias y va tras él como la vista anhelante de un niño persigue el barquillo de papel que arrastra la corriente; el resto, las múltiples impresiones del mundo encuentran en ella un eco confuso y vago, se introducen sordamente en la intimidad de la conciencia, dejando sus secretas huellas, y añaden, seguramente, a lo segregado por la atención, cierto tono o matiz que modifica la visión sintética del conjunto.

En cada momento se superponen así dos franjas desigualmente relevantes y desaparecen empujadas

por otras que tienden a suplantarlas, para seguir en seguida, la misma ruta. Nuestros dinamismos ávidamente se lanzan en cada momento sobre el mundo y beben la vida en la muerte; devoran una impresión que al asimilarla se venga cambiando su equilibrio molecular y determinando un momento nuevo que borra y mata al precedente. Podríamos decir que los momentos se sacrifican para que el todo subsista y viva, que la vida es la muerte.

Los procesos que en cada momento se producen, no desaparecen totalmente al ser empujados por otros más recientes. Willan James dice, que dejan como ciertas huellas que hacen más fácil su repetición. Creemos más ajustado y conveniente decir, que quedan tensiones o ciertas corrientes atenuadas dentro de los circuitos organizados por aquéllas. Cualquiera de las dos concepciones que se adopte, mecanicista o dinámica, resultará siempre que la disposición de las moléculas dentro del sistema nervioso o la tensión energética de las mismas, cambiará incesantemente.

Cada cósmica palpitación hará más útil y complicado nuestro dinamismo aperceptivo, la condición psicostática de nuestro espíritu, como diría Mr. Lewes; y aún las cosas que dejamos pasar desapercibidas, sin evaporarse del todo, dejarán caer su propia sustancia que se sedimentará y formará su humilde y, a veces, pontente estratificación.

Los hechos relevantes, los que han tenido la virtud de conturbar potentemente nuestra alma, no se contentarán con esta anónima contribución a la caracterización de nuestro espíritu y sin desprenderse de las circunstancias que los han rodeado, obtendrán el privilegio de perpetuarse, de subsistir con todo su arrogante cortejo.

En los animales, la capacidad educativa es generalmente escasa y la experiencia modifica poco sus facultades, los procesos desaparecen casi completamente, se evaporan sin dejar apenas sedimento; en cuanto a las circunstancias de ellos, retendrán las de los más sobresalientes, como algo impreciso y flotante; el hombre, en cambio, tiene necesidad de localizar con precisión los acontecimientos, no puede como aquéllos vivir al día, y precisa apoyarse sólidamente en el pasado, para preparar el porvenir. El sustractum mental de los hechos importantes, subsistirá por mucho tiempo correlacionado con las circunstancias y otros hechos que le acompañaron; el espíritu hará de él un centro de atracción de otros menos importantes, y lo conservará y sostendrá como punto de orientación y de mira indispensable para organizar nuestros contenidos mentales.

La precisa localización de los hechos es necesaria, pues sin ella no se hubieran afirmado y perfeccionado nuestras facultades mentales, por otra parte, el perfeccionamiento de éstas hace cada vez más exacto y veritable el poder localizador. Podemos suponer que la experiencia contribuya a la integración de una inteligencia y haga de ella un instrumento de rara y acabada complicación, privándole, sin embargo, del poder de ubicar los acontecimientos en el tiempo, de localizarlos con precisión y exactitud.

Sería una inteligencia manca. Las impresiones del momento determinarían las más apropiadas reacciones, pero sería imprevisora y nos precipitaría en abismos insalvables. El progreso humano se realiza en el sentido de extender cada vez más el radio de nuestra influencia y capacidad apropiadora, no sólo en el espacio, transversalmente, po-

dríamos decir, sino también en el tiempo, longitudinalmente, y esto no es posible, sin el poder de exacta localización. Ahora ¿cómo se forma en nosotros este poder? ¿Cuál es el significado y valor de nuestro concepto de localización? Al integrarse nuestros espíritus, formamos ciertas escalas con los materiales que de algún modo se relacionan entre sí. Algunas de éstas, tienen fundamento en las cosas, otros son formaciones humanas que responden a la exigencia de nuestro espíritu de sistematizar y clasificar sus contenidos para simplificar sus esfuerzos y utilizarlos más provechosamente. Las escalas formadas no permanecen aisladas sino que se relacionan entre sí, se compulsan y corrigen, permitiendo conocer la posición relativa de los objetos. Localizar una cosa es situarla en otra inmóvil ya conocida o ubicarla dentro de un plano cuyas distancias son exactamente apreciadas de antemano. En el hombre no existen ingénitamente tales planos, pero la experiencia permite constituirlos por la comparación de los datos sensoriales e intelectuales, acercándose progresivamente a la más exacta apreciación de sus interrelaciones.

Así se forma el plano del pasado; los hechos luchando por su perpetuación, se alinean, toman entre ellos distancias, rectificándose continuamente y por sus interferencias y correlaciones nos damos cuenta de su ubicación. Influye mucho también la sensación vaga de los sentimientos intermedios o que tuvieron lugar desde el que queremos conocer hasta la fecha actual, así como en la distancia espacial, tiene una gran influencia la vaga apreciación de las sensaciones intermedias.

La supervivencia de los hechos está en relación con su importancia, ¿pero cuales son los hechos

más importantes? ¿Qué corresponde en la realidad a nuestro concepto de importancia?

Los objetos por sí mismo no son superiores unos a otros sino iguales; ninguno de ellos está afectado de notas reveladoras de un valor positivo; ni son buenos ni malos, ni bellos ni feos; recién al ponerlos en relación con nosotros o con otras cosas, al hacerlos entrar en comunión con nuestros dinamisimos empiezan a diseñarse rodeados de esa aureola con que nos aparecen.

¿Pero que son nuestros dinamismos? Son, podemos decir caprichos de la naturaleza, son formaciones que han resultado del juego de los diversos factores cósmicos y biológicos, son, en fin, función del peculiar y personal ambiente que nos ha rodeado; de ahí, que en medio de la uniformidad que nos presta la herencia y la educación, (en sentido biológico) ostentamos cada uno, nuestro sello personal, emanado de la personal herencia y personal educación de que hemos sido objeto.

El contenido, hic et nunc, de nuestros dinamismos es lo que determina la importancia de las cosas, lo que en definitiva les da su carácter. Una cosa se apercibirá como buena o mala, útil o perjudicial, hermosa o fea, según que acuerde con las anteriores formaciones, o choque y disuene con ellas, será importante, si aumenta el tonismo vital determinando una emoción exaltativa, o lo deprime conturbando y haciendo peligrar el interno equilibrio; si por el contrario, nada agrega al fondo anterior, su importancia quedará reducida a una expresión insignificante.

Es importante, lo que distingue, lo que añade una nota nueva, y es capaz de hacer sentir el hábito de una original sensación; lo que no tiene esa virtud,

se funde y anonaza en el acervo anterior, quedando anónima y sin relieve.

La importancia de las cosas será relativa a la clase social a que pertenecen los individuos, a la condición de los mismos, al estado del momento, a la edad, etc. Para un salvaje, será importante lo que resalte potentemente, lo que hiera bruscamente su sensibilidad; el hombre culto, en cambio, afinará cada vez más sus facultades y llegará a conceder importancia al matiz, a elementos cada vez más sutilmente diferenciados.

El género de vida que adopte un individuo, la edad, la situación y circunstancias que rodeen su vida, influirán grandemente en la valorización de los hechos, en la capacidad para atribuirles importancia.

Al realizar un primer viaje, por un lugar desconocido, somos continuamente sorprendidos por la naturaleza que se manifiesta continuamente renovando sus galas y dándonos ocasión para evocar nuevas asociaciones históricas y culturales que matizan con un diferencial carácter cada momento de tiempo; lo mismo pasa en la infancia, nuestro virgen espíritu es continuamente agasajado por la naturaleza y la vida que desdobra ante él, prodigándole atenciones infinitas y ofreciéndole cada minuto suave livor para su sed insaciable.

Por eso, en la visión retrospectiva, aparécenos el tiempo con diferente longitud, según las circunstancias que hayan rodeado el discurrir de la vida; pues, como dice Spencer, nuestra noción de un período de tiempo, es determinada por la longitud de la serie de estados de conciencia que recuerda haberse producido en ese tiempo. Estimamos objetivamente la longitud de una duración, por los recuerdos que intercalamos en ella, de ahí, que mien-

tras más numerosas sensaciones importantes hayamos experimentado en un lapso de tiempo, más numerosos, intensos y distintos serán los recuerdos, y por consecuencia, como mayor la estimaremos al contemplarla retrospectivamente. “Una semana de viajes y la visión de paisajes pueden subtender más de tres semanas en la memoria, y una semana de enfermedad apenas suministra más recuerdos que un día.” (1).

Von Holtei, describe, en “Vagabundos”, a un Antón que vuelve a su pueblo natal. “Siete años, exclama, siete años hace que marché de aquí... ¡Parece que hace más de sesenta; tantas cosas me han ocurrido! No puedo pensar en todo ello, sin que me den mareos; ahora no... Y, sin embargo, cuando miro al pueblo, la torre de la iglesia parece como si apenas hubieran pasado siete días. “Spencer cuenta, que Quicey puesto bajo la acción del opio había sentido vivir 60 o 100 años en una sola noche.

En cambio, la estabilización en un lugar determinado, quieto y monótono, o la vejez, hacen encontrar insípida e ininteresante la vida, se fusionan las impresiones semejantes y los períodos similares, y la experiencia se “convierte en rutina automática que apenas notamos del todo; los días y las semanas se nivelan en el recuerdo, y los años se “bucan y deslizan.”

Las más chocantes ilusiones se producen por efecto de la abundancia o escasez de recuerdos. A veces sucesos lejanos nos parecen de ayer, y otras, sucesos próximos nos parecen enormemente alejados en el tiempo. James Sulli compara las ilusiones de distancia en el tiempo a las del espacio. Indica

(1) W. James Ibid. pág. 676.

que al observar la Jungfrau de Wengernalp, parece que al tirar una piedra ha de atravesar el valle profundo y alcanzar el glacial deslumbrador de blancura. Es que en el aire sumamente trasparente que se interpone entre nosotros y el glacial, no se vislumbra nada, ningún punto de referencia, ninguna sensación intermedia, y por eso decimos, que está muy cerca. Lo mismo nos pasa al apreciar la distancia temporal, si hay sucesos que nos parecen de ayer, es porque no encontramos intermedios y se nos presentan como la montaña a una distancia minúscula.

El profesor Lazarus, refiriéndose al Antón de Von Holtei, explica así el fenómeno: “El círculo de experiencias, bastante extenso, rico en variedad, que tenía a la vista el día de abandonar el pueblo, surge ahora en su espíritu cuando su imagen se presenta ante él. Y con él, en rápido y violento movimiento, no en orden cronológico o por motivo cronológicos, sino sugiriéndose mutuamente por todas clases de conexiones, surgen imágenes macizas de toda su rica vida de vagabundaje y de tunantería. Ruedan y ondean confusamente, acaso primeramente una desde el primer año, luego desde el sexto, pronto desde el segundo, de nuevo desde el quinto, el primero, etc., hasta que parece como si sesenta años debieran haber estado allí, y gira con la plenitud de su visión... Luego la vista interior se aparta de todo este pasado. El exterior vuelve al pueblo, especialmente a la torre de la iglesia. Esta visión evoca la visión antigua, de suerte que la conciencia está ocupada sólo o casi sólo con esa. Una visión se compara con la otra y semeja tan próxima, tan poco cambiada, que parece como si solo una

semana de tiempo hubiera transcurrido entre ellas.” (2).

Los años de la juventud nos aparecen pletóricos y largos, los de la vejez nos aparecerán progresivamente más cortos. En la niñez y juventud cada año, cada curso, transcurrido, parece una época; lo vislumbramos revolucionando nuestra existencia, renovándonos completamente; nos provee de una personalidad que dista infinitamente de la anterior; la visión de ésta nos hace erguir arrogantemente y ponemos una prudente distancia de los que vienen en años o cursos posteriores, así como nos empuja a los anteriores, a los hombres; por el contrario “la vejez es la decoración del teatro clásico, siempre la misma, un sitio trivial; ya una verdadera unidad de tiempo y de acción que concentra todo alrededor de una ocupación dominante borrando lo demás; ya una nulidad de acción, de lugar y de tiempo. Las semanas se parecen, los meses se parecen, ese es el tren monótono de la vida, todas las imágenes se superponen y no forman más que una. Después de cada año se dice: ¡ya uno menos! ¿Qué he sentido, visto, hecho de nuevo? ¿Cómo pueden haber pasado trescientos sesenta y cinco días, que parecen un mes?” (3).

“Todo el que cuenta, dice Janet, muchos lustros en su memoria, sólo necesita preguntarse si encuentra que los últimos de éstos, los cinco años, han pasado mucho más rápidamente que los períodos anteriores de igual grado. Recuerde cualquiera sus últimos ocho o diez años de escuela: es el espacio de un siglo. Compárelos con los últimos ocho o diez años de vida: es el espacio de una hora.” (4).

(2) Ideale Fragen, páginas 219 al 1878.

(3) Guyau: Génesis de la idea de tiempo. Cap. V, pág. 116.

(4) Rvue philosophique. Vol. II, pág. 496.

Segun Janet, la aparente duración de un lapso de tiempo, en un momento de la vida, es proporcional a la duración total de la vida. Para un niño de diez años un año es $1/10$ de su vida; para uno de 50, un año será $1/50$ de su vida, y por tanto, cinco veces más corto, que para el anterior. Por otra parte, el niño ve la edad de 50 años, como mucho más larga que el que la tiene. (5).

Si comparamos las actuales conclusiones con las que formulábamos en el capítulo anterior, podemos enunciar el principio que James establece: En general, un tiempo ocupado por experiencias interesantes y variadas, parece breve al pasar, pero largo cuando lo consideramos a distancia. Por otra parte, un espacio vacío de experiencias parece largo al pasar, pero breve en una ojeada retrospectiva.

Otro principio que formula James es que "el mismo espacio de tiempo parece más breve a medida que se hace más antiguo." Siendo las sensaciones, los estados de conciencia, la vara de medir del

(5) W. James y Guyau explican la ley psíquica formulada por Janet por la fusión de sensaciones que se efectúan en la vejez, en que la experiencia se precipita por caminos trillados, sin agregar nueva ni sorprendente emoción. Existe otra causa más profunda de esta diversa apreciación del tiempo, según la edad y reside en el ritmo de la asimilación. Durante la juventud, la asimilación prevalece sobre la desasimilación, nuestro organismo ávido de enriquecerse, aprovecha y valoriza todo lo que cae bajo su esfera de acción y disputa ventajosamente la posesión de sus incorporaciones, a las que impone su enérgico dominio; en cambio, en la vejez, prevalece la desasimilación, la plasticidad nerviosa disminuye y la multiplicidad de procesos inhibitorio y asociativos hace más lenta la sensorreacción, y reduciendo número de las sensaciones y estados perceptibles. Por otra parte, los procesos rítmicos orgánicos: la respiración, el pulso, el tonismo nervioso, etc., disminuyen su frecuencia con la edad; la relación de los mismos con los ritmos energéticos cambiará también y consecuentemente, la apreciación de

tiempo, es natural que nos parezca éste acortarse a medida que se esfuman y desaparecen aquéllas; la facultad conceptiva puede apuntalar, sin embargo, ciertas épocas, llenándolas de sucesos contruidos con los materiales tomados de nuestra experiencia actual; pues instintivamente creemos, que con escasas variantes se repiten los mismos episodios en la evolución de todos los hombres, aunque tal reconstrucción sería siempre caprichosa y artificial.

El error en la apreciación de una duración será proporcional a su alejamiento del momento actual: la distancia entre dos sucesos la apreciamos más exactamente cuando son recientes, cuando no han perdido los contactos y tenemos entre ellos muchos elementos de referencia, que cuando son alejados, y se han diluído y medio confundido en la conciencia. El curso de la energía a través de nuestro organismo, arrastra y precipita partículas de las formaciones anteriores, y deja a éstas cada vez más aisladas y separadas; serán, desde entonces como cantos rodados que, separados de la roca, no dejan adivinar su estado y posición primitiva.

“La distancia aparente de un suceso que no está claramente localizado en el pasado, está en razón inversa de la vivacidad de la imagen nemónica; de ahí nuestra capacidad para aproximar un recuerdo concentrando sobre él nuestra atención. En la lo-

las duraciones. Sería curioso e instructivo, comparar teniéndolas presente, la visión de un mismo campo objetivo presente a un niño y a un anciano, y la conciencia de la sucesión de estados a que en ambos daba lugar, aún prescindiendo de las asociaciones y evocaciones debidas a una experiencia superior. Podríamos darnos cuenta de las diversas perspectivas que engendraba el desigual ritmo vital de los mismos, y la diversa conciencia de las relaciones entre los estados a que daba lugar.

calización de un suceso en el tiempo, sucede como en el espacio, no sólo influye la vaga conciencia de los sentimientos y sensaciones intermedias, sino también la intensidad de coloración con que el objeto o estado de conciencia se nos presenta. Al volver insistentemente sobre un estado de conciencia alejado, se exhuman detalles desaparecidos, se precisan otros vagos y confusos, se contornean y van tomando la frescura de los estados recientes. La atención puede prenderse enérgicamente a un hecho y retenerlo sin dejar escapar ninguno de sus elementos constitutivos; subsiste éste, entonces, con su mismo volumen, dando la impresión de una perenne juventud y se desencaja de los hechos contemporáneos siguiendo de cerca la marcha del espíritu.

Esta localización que puede hacer la atención imperada, la hace también la espontánea, cuando ciertas ideas se posesionan del espíritu, haciendo gravitar todos sus contenidos alrededor de ellas. Sucede en casos anormales de la vida, y en casos patológicos de enajenación mental. El espíritu golpeado continuamente por ellas, se doblga y acepta su tiránica dominación. Parecen corresponder a hechos recientes, al permanecer incommovibles ante nosotros, confundidas con las experiencias próximas.

Lo que determina la apreciación del tiempo pasado, es la sucesión de estados de conciencia que recordamos haberse producido en nosotros; pero estos estados, que son como hitos de nuestra historia, empiezan con ella y no se proyectan más allá del alborear de nuestra vida. ¿Habremos de reducir a la corta longitud de ésta, nuestro conocimiento del tiempo pasado?

Todos somos concedores de que retrotraemos nuestra visión más allá de los límites de nuestra

vida consciente. Extendemos el escenario en que se ha desuenvuelto ésta y lo insertamos en un escenario más amplio que se pierde en el infinito.

Los factores que contribuyen a esta formación son: primero, un instinto que existe ya en los animales y que se refuerza en el hombre. Tiene su expresión en la ley de la casualidad. El nos impulsa a creer que nada existe aislado en el universo, que todas las cosas se conectan con antecedentes que las han precedido y empujado a la existencia. Tenemos la convicción instintiva, como dice Reid, de que el curso de la naturaleza es uniforme, y que nosotros no hacemos, sino reproducir con ligeras variantes, etapas anteriores de la vida universal.

Otro factor es la facultad imaginativa y conceptiva que completa el instinto, suministrando los materiales para poblar el inmenso vacío. Dada la continuidad de la cultura humana, y la homología de nuestra específica mentalidad, revestimos con elementos de nuestra personal experiencia, las noticias y signos que nos han comunicado las generaciones precedentes, y las localizamos a diversa distancia de lo actual, según los datos que surgen de sus interrelaciones.

Vamos así extendiendo nuestra visión retrospectiva, rechazando cada vez más lejos el límite de lo intraducible en verbo humano y densificando y enriqueciendo los espacios intermedios. Hace unos siglos, apenas podía extenderse la visión retrospectiva 6 u 8000 años, lo desconocido atajaba en seguida nuestro paso; los descubrimientos de la Geología y Paleontología alejaron ese límite a millones de siglos e intercalaron puntos de referencia cotidianamente en aumento que han llenado la inmensa oquedad abierta. Una humanidad de 8000 años, es una humanidad joven, parécenos de ayer la vida

idílica de nuestros primeros padres en el paraíso; pero he aquí que la paleoantropología aleja la aurora de la humanidad hasta un millón de años. Blenk) y señala múltiples hitos en la larga carrera; la perspectiva se dilata y el primer hombre nos aparece hundiéndose en la confusa lejanía. El mismo fenómeno han originado los progresos de la Paleobiología y Geología, ampliando hasta más de un trillón de años el alcance de nuestra penetración. Mas allá de la nebulosa primitiva que limita nuestras conquistas, se abre el abismo (vada non tangenda) impenetrable y tenebroso. ¿No será posible franquearlo, poniendo más allá nuestra audaz planta?

Al mismo tiempo que se verifica este avance a fondo, extensivo; consolidamos nuestras conquistas, enriqueciendo continuamente el caudal de puntos intermedios y reduciendo y multiplicando las etapas del largo camino. La prehistoria que antes aparecía como un período corto, se alarga a medida que se exhuman monumentos y utensilios denunciadores de culturas que han exigido larga gestación, lo mismo ha pasado con los clásicos seis días de la creación que la ciencia ha hinchado hasta hacerlos de duración incomensurable. Los períodos más recientes de la Historia, igualmente aumentan de volumen y dilatan la conciencia que tenemos sobre su duración, a medida que se integran con nuevos sucesos y densifican su contenido.

Podemos concluir, que en el tiempo conceptivo, como se le ha llamado para distinguirlo del perceptivo anteriormente estudiado, la apreciación de su duración depende del número de estados que lo representan en la conciencia o de la serie de recuerdos que intercalamos en ella.

Puede notarse otro fenómeno respecto del pasa-

do, y es que para cada sociedad de individuos tiene una existencia convencional y variable; cualquiera sea su contenido, la relación de los sucesos que lo componen es idéntica. Un hombre que proyectara su retrospectión a un siglo de distancia, de tal manera que los sucesos de hace un siglo, fueran para él, el alborear de la Historia, los vislumbraría como los que el hombre culto coloca a millares de años; podríamos decir, que para clasificar los hechos pasados, formamos una edad contemporánea, moderna, media y antigua, el contenido de los cuales, guarda relación con el contenido total de la conciencia, que es distribuído en las mismas.

Huret acepta una reflexión que le sugiere la apreciación que los americanos hacen de la propia historia y que es una constatación de lo dicho. Dice: "Los monumentos que datan de principios del siglo XIX son para las gentes que han nacido aquí (Argentina) y que no conocen a Europa y su historia, como los de la época romana para nosotros. Y en cuanto a las iglesias que dejaron los jesuitas en el siglo XVIII suscitan la admiración y respeto que nosotros manifestamos ante las tumbas de los Faraones."

La representación, tanto del pasado conceptivo como perceptivo, es absolutamente simbólica. "Pensando en la suma que queremos indicar, o solamente con un nombre, o pasando sobre algunas fechas saliente, sin pretensiones de imaginar las íntegras duraciones que median entre ellas. Nadie tiene algo semejante a una percepción de la mayor longitud del tiempo entre ahora y el primer año que del intervalo existente entre ahora y el décimo. Para un historiador el intervalo más largo,

es cierto, sugerirá una multitud de fechas y acontecimientos adicionales, y así parece una cosa más múltiple. Y por la misma razón la mayoría de las personas pensarán que perciben directamente que la longitud de la noche pasada excede a la de la semana pasada. Pero no hay propiamente intuición del tiempo comparativo en estos casos. No hay más que fechas y acontecimientos que representan el tiempo; la abundancia de aquéllas simboliza la longitud de éste. Estoy seguro de que esto es así, aun cuando los intervalos comparados, no son de más de una hora, o así en longitud. Lo mismo ocurre con espacios de muchas leguas que siempre comparamos entre sí por números que los miden”. (7).

El pasado que esquematizado en esta forma, yace en la conciencia, puede revivirse y surgir en cualquier momento. Las remanencias que los hechos han dejado en forma de corrientes energéticas continuamente atenuadas, al estar sometidas como todas a las leyes de entropía, pueden actualizarse, enfocando en ellas el coeficiente energético del momento. Los procesos que trabajando con mínima tensión, apenas se movían en los dormidos circuitos, resucitan y se alinean en el momento presente, pero no ya como realidades objetivas, sino como sombras de realidades; así las interpreta la conciencia relegándolas al pasado al verlas descoloridas, y localizándolas exactamente en él, relacionándolas con otras escalas de cierta estabilidad.

Los hechos así pasados que vuelven por el filtro del tiempo presente, son representados simultáneamente, son como oleadas que desde el interior ganan la conciencia, llevando el reflejo de ideas y emociones que se sucedieron en el pasado. Refirién-

(7) W. James. Prin. Paico. Cap. V, pág. 676.

dose a la representación del pasado, dice James Bard: "Si representamos la sucesión, como una línea, podemos representar la simultaneidad como una segunda línea en ángulo recto con la primera; el tiempo vacío (o la longitud del tiempo sin la latitud, podemos decir), es una mera abstracción. Ahora bien: con la primer línea hemos de operar al tratar del tiempo tal como es, y con la última al tratar de nuestra intuición del tiempo, cuando, precisamente, como en una presentación perspectiva de la distancia, estamos limitados a líneas en un plano que forma ángulo recto con la línea actual de profundidad. En un sucesión de acontecimientos, es decir, de impresiones sensibles, A. B. C. D. E....; la presencia de B indica la ausencia de B y C., pero la presentación de esta sucesión implica la presencia simultánea de una manera u otra de dos o más de las presentaciones A. B. C. D. En realidad, el pasado, el presente y el futuro, son diferencias en el tiempo, pero en la presentación todo lo que corresponde a estas diferencias, es en conciencia simultánea." (8).

Podemos concluir que el sentimiento del tiempo pasado es un sentimiento presente.

CAPITULO IV

Futuro

El presente es una duración de la cual tenemos una conciencia clara o inmediata; correspondiendo al momento en que se verifica el encuentro y explosión de las energías cósmicas y vitales, es revelado a la conciencia por intuición.

(8) Enciclopedia Británica, pág. 64, Art. Psicología.

La percepción nos revela nuestro pasado al permitirnos interpretar un hecho como tal, localizándolo en un preciso momento de nuestra vida o en una relación determinada con etapas que ha formado en nuestro espíritu, el devenir de la experiencia. En cambio, el pasado que proyectamos más allá de nuestra vida y el futuro que proyectamos delante, se nos revelan únicamente por concepción. Ambos constituyen el tiempo conceptivo que, como dice Pearson, es como “una pieza de papel blanco arrollado con líneas a distancias iguales, sobre la cual podemos inscribir la secuencia de nuestras percepciones, tanto la secuencia conocida del pasado, como la secuencia prevista del futuro (1).

Existe en el hombre la firme creencia de que el futuro se conformará con el pasado, o que los acontecimientos se deslizarán dentro de un marco que se ha de prolongar en el futuro con caracteres idénticos a los que han tenido en el presente. Esta creencia tiene la fuerza de un instinto que surge de la misma constitución de nuestro organismo y de nuestra conciencia, porque ambos están polarizados en una duración temporal; ambos son condensación de experiencia y están destinados a aprovecharla lo más ventajosamente posible. Le Dantec (2) ha probado que la memoria es característica de la vida: mientras en los cuerpos inorgánicos la ruptura del equilibrio químico se traduce por la destrucción y no persistencia del estado estructural antiguo, en los cuerpos vivos, conduce solamente a un nuevo estado idéntico o más desarrollado que el antiguo. A través de los diversos estados estructurales que los cuerpos vivos pueden adoptar, se

(1) Gram. de las cien. Cap. V, pág. 13.

(2) Fil. Biolog. Cap. xxx.

conserva una individualidad perfectamente definida; las reacciones de cada momento que se superponen como planos paralelos, son penetrados como por otro plano transversal que tiende a prolongarse en los planos que han de sucederse.

Ahora bien. Esta sucesión de planos o estados de conciencia, no es más que la traducción de lo que sucede en el exterior, porque, como dice Helmholtz, “el único caso en que nuestras percepciones pueden corresponder verdaderamente con la realidad exterior, es la sucesión temporal de los fenómenos. La simultaneidad, la sucesión, y el regreso regular de simultaneidad o sucesión, puede ocurrir, tanto en las sensaciones como en los acontecimientos exteriores. Los acontecimientos como nuestras percepciones de ellos, tienen lugar en el tiempo, de suerte que las relaciones temporales de las últimas pueden suministrar una verdadera copia de las primeras”. (3). Por otra parte, la verificación que continuamente hemos hecho de nuestra previsiones, la fidelidad con que hemos visto realizadas las secuencias que habíamos ideado, refuerza nuestra convicción de que podemos legislar para el futuro y establecer los jalones que han de orientar nuestra marcha.

Los animales de una manera mecánica y ciega han preparado su futuro creando hábitos e instintos por la repetición y consolidación de las reacciones que resultan más favorables al organismo; las cargas energéticas que la experiencia ha constituido y el hábito ha estabilizado, y el mismo individuo que es un resultado de ellas, están polarizados en dirección temporal, como hundiendo su raigambre

(3) *Optica Fisiológica*, pág. 445.

en el pasado y tendiendo hacia el futuro, a cuya formación aportan el primordial factor.

El niño que busca la leche, el animal que va a donde ha encontrado caza el día anterior, tienen cierto conocimiento del futuro, lo presienten y lo esperan, aunque no son capaces de prepararlo. En el hombre se desenvuelve la tendencia y se liberta de la fatalidad y rigidez que tiene en el animal; continua la tarea de integrar más complejos dinamis-mos y pide la colaboración de lo extrahumano, a quien compromete en su grandiosa empresa; a este fin, crea instrumentos de todas clases, constituye las ciencias y se refuerza con la ayuda que le proporciona la solidaridad social.

El animal espera, guiado por un oscuro instinto, ciertos sucesos que han de acontecerle, sin darse cuenta de la ilación que puedan tener con determinados antecedentes, podríamos decir que palpita cierta experiencia y sabe de una manera empírica que ella ha de tener lugar; el hombre espera más conscientemente y pone a contribución sus facultades, para provocar y preparar los acontecimientos del porvenir. El hombre rudo prevé y marca etapas en el futuro empíricamente, aunque, en parte, procede racionalmente; con la ciencia cambia todo de aspecto, mediante ella, nos adelantamos y penetramos el determinismo que preside los movimientos de la naturaleza y preparamos más ventajosamente el porvenir.

El progreso humano consiste en rechazar lo empírico cada vez más y convertirlo en racional. Sobre el conocimiento vulgar está el científico que por la trabazón estrecha que impone a todos los elementos, por el apoyo mutuo a que los obliga, construye sistemas de probada consistencia y solidez.

La ciencia, lo racional se abstrae del tiempo y espacio y establece relaciones matemáticas de aplicación universal y omnímoda, tiende a concretar precisamente el ritmo de las energías para construir un cuadro, en el cual podamos poner todos los sucesos futuros como hemos puesto los pasados. Lo imprevisible, lo casual, lo libre, es lo que no cae todavía dentro de lo científico; pero a medida que la ciencia avance, sustituiremos, por lo necesario y determinado, lo libre e indeterminable. (4).

Los antiguos eran animistas, en todas partes veían manifestaciones de seres misteriosos que provocaban la diversidad de fenómenos que tenían lugar ante su vista; los movimientos de los astros, el oleaje de las aguas, los rugidos del vendaval, los movimientos de las hojas, etc., revelaban la intervención de seres enigmáticos y caprichosos que determinaban toda aquella diversidad de manifestaciones.

La ciencia se apoderó de todos esos fenómenos y ya podemos contemplarlos y preverlos sin que el ánimo se sobrecoja de espanto. En la actualidad, nos sorprende la irrupción inesperada de mil fenómenos, la indiscreta aparición de mil hechos, cuya

(4) La ciencia persigue el equilibrio dinámico más perfecto posible, procurando encontrar los ritmos energéticos para entonarnos con ellos, para afinarnos hasta vibrar en entera consonancia, al destruir la casualidad y enlazar los hechos dentro de un riguroso determinismo, al extender cada vez más su radio de acción, sistematizando, enlazando cada vez más hechos y ampliando el núcleo de lo regular, de lo ordenado, de lo entrado en nuestras sistematizaciones; es la que condensadora del pasado, nos abrirá paso en el porvenir, despejando lo nebuloso del mismo, y poniendo en el aparente desorden de las cosas una disposición ordenadora. En el laberinto de los ciclos energéticos hallará el hilo que nos permitirá internarnos en él sin temor.

razón de ser nos es desconocida; el progreso de la ciencia los irá suspendiendo hasta dejarlos como los otros bajo nuestra visión triunfante.

La ciencia se ha posesionado únicamente de la naturaleza física y no por completo; lo vital, lo psíquico, lo social, a pesar de los grandes progresos hechos, no ha caído bajo sus dominios; de ahí nuestra impotencia para prever los fenómenos de esta clase. A medida que estas ciencias avancen, aumentará lo determinable y previsible en el futuro, las escalas que han de cazar los hechos, y, seguramente, llegaremos a determinar los focos y condensaciones vitales, psíquicas y sociales, las leyes que presiden sus manifestaciones, como ahora lo hacemos con las astronómicas y físicas.

Mientras esto sucede, seguiremos viviendo ilusionados con una libertad ficticia, tantearemos como los animales inferiores en el mar ignoto, orientados por débiles y engañosas luminosidades y nos cobijaremos bajo la metafísica y la religión, adoptando sus provisorios atisbos hasta que la ciencia diga la definitiva palabra.

La ciencia ha de poner en orden y sistematizar todo lo que nos parece casual, caprichoso y arbitrario, mostrándonos el riguroso determinismo que preside la producción de todo lo existente y capacitándonos para prever y preparar el futuro.

Existe en nosotros, fuertemente consolidada la creencia de que los ciclos que hemos vivido se repetirán indefinidamente, sirviendo de marco a los sucesos. Los ciclos principales o los que presentan más utilidad y acuerdo con nuestra naturaleza por su sucesión regular y constante, son el día, la noche, las estaciones, etc.; ellos constituyen la escala donde materialmente suspendemos nuestro tiempo, en ellos han llegado los sucesos pasados, y en ellos

pretendemos hacer entrar los sucesos futuros que el determinismo de las leyes descubiertas nos lo presentan como próximos a tener lugar. Los sucesos, cuyo acaecimiento de acuerdo con los antecedentes que tenemos, o la conciencia de nuestra capacidad de obrar, sabemos han producirse, los ubicamos y alineamos dentro de la escala que, concretada por la experiencia anterior, prolongamos instintivamente ante nosotros, como un pentágrama abierto, a lo que en él quiera inscribirse.

El tiempo futuro es enteramente conceptivo, a diferencia del presente y pasado nuestro, que tiene otro carácter. La imaginación creadora nos permite construir escenas y trasladarlas y localizarlas en un tiempo venidero; la reviviscencia de una escena pasada, en cambio, es obra de la imaginación reproductora; ésta reconstruye sucesos vividos, y cuando se trata de un pasado lejano, organiza elementos dados de acuerdo con cierto orden impuesto exteriormente; la creadora obra también con elementos ya conocidos, pero les impone una organización, que si bien tiene que acordarse con el canón que surge de la experiencia y a veces con un orden preestablecido, goza de una mayor libertad en la ordenación de los elementos; por otra parte, en la retrospectión el sentimiento de los estados intermedios, está vivo y determina la conciencia de la distancia del momento actual, a la inversa de la prospección, en que se nos escapan los estados intermedios, y sólo el progresivo acrecentamiento de circunstancias determinantes, intensifican la luminosidad del suceso y nos cercioran de su creciente aproximación.

La construcción del futuro difiere poco de la del pasado; lo formamos escalando planos y sucesos y llenando con ellos las etapas preestablecidas de

acuerdo con los puntos de mira que insertamos y proyectamos en el porvenir.

El tiempo futuro se nos presenta como los espacios que nunca recorrimos; tratamos de reconstruirlos valiéndonos de los datos que la experiencia anterior nos ha proporcionado, pero en nuestra construcción procedemos de una manera intelectual; no tenemos presente el tono sentimental que continuamente sufre oscilaciones y cambios, poniendo un sello especial a cada reacción, por eso no sentimos agotar nuestras ansias hasta que los hemos recorrido; entonces se muestran mil matices y tonos inefables, inexpresables en las antiguas formas de expresión mental, entonces sentimos la ruda caricia de la realidad que viene a revestir y encarnar el hecho, dándole un sabor más intenso y vivo, reforzando unas veces y disminuyendo otras el sentimiento preforjado.

Como hemos dicho, la matemática no impera fuera de lo inorgánico; lo vital, lo psíquico y sociológico se han mostrado hasta ahora rebeldes a entrar dentro de la rigidez de sus leyes, de ahí que nuestras previsiones y cálculos no pueden violar a distancia la virginidad de tiempos futuros, anticipando las frescas emociones que reservan, ni ponernos al abrigo de las sorpresas que se esconden tras el engañoso follaje.

Además, la continua y progresiva integración de **nuestros** psicodinamismos, hace imposible el cálculo de las reacciones emocionales que producirán aun las determinables impresiones que podemos fijar para un tiempo venidero; de ahí que el futuro, será siempre un vacío indefinible, donde nuestra perspicacia se siente incapaz de penetrar. La vida ya nos ha enseñado el valor de las ilusiones que habíamos forjado; nos ha tornado prudentes al ver mu-

chas veces esfumarse entre nuestras manos trémulas la realidad que con tan febriles ansias habíamos acariciado; por otra parte, nos ha curtido el espíritu mostrándonos que no son tan recios ni tan irresistibles los golpes que habíamos temido en demasía.

El futuro polariza nuestra vida, y es la razón de ella, en él suspendemos algunos puntos de mira, a donde hacemos converger nuestros esfuerzos. El pasado pone a nuestra disposición el cúmulo de sus contribuciones y enseñanzas, levanta hasta nosotros ideales que luego, entrega a nuestra insaciable voracidad. La dura lucha empieza, atraídos por el lejano señuelo, nos lanzamos impávidos a su conquista, despreciando las llamadas del presente que sacrificamos en aras de aquél; cuando fatigados creemos llegar a él, nos encontramos con algo inerte muerto que de ninguna manera responde a nuestras esperanzas; sentimos que ha huído, que se ha descorrido la falaz ilusión, provocándonos a un nuevo avance y persecución.

El futuro es algo que se descorre ante nosotros sin dar lugar a concretarlo y definirlo. Los antiguos eran teleologistas, ordenaban sus actos a un fin, a un futuro que había de tornarse presente perpetuo, donde la fruición de una felicidad inacabable e inauventable les esperaba; nosotros no nos creemos autorizados para señalar tal fin, nuestra experiencia vivida nos obliga a rechazarlo cada vez más lejos. Es lo único que podemos establecer.

El futuro, dice Guyau, lo concebimos como delante de nosotros, el pasado aparece como detrás de nosotros. El futuro originariamente es lo que deberá ser, “es lo que no tengo y de lo que tengo deseo o necesidad, es lo que trabajo por poseer; como el presente se refiere a la actividad consciente y go-

zando de sí, el futuro se refiere a la actividad tendiendo hacia otra cosa, buscando lo que le falta. Cuando el niño tiene hambre, llora y tiende sus brazos a la nodriza: he ahí el germen de la idea del porvenir. Toda necesidad implica la posibilidad de satisfacerla; el conjunto de estas posibilidades es lo que designamos con el nombre de futuro. Un ser que nada deseara, vería cerrarse el tiempo delante de él." (5).

El deseo o la inclinación que surge como un resultado de la estructura de un sujeto, ha determinado la génesis del concepto del futuro; el especial deseo que algunas cosas provocan, influye también en la apreciación de la distancia temporal que las separa de nosotros. Si esperamos algo bueno e interesante, tarda mucho en llegar; parece un espíritu maligno detener lo que con tanta ansia anhelamos, si es malo, nuestro ánimo se mantiene en una situación vidriosa inacabable. Sucede así porque todos los momentos presentes se llenan de ese sentimiento expectante y al llenarse discurren con dificultad.

En cambio, cuando es ininteresante, cuando no existe ningún ideal, el presente no tiene más relieve que el que le presta su propia sustantividad, y las etapas son escaladas sin sentir.

La satisfacción que experimentamos al paladear una realidad, así como el disgusto que sentimos al recorrer las etapas intermedias, son relativas al fin que de antemano nos habíamos propuesto. Si queremos ir a Tucumán, nos aburrirnos desde Córdoba, si vamos al Tigre, nos aburrirnos en San Isidro. Si aspiramos a ministros, nos desagrada una subsecre-

(5) Cuyau: Génesis, Cap. III.

taría, pero nos satisface alcanzarla si ésta era el término de nuestras aspiraciones.

Al conseguir lo que anhelábamos, al convertir en realidad nuestra esperanza, establecemos y consagramos cierto equilibrio entre nuestra capacidad interior y lo exterior, nuestro triunfo tonifica y fortalece el espíritu que empieza a considerarse superior a sí mismo y a la mezquina realidad que ha recibido su esfuerzo como premio; por otra parte, la adaptación al medio creado lleva consigo semillas de insatisfacción y desequilibrio, el hombre se agita y aspira de nuevo, fija en lontananza un nuevo ideal y empieza de nuevo su carrera; una voz interior lo anima y empuja, sin discutirla, sigue hasta caer. Pero su caída no es fracaso, la especie triunfa por encima de las derrotas individuales. El iluso en sus aventurados e irracionales, (para un espíritu individualista y positivo) avances es el que siente y capta más perfectamente las subyacentes corrientes específicas, el que dotado de un mecanismo finamente analizador de las mismas se deja arrastrar sin neutralizar su influjo por los mecanismos que forma la experiencia individual; es el que avanza contra el futuro, es lo ordenado, las experiencias condensadas y clasificadas que avanzan para imponer el orden y la sistematización a lo que se ha mostrado rebelde a las mismas.

CAPITULO V

Proceso cerebral del sentimiento del tiempo. Base fisiológica

Los característicos procesos que en cada momen-

to determina la incidencia de las energías externas en nuestro sistema energético, no se borran en seguida, asegura su persistencia la naturaleza de nuestro sistema nervioso sumamente apto para modificar su equilibrio sin destruirlo en contacto con el ambiente, y para acumular los datos nóxico-práxicos que determina su interrelación con lo extraindividual.

No podríamos establecer en qué forma quedan fijados estos residuos de la experiencia en la substancia nerviosa, a pesar de los grandes progresos hechos en los últimos tiempos por la neurobiología.

Para unos la substancia nerviosa sumamente plástica es moldeada por la experiencia que abre surcos y establece permanentes vías y huellas en su íntima contextura. El cerebro para éstos, será como una red de complicación cada vez mayor donde dormirán prontos a despertarse todos los datos que ha proporcionado la experiencia.

Otros hablan de disposiciones funcionales o de misteriosos cambios en la disposición molecular de las células nerviosas que se traducirán por una mayor facilidad para dar paso a nuevas corrientes aferentes. Lo comparan a lo que sucede en la misma materia inorgánica en la cual es fácil ver la influencia de una acción que al repetirse adapta más finamente sus partículas a la misma; es clásico el ejemplo del violín que al ser pulsado durante mucho tiempo por las manos de un artista aprende a emitir los sonidos con una mayor sonoridad. León Dumont (1) presenta otros ejemplos igualmente demostrativos de la misma propiedad en la materia muerta.

Otra hipótesis más simpática y moderna desecha o mejor suplanta estas explicaciones mecanicistas

(1) *Revue Philosophique* I, páginas 320 y siguientes.

por una explicación dinamicista. Las energías extraorgánicas al encontrar una parte especialmente sensibilizada, especialmente constituida para conmovirse con un estímulo determinado, señalan cierto desequilibrio que se trasmite a través de todo el neurón, gana el contiguo y a veces muchos otros hasta que llegado a un músculo determina la contracción y el movimiento; pero esta sensoreacción deja en los elementos invadidos como una segunda edición de si misma, una corriente atenuada que continúa vibrando con una intensidad decreciente y debilitada hasta el punto de ser incapaz de traducirse en movimiento. Todos los arcos neuronales tanto proyectivos como asociativos, estarán vibrando continuamente. Los que se articulan y responden al estímulo exterior presente, vibrarán con un máximo de tensión; los que han sido desalojados, fieles a la ley de la entropía continuarán vibrando con una tensión degradante hasta llegar a un mínimo tal que su existencia pueda solo advertirse en una composición o reforzando por la meditación y abstracción y focalizando en un determinado punto, toda la energía. (2).

Hay ciertas zonas que son las que más trabajan, las que tienen que responder a una demanda mayor;

(2) Tenemos motivos para creer, que los procesos que se ocultan y desaparecen de la memoria puede subsistir en la inconsciencia, representados por tensiones mínimas, incapaces de provocar una reacción y determinar su expresión. Sucede en ciertos casos que pensamos, que tenemos una idea fugitiva e inestable que se nos escapa y desaparece al tentar ponerla dentro de los moldes de nuestra expresión; ello es debido a que la energía que la representa es incapaz de vencer las resistencias que se interponen a su paso. En los sueños y estados de irritabilidad nerviosa ciertos hechos del pasado que dábamos por perdidos, reaparecen porque no encuentran tanta resistencia y su débil potencial puede vencerla fácilmente; esta expre-

a estas corresponderían nuestros conceptos e ideas generales. Hay otras, en cambio que gozan de un favor efímero y como cenicientas son abandonadas enseguida, éstas son las fugitivas impresiones que sin cesar circulan por nuestros dinamismos; pero todas ellas dejan la huella de su paso, no en forma de imágenes, sino en forma de ondas energéticas que serían el correlativo físico de lo que llamamos imágenes.

El sistema nervioso está todo en actividad continuamente, aunque el ruido de ciertas partes se sobrepone al de las otras y constituye como la nota dominante en la cual se refunden y a la cual refuerzan las otras vibrando simpáticamente. La composición totalizada de todos los ecos y vibraciones, constituye la conciencia del momento presente. En ella está también sumergido el pasado y el futuro.

Ahora, ¿porque en el contenido del momento presente distinguimos un pasado y un futuro? ¿cuál es el correlativo neuronal de estas tres fases que distinguimos en el proceso psíquico?

Hemos dicho que el momento presente es la totalización de las vibraciones que se levantan de los diferentes sectores del sistema nervioso. La conciencia distingue perfectamente entre ellas: unas de intensidad viva, y otras de intensidad debilitada, y establece así una primera clasificación entre el pasado y el futuro y el presente; la debilitación progresiva de los estados representativos que continuamente integran el presente, así como la antidatación que progresivamente se actualiza de los estados que luego son presentes, constituyen dos franjas inter-

sión puede venir también al reforzarlos, concentrando la atención o energía en un sector determinado e inhibiendo y cerrando las puertas a los demás, como sucede en la soledad, en la meditación, etc.

medias entre pasado y futuro y el presente, las cuales sirven para conducir al espíritu a la conciencia de la continuidad de tales momentos.

Tenemos, pues, que el mayor o menor grado de intensidad de los estados, lo traducimos por su mayor o menor alejamiento; aunque hay otros factores de gran importancia y hasta decisivos en el acto discriminador.

Todo estado se ha dado simultáneamente o sucediendo a otros que habrán dejado sus huellas en ondas estacionadas energéticas, las cuales si no están excesivamente debilitadas surgirán con el estado de referencia considerado, más aún, todo el archivo mental debe tener entre sí cierta vinculación, debe estar definiendo cierta correlación; las sugerencias del estado evocado, el mundo de inspiraciones que levanta su reviviscencia serán las notas que nos permitirán y harán posible su localización temporal; contribuyen en gran escala también, los estados que por la orientación que han impuesto a otros muchos centralizándolos y erigiéndose en puntos de condensación de los mismos, se levantan como puntos de referencia facilitando su localización y clasificación. Una prueba de la influencia decisiva que tiene para la localización temporal, la conjugación de los estados evocativos o la resonancia simpática de las vibraciones confinantes, es, que una nota aislada a la cual le han hecho todos el vacío, nos deja desorientados al presentarse y hasta llegamos a tomarla como algo que espontáneamente surgió del momento presente.

A pesar de la gran importancia de la asociación, el grado de intensidad que denuncian los estados, es la nota primera, la que arranca al espíritu la primera opinión, de tal modo que las otras más bien habrán de considerarse como rectificaciones y com.

pulsadoras del primer movimiento de la conciencia.

Así nos lo demuestra el hecho de que al reconstruir muchas veces un hecho ha mucho pasado, al reforzar con sucesivas meditaciones las remanencias energéticas del mismo, tenemos la ilusión de que se acerca, lo creemos más próximo de lo que es, de tal forma que sólo la comparación y relación con otros contiguos, nos permite localizarlo; lo inverso sucede cuando interponemos entre un suceso o pensamiento y el momento actual, algunas horas de agitación y de emociones variadas; al querer tomar el hilo, o al recordarlo nos aparece como algo lejano; si no tuviéramos la externa referencia del tiempo astronómico, lo consideraríamos como perteneciente a épocas pasadas; la energía al acudir a los múltiples llamados del ambiente, ha dejado desguarnecido el antiguo estado de conciencia y aparece tan empobrecido y debilitado, que apenas lo reconocemos como nuestro.

La atenuación, entonces, de la vibración, es el equivalente físico del alejamiento temporal, y la conciencia de su intensidad juntamente con la comparación con la de otras vibraciones, es lo que nos hace valuar más o menos exactamente una duración.

En cuanto a la idea abstracta de tiempo, podemos decir que como las restantes abstracciones es una elaboración de la corteza cerebral, la cual ha abstraído y totalizado una noción que ha encontrado en multitud de experiencias; neuralmente quizá corresponda a una vibración integral de todo el sistema nervioso que la atención desprende, dándole sustantividad propia y fijándola en un signo externo que le permite una evolución y existencia autónoma.

William James tiente resolver la misma cuestión coincidiendo en gran parte con las ideas enunciadas. Según James con el sentimiento de la cosa presente debe mezclarse en todas ocasiones el eco fugitivo de todas las demás que los pocos segundos anteriores han suministrado. En cada momento hay una acumulación de procesos cerebrales que se sobrepone unos a otros, de los cuales los más ténues son las fases fugaces de los procesos que poco antes eran activos en grado máximo; la suma de la superposición determina el sentimiento de la duración ocupada. Que acontecimientos parecerán ocupar la duración, depende precisamente de que procesos son los procesos sobrepujantes. Sabemos tan poco de la íntima naturaleza de la actividad del cerebro que aun cuando una sensación persiste momentáneamente no podemos decir que los momentos primeros de ella no dejen los procesos fugaces detrás de los cuales coexisten con los del momento presente. La duración y los acontecimientos juntos forman nuestra intuición del presente especioso con su contenido. (3).

Ward propone también una explicación que complementa lo dicho agregando una nueva e interesante fase de la cuestión. Dice así: «Después de cada representación clara, **A, B, C, D**, puede intervenir la representación de ese movimiento de atención del cual nos damos cuenta al pasar de un objeto a otro. En nuestra reminiscencia presente debe concederse que tenemos pocas pruebas directas de esta intervención; aunque pienso que hay indirecta evidencia de ella en la tendencia del curso de las ideas a seguir el orden en que se atendió primero a las representaciones. Con el movimiento mismo, cuando cam-

(3) Prim. Psicol. Vap. XV.

bia la dirección de la atención somos bastante familiares aunque los residuos de esos movimientos no son ordinariamente notorios. Estos residuos son nuestros signo temporales. Pero los signos temporales no suministran por sí mismos toda la pictórica exactitud de la perspectiva del tiempo. Estos nos dan solo una serie fija; pero la ley del olvido, asegurando una variación progresiva en intensidad cuando pasamos de un miembro de la serie al otro, produce el efecto que llamamos la distancia del tiempo. Por si mismas tales variaciones en intensidad nos dejarían aptos para confundir representaciones más vívidas en la distancia con otras más ténues, más próximas a las presentes, pero de esta equivocación nos libran los signos temporales; cuando el conjunto de la memoria es imperfecto, esas equivocaciones deben ocurrir continuamente. Por otra parte, cuando estas variaciones son ligeras e imperceptibles, aunque el conjunto de la memoria conserva intacto el orden de representaciones no tenemos todavía tal apreciación clara de distancia comparativa en el tiempo cuando estamos más próximos al presente en que son considerables sus efectos preceptivos.

Locke habla de nuestras ideas sucediéndose una a otra a cierta distancia no muy distintas a las imágenes en lo interior de una linterna alumbrada por un candil, y conjetura que esta aparición suya en series no varía mucho en un hombre despierto. Ahora bien: ¿Cuál es esta distancia que separa a **A** de **B**, a **B** de **C** y así sucesivamente?; y ¿qué medios tenemos de conocer que es constante en la vida de vigilia. Es probable el residuo de lo que he llamado un signo temporal; o en otros términos es el movimiento de la atención de **A** a **B**.

Todos saben que ha de verificarse por una rápi-

da sucesión de impresiones variadas igualmente que ha de fatigarse por la lenta y monótona reproducción de las mismas impresiones. Ahora bien, estos sentimientos de distracción y de tedio deben sus cualidades caracterísitcas a movimientos de la atención. En el primero la atención se fija incesantemente en el movimiento; antes de que se acomode a **A** es perturbado por la subitaneidad, intensidad y novedad de **B**; en el segundo se mantiene estacionaria por la repetida presentación de la misma impresión. Ese exceso y ese defecto de sorpresas hace a uno comprobar un hecho que en la vida ordinaria es tan oscuro que deja de advertirse. Pero recientes experimentos han mostrado, este hecho a una luz deslumbrante, y han hecho claro lo que Locke tenía confusamente en su mente al hablar de cierta distancia entre las presentaciones de un hombre despierto. Al apreciar períodos muy breves de tiempo, de un segundo o menos indicados, vervigracia, por las palpitaciones de un metrónomo, se descubre que hay cierto período para el cual es correcta la indicación de un número de cálculos mientras que períodos más breves son en conjunto sobreestimados, y los períodos más largos depreciados. Sostengo que esta es la evidencia del tiempo íntegro ocupado en acomodar o fijar la atención''. (4).

CAPITULO VI

Tonalidad afectiva del sentimiento del tiempo

El sentimiento del tiempo proporciona una de las alegrías más inefables que es dado experimentar

(4) Enciclopedia Británica: Psicología, pág. 65.

Sin embargo, no es ese el carácter que tiene siempre, siendo más justo decir que el sentimiento del tiempo puede recorrer todos los grados de una escala y ser desde penoso y depresivo hasta francamente placentero y exaltativo.

Resultando de la relación entre los ritmos vitales y cósmicos, la repercusión orgánica provocada por el mismo será función de la variable relación entre los sucesos externos y los ritmos internos, o en otras palabras, dependerá del número de estados de conciencia que integren y tengan lugar dentro de cada uno de los momentos que establecemos en nuestra existencia.

Los contenidos de la conciencia se someten a cierto ritmo e imprimen como un ritmo especial a nuestra vida, esto es, lo someten a un movimiento cíclico y uniforme en el que no solo hemos insertado lo pasado sino que tendemos a fijar lo futuro. nuestra vida la vemos así deslizarse como una rueda que gira todos los días, o todos los años o todas las horas (según el orden de cosas a que nos referimos) sobre lo extraindividual en lo cual muere y se afirma con empuje renovado.

Cuando la realidad es uniforme se desliza y resbala sin poder morder; sentimos entonces un vacío, una ansiedad que nos ahoga, el tiempo no nos da lo que le exigimos y arranca de nosotros notas lastimeras, sentimos dentro una oquedad que nos insume en melancolía indefinible; en cambio, cuando pasamos por una realidad multiforme y elementos diferenciados se nos ofrecen en abundancia, sentimos satisfecha una exigencia imperiosa y tiránica, nuestra voracidad se sacia abundantemente y sentimos la dulce alegría del vivir, parece como si la vida estuviera destinada a almacenar y recibir impresiones nuevas, a saborear los días, y las horas y los

minutos poniendo a cada una un exponente nuevo, una nueva notación, porque en esto sentimos la más cumplida satisfacción.

La naturaleza, la vida nos lleva así a formular conclusiones que la Biología y la Psicología modernas han aceptado y abrazado con gusto: «la vida y la psiquis son condensación de tiempo, el progreso en todos los órdenes se lleva a cabo exprimiendo los hechos y arrancándoles el jugo útil para nuestra biofilasia, que contienen.»

En la psicogenia vemos confirmados estos principios, es inútil aconsejar al joven, al inexperto en una cosa; es necesario confiar al tiempo, a las sucesivas lluvias de los hechos, la transformación que no podemos anticipar, la estructura mental, el criterio que nos admiramos no poder introducir. (1) Sucede a veces que no queremos anticipaciones, (en un cuento, novela, etc.), queremos seguir todos los pasos y paladear todas las emociones intermedias; podríamos decir que nos gusta la rozadura de las cosas, que queremos confiar a nuestro espíritu el

5) Después de ver lo inútil de nuestros esfuerzos, al querer armonizar un espíritu con el nuestro, nos confiamos resignadamente al tiempo, sabiendo que éste, después de mil tanteos, simplificaciones y limaduras, lo traerá todo naturalmente; podemos, sin embargo, hacer mucho, preparando los acontecimiento exteriores que más derechamente habrán de conducir al fin que anhelamos y éste debe ser el espíritu de la educación que cada vez más rechaza las píldoras comprensivas, pero inasimilables y tiende a proceder, paso a paso y sin apresurarse; a la aberración mayor, al polo más opuesto vamos con naturalidad y nos sorprendemos a veces, encontrarlo en un estado espiritual que mil veces habíamos detestado y abominado; han sido los hechos, el tiempo quien ha obrado el milagro. No deben olvidar los educadores y apóstoles la facilidad de esta conducción insensible y natural que, sin protestas ni ruido, nos lleva a todas partes.

trabajo de lima y simplificación que fatalmente ha de venir después.

Los ritmos, o vueltas, o ciclos son relativos entre los animales y entre los hombres, cambiando de acuerdo con algunos factores, tanto subjetivos como objetivos. Parece que la experiencia imprime cierta necesidad en el espíritu según la cual, este exige una determinada frecuencia en la repetición de impresiones, diríamos que a cada uno, nos establece un compás según el cual hemos de regular nuestras futuras adquisiciones y dentro del cual hemos de poner las continuas contribuciones de la experiencia. Cuando la realidad no responde a las exigencias de nuestros dinamismos se siente malestar. A veces nos hallamos ante una realidad monótona e indiferenciada, y nuestro espíritu parece ahogarse y anonadarse, sentimos la sensación que se experimenta en las grandes alturas en que una atmósfera enrarecida y la ausencia de sonidos y colores parece ahogarnos y absorbernos en la nada; un malestar vago y profundo se apodera de nosotros, el organismo parece forcejear por sostenerse en la débil resistencia del ambiente y sus funciones luchan penosamente contra la invasora inercia.

En cambio cuando la realidad responde ampliamente proporcionando abundante cantidad de impresiones, y por otra parte, nuestro dinamismo turbulento de energía es poseído de un tonismo desbordante, experimentamos la más indefinible y la más característicamente humana de las satisfacciones.

Difícil sería determinar si es la diversidad de impresiones la que exalta el tonismo vital o es este el que desdobra la realidad y la presenta varia y poliforme; pero dada la recíproca influencia, la interrelación compensadora que existe entre lo externo y lo interno, debemos de creer que uno y otro

y ambos a la vez originan el estado descrito. Para lo que pretendo mostrar es igual, pues siempre es el sentimiento de una sucesión el que produce el estado dicho.

Puede suceder que una gran variedad de impresiones se deslice ante un individuo sin armonizar con el ritmo general del mismo, o con el ritmo del momento; no se produce entonces bienestar, sino un estado neutro y de incoscienza sentimental, es el estado de abobamiento que se produce en los campesinos al visitar por primera vez una gran ciudad: las mil cosas nuevas que cada momento solicitan su atención, no encuentran elementos con que relacionarse, no interpretan sus percepciones por carecer de conceptos adecuados y deslumbrados por aquel mundo de impresiones sienten pronto la fatiga y el cansancio.

Dos formas características de afectividad que resultan del sentimiento del tiempo son la distracción y el aburrimiento. La primera resulta de la adaptación de las adquisiciones externas a las exigencias internas, de la conformidad entre lo que el ambiente nos da y lo que le pedimos. Cuando el medio mantiene vivo nuestro interés o el fuego de nuestro espíritu al cual alimenta pródigamente, sale este, podríamos decir, fuera de sí mismo, deja de atormentarse y devorar sus contenidos y cazador empedernido goza disparándose sobre las cosas y huyendo en alas de las renovadas emociones que le suscitan. Ajeno a las bajas preocupaciones del fondo orgánico se entrega a la oleada de sugerencias que la invaden haciéndole olvidar las relaciones que lo ligan a lo material, y perdiendo el contacto con el cauce por donde se precipita y desliza la vida.

Somos tentados a creer que no es la sucesión sino las cosas o sus símbolos mentales los que originan y

causan la distracción, al sentir que una sola cosa nos proporciona intensos y prolongados placeres ya pertenezca al orden sensible, sentimental o intelectual, como podemos observar en las disquisiciones filosóficas, en las elucubraciones matemáticas o en la contemplación estética; pero fácilmente nos persuadimos de lo contrario, si consideramos el proceso que se verifica en nosotros al atender placenteramente un objeto, esto es, al distraernos con él. Si reflexionamos sobre tal proceso, veremos que no hay tal objeto idéntico en sentido psicológico, como dice W. James, sino una sucesión de objetos mutuamente relacionados, que forman un solo tópico idéntico. La condición indispensable para entregarse a una cosa, para seguirla, es, que esta se desdoble, cambiando sus aspectos y renovándose continuamente. Si no se desarrolla el objeto, apenas un gran esfuerzo de atención puede sostenerlo contra las invasoras sugerencias del ambiente y casi siempre después de una estéril y enojosa resistencia, la voluntad se abandona y deja a sus pensamientos «transvoler de gioja in gioja», porque tal fuga, le brinda descanso y satisfacción.

Por esto difiere tanto nuestra capacidad para sentir el gozo y placer estético, y es tan relativo el esparcimiento y distracción que nos proporcionan las cosas. Solo las que tienen afinidad con el estado de nuestro espíritu, con nuestras ocupaciones, con nuestra vida, las que repercuten simpáticamente en la contextura de los dinamismos que individualizan nuestra personalidad, nos agradan y estimulan nuestro tonismo vital. Las demás las dejamos, porque no nos dicen nada, porque nos sentimos ajenos a ellas.. «¡Que linda vista sobre el mar tiene su casa, dice Grant Allen a un campesino de Hieres, y

este mirando a un campo de coles exclama: «En verdad es una vista magnífica.»

La razón de esta diversa acogida que otorgamos a las cosas y de la distinta complacencia que estas nos proporcionan, es que las primeras brotan, florecen y se ramifican en nuestro espíritu, evocan mil asociaciones, unas veces vagas y confusas, y otras precisas y claras, se desarrollan incesantemente y presentan sucesivamente nuevos aspectos y relaciones. En cambio, en las otras, la proliferación es raquílica o nula y nuestro espíritu obligado a contemplarlas, se siente ante esfinges mudas que solo le proporcionan tedio y aburrimiento.

En las intensas alegrías que nos proporcionan las funciones orgánicas, la sucesión y cambio son necesarios para su persistencia: la repetición constante y prolongada hace penosos los más grandes placeres y convierte en tormentos insufribles las satisfacciones más grandes. En cuanto a los dolores, los más intensos, los que ejercen una influencia más desastrosa y depresiva del tonismo vital, son aquellos que adosados a nuestro espíritu se fijan a él, aprisionándolo y reteniéndolo avaramente.

En todo caso, la sucesión ejerce una influencia pronunciada sobre la energética del individuo deprimiendo ó exaltando su tonismo vital, podríamos decir que el elemento esencial, constitutivo del sentimiento del tiempo está mezclado a todos los dolores y alegrías de la vida y que si bien cada momento sensacional está marcado con su coeficiente sentimental, este coeficiente depende en gran parte, y resulta del estado del sujeto, el cual no es, sino la totalización simplicada de todos los momentos anteriores, esto es, una condensación de tiempo.

Podríamos resumir lo dicho diciendo, que el sentimiento del tiempo es función de una variable, co-

mienza a producirse ejerciendo una influencia negativa sobre el organismo a partir de la existencia de ciertos cambios o de cierta sucesión, ejerce una influencia benéfica a medida que aumenta la frecuencia de dicha sucesión y se acerca a un equilibrio más pronunciado entre el ritmo interno: psíquico y vital y las sugerencias externas y aumenta su influencia benéfica y exaltativa a medida que se afina esta relación y hasta la supera estimulando y avivando el desarrollo de las fuerzas vitales. Puede llegar cuando el crecimiento es excesivo y origina una gran desproporción entre la suficiencia receptiva y la de los elementos que se reciben, a originar un estado francamente penoso e intolerable. Está, entonces la oscilación del valor vital del sentimiento del tiempo, dentro de la ley del óptimum que la Biología y la ciencia han consagrado.

No debemos olvidar que formamos una constelación energética que oscila entre límites determinados, que existe una biosfera, y quizá una psicofera con límites que no podemos traspasar a lo menos mientras subsistan nuestras condiciones internas actuales y no surja un nuevo equilibrio o una nueva condición bio y psicofórica.

En consecuencia nuestra legislación tiene un alcance limitado, nuestras conclusiones tienen ese carácter de relatividad inherente a toda construcción humana; la zona de placer o de dolor que corresponde al sentimiento del tiempo son susceptibles de ampliarse y restringirse y lo hacen a medida que cambian las condiciones internas de los individuos.

He dado al estudio de la tonalidad afectiva del sentimiento del tiempo un giro original, que difiere grandemente del que le han dado otros que han estudiado el mismo tópico; he creído que es el único posible. Guyau y otros escritores, al tratar de los

sentimientos que lleva consigo, se refieren más bien a sucesos que el tiempo arrastra en su curso, a las impresiones en sí, no a la sucesión de las mismas.

Prescindiendo del sentimiento que determinan los sucesos ordenados en nuestras escalas temporales, existe un sentimiento derivado de la misma sucesión, y este es el característico de la sensación de tiempo.

A el pertenecería ese vago afectivo que tiñe con dejos de melancolía los momentos en que la nostalgia nos invade filtrando en nuestro espíritu, no sabemos si vagos presentimientos o recuerdos nebulosos, en que un hambre de impresiones nos asalta haciéndonos sentir una mezcla de desfallecimientos y arrogancias, de empujes y retrocesos.

Tal sentimiento complejo es determinado por todo el ser, sin que sean capaces de hacerlo ningún sistema, ni parte del mismo; pero se distingue del que determina la eucenestesia a pesar de que está incluido en ella, por ser más dinámico, porque arranca del fondo filogenético del ser e impulsa hacia adelante. La eucenestesia es la unificación en el cerebro de las sensaciones que proceden de nuestras vísceras y del aparato locomotor, atraviesa transversalmente las diversas zonas orgánicas; el sentimiento que describo, en cambio, atraviesa longitudinalmente los sectores que representarían las sucesivas integraciones orgánicas y lleva en sí una vaga tendencia hacia el futuro.

Tomada la cuestión como hace Guyau, pueden defenderse las teorías más contrarias; los hechos al esfumarse y perderse en el pasado, conservan generalmente el tono y las calidades sentimentales que tuvieron al producirse, aunque casi siempre al entrar en relación con la masa de representaciones que guardamos en nuestro archivo mental, al combinar-

se con ellas, sufren transformaciones y cambios a veces radicales y profundos, y es general que moderen sus ímpetus y mitiguen las consecuencias de sus choques con el individuo.

El tiempo, como quiere Guyau, es principio de tristeza al robarnos las cosas queridas y no largarnos las que todavía no hemos poseído; pero nos hace víctimas de un cruel espejismo destrozando las ilusiones que habíamos forjado y amarga nuestra existencia mostrando la inanidad de nuestras aspiraciones y lo vanos que son nuestros desvelos y luchas; pero aparece con un carácter más benigno si consideramos que las circunstancias más difíciles y tenebrosas adquieren un carácter simpático y hasta son fuente de satisfacción y alegría al recordarlas y mentarlas, y en cuanto a los males amenazadores sostiene la esperanza y la confianza, y disminuye la pena preparando para ella y como adaptando nuestra sensibilidad y nuestro espíritu a la misma y dando lugar a que la inteligencia despliegue sus fuerzas y disminuya los efectos del golpe.

La Psicología nos muestra que el tiempo, el alejamiento, amolda nuestro dinamismo a una circunstancia exaltativa o depresiva, y disminuye y hasta anula el placer y la pena; así como el organismo luchando contra una enfermedad se inmuniza contra ella, nuestro espíritu se inmuniza revistiéndose como de una naturaleza refractaria a quien no conmueve lo que antes la alejaba de su estado normal. Podríamos decir que la asimilación de un valor sentimental cualquiera hace subir o bajar el nivel medio y cambia el poder emotivo del sujeto.

Por otra parte, dora todo lo que cae bajo sus dominios y le da matices atrayentes y poéticos, nos despoja las cosas de la crudeza hiriente que tienen en la realidad, suaviza sus aristas y al articular y

ensamblar los hechos, vela las partes ásperas e inconvenientes dándoles una sistematización económica y útil. El tiempo si es, pues, el principio y condición de todo sufrimiento, es por otra parte, principio y condición de muchas satisfacciones.

Tomada la cuestión como lo hace Guyau, pueden defenderse igualmente las dos teorías, pero como he dicho antes no está ahí el nervio de la cuestión.

CAPITULO VII

Percepción del tiempo y el espacio

Cuando bastante orientados en el mundo queremos hacer un recuento de las adquisiciones que nuestra activa y febril existencia primera nos ha proporcionado, quedamos sorprendidos hallándolas todas organizadas y sistematizadas en dos órdenes de relaciones que llamamos tiempo y espacio.

El tiempo y espacio, nos aparecen, pues, como algo diferente y extrínscico a las cosas cuyo conocimiento y captura nos absorbe y preocupa en los primeros tiempos; cuando somos capaces de reflexionar, las desprendemos de las cosas y formamos con ellas tópicos de nuestro discurso.

El orden y relación que definen estas representaciones, nos aparece como firmemente determinado, de tal manera que no es posible trastornar el mismo sin alterar la representación. En esto se distinguen del orden que ponemos en otras sensaciones, sonoras, por ejemplo, que podemos variar a voluntad, porque se hallan combinadas entre sí indistintamente.

Ante la conciencia aparecen con límites poco de-

finidos, casi confundiéndose en su límite de mínima expansión mental; solo el análisis y la reflexión filosófica al desarrollar los conceptos, llevándolos a una expansión mayor, o al afinar el análisis, los encuentra con caracteres que los distingue e individualiza.

Determina esta confusión el que ciertos valores temporales y espaciales al darse paralelamente con gran frecuencia, constituyen asociaciones fuertemente consolidadas que hacen posible la sustitución primero, y la suplantación después de unos por otras. Así vemos como las diversas posiciones del sol en el espacio o de las saetas en la esfera del reloj, son indicaciones temporales y las diversas unidades de tiempo nos sirven para representar las diversas distancias espaciales. El campesino conoce la hora por la altura del sol y la calcula con relativa exactitud por la cantidad de trabajo realizado. «Los turistas suizos al informarse de las distancias, se les contesta en términos de tiempo: horas, días, etc., y el salvaje conoce la posición de un lugar por el número de días que se tarda en llegar a él.»

Esta sustitución que el vulgo hace grosera e instintivamente, sin precisar con rigor los términos relacionables de ambas escalas, es hecha también por la ciencia reflexivamente, aunque cuidando de llegar a una exactitud cada vez más rigurosa en la determinación de los términos que pueden asociarse.

La psicología analiza ambos conceptos y encuentra diferencias en los procesos que determinan su formación, así como en los caracteres que muestran en su desarrollo.

La sensación de tiempo encuentra condiciones favorables para su formación y desarrollo en todos los sentidos, aunque las sensaciones acústicas y las

sensaciones táctiles internas son las más propicias para ello. Las sensaciones que determinan los movimientos voluntarios, sobre todo, de piernas y brazos, tienen un carácter marcadamente rítmico, se producen las mismas en cada oscilación del movimiento, y al repetirse continuamente en el mismo orden, dan lugar al nacimiento de las representaciones temporales. Lo mismo puede decirse de las sensaciones acústicas. Al durar un tiempo brevísimo después del estímulo y al reproducirse dentro de un ritmo uniforme de igual amplitud están también en primera línea en la formación de las representaciones del tiempo. sin embargo, las demás sensaciones y los fenómenos subjetivos que las acompañan: sentimientos y emociones, al producirse con intensidades diferentes influyen también, proporcionando elementos al espíritu para la constitución de sus nociones temporales.

En la formación de nuestra noción de espacio, en cambio, influyen únicamente las impresiones visuales y táctiles; ellas se correlacionan y corrigen y ayudadas por las musculares construyen el cuadro dentro del cual volcamos los datos que el mundo nos proporciona. Como dice Wundt, solo los sentidos de la vista y el tacto son capaces de producir un orden espacial determinado. «Los fundamentos psicológicos de las representaciones de espacio son por naturaleza menos generales que las de tiempo.» (2).

En esta diferencia influyen también las condiciones especiales de organización de los aparatos sensitivos y el carácter que esta especial organización da a las sensaciones respectivas. Tanto en la piel

(1) Spencer: Principios de Psicología, Cap. XV, pág. 336.

(2) Wundt: Compendio de Psicología, T. II.

como en la retina podemos considerar una gran cantidad de puntos diferentes que al ser afectados dan por resultado movimientos particulares y determinados estados psíquicos; podríamos considerarlos como planos de estructuras diferenciadas cuya topografía llegamos a conocer por la reptición de determinadas asociaciones de excitaciones, movimientos e impresiones psíquicas; el resultado de esta especial organización es, que las sensaciones que nos proporcionan tengan un carácter extensivo; los otros sentidos, por el contrario, no tienen partes diferenciadas por un determinado signo local; las impresiones se fusionan y sumándose unas a otras, refuerzan la intensidad de las sensaciones a que dan lugar sin constituir diversas unidades sensitivas.

Las sensaciones resultan así solo diferentes por su intensidad y les falta el carácter de la extensión que conserva la individualidad de las otras y que al permitirles coordinarse entre sí, determina la formación de la noción de espacio, como Wundt dice, las representaciones de tiempo no se hallan determinadas exclusivamente por las condiciones especiales de organización de los aparatos particulares sensitivos.

La percepción del tiempo nos aparece conexas intimamente con la naturaleza del espíritu, parece seguirlo de cerca en su accidentada marcha; las del espacio, en cambio, irradian de él y se extienden lateralmente; las representaciones espaciales se desarrollan alrededor nuestro, las de tiempo se desarrollan en nosotros penetrando los diferentes espacios en que hemos ido extrayendo jugo de vida; aquellas tienen un carácter transversal, estas longitudinal.

Si representamos por A, B, C, D, E, el medio vital y psíquico, el conjunto de circunstancias que

en cada momento nos provocan a la acción y por P la personalidad que reacciona al medio exterior, cambiando su equilibrio, tendremos que:

P x A B C D E producirá P'
P' x A' B' C' D' E' producirá P''.
P'' x A'' B'' C'' D'' E'' producirá P''', et.

Las series de A, B, C, D, D, A', B', C', D', E',; A'' B'' D'' S'', etc., dan lugar a la formación de nuestra noción de espacio y de los particulares espacios que recordamos; las series P, P' P'', P''', etc.; darán lugar a la formación del tiempo.

El espacio parece atañer a lo externo, a las impresiones y acciones exteriores, el tiempo a lo interno, a los sentimientos que señalan los jalones de nuestra vida interior resultantes de las continuas repercusiones orgánicas a las acciones del ambiente. La vida y la psiquis obran rítmica, intermitentemente; a cada golpe vital, si así queremos decir, se producirá una imagen y la sumación y fusión de todas ellas en la conciencia, da nuestros continuos estados psíquicos; tenemos, entonces, que una serie infinita de planos se suceden ante nuestros dinamis-mos superponiéndose e integrándose en síntesis más complejas; a través de todos ellos nos mantenemos idénticos o subsiste nuestra personalidad; la vista de nuestra perpetuación a través de todos los momentos, determina nuestra noción de tiempo, las construcciones que determinan la comparación de los distintos momentos o planos nos lleva a la noción del espacio.

Del carácter diferente de ambas nociones surgen otras diferencias. Primeramente, las sensaciones elementales de duración tienen una esfera más estrecha que las de espacio, nuestra conciencia clara ape-

nas se extiende a un impreciso y fugitivo momento que desaparece apenas nacido; las de espacio, en cambio, tienen una esfera mayor, se extiende a una zona más amplia y rica. «Los ojos ven varas, acres aún leguas con una sola ojeada y estos totales pueden subdividirse después en un número casi infinito de partes claramente identificadas. Las unidades de duración por otra parte, que el sentido del tiempo es capaz de abarcar de una sola vez, son grupos de algunos segundos y dentro de esas unidades muy pocas subdivisiones (acaso cuatro a lo sumo) pueden discernirse claramente. Las duraciones que más podemos manejar prácticamente (minutos, horas, días) han de concebirse simbólicamente y construirse por adición mental, a la manera de esas extensiones de centenares de leguas y más, que en el campo del espacio están más allá de los intereses prácticos de la mayoría de los hombres. Para comprobar un cuarto de legua solo necesitamos mirar por la ventana y sentir su longitud por un acto que aunque en parte podía resultar de asociaciones organizadas parece inmediatamente realizado. Para comprobar una hora, debemos contar: ahora, ahora, ahora, indefinidamente. Ahora es el sentimiento de un trozo separado del tiempo y la suma exacta de los trozos nunca producen una impresión muy clara en nuestro espíritu.» (3).

No deriva esta diferente capacidad, como dice William James, de miopía o imperfección del sentido del tiempo, sino de la misma naturaleza de ambos sentidos, pues mientras uno tiende a extenderse el otro parece tender a intensificarse. La evolución del sentido del tiempo parece hacerse en el sentido

(3) W. James: Principios de Psicología, Cap. XV, páginas 662 y 663.

de hacer más cortos y numerosos los momentos, de afinar nuestra perceptividad o nuestra posibilidad de reaccionar a estímulos más débiles y subdividir nuestros estados de conciencia en otros más simples. Pudiera decirse, que el sentido del tiempo es un sentido disgregador que extrema constantemente sus análisis tras de las mínimas diferencias, y que el sentido del espacio es una facultad unificadora que persigue constantemente síntesis cada vez más ampliamente comprensivas.

Otra diferencia que resulta del carácter asignado a cada uno, es que entre los elementos espaciales existe un punto que percibimos con un máximo de claridad y distinción y con el cual relacionamos todos los demás, es el punto de orientación; situado fuera de nosotros, agrupa a todos los demás elementos del espacio estableciendo entre ellos una relación definida y sometiénolos a una económica ordenación. En las representaciones temporales existe también un punto de orientación o un punto que se percibe con el máximo grado de claridad, pero en estas representaciones ya no aparece fuera, ni depende de condiciones orgánicas externas, sino que tiene su razón de ser en las propiedades generales del sujeto percipiente, y corresponde a la impresión inmediatamente presente a la cual están todas orientadas.

Parece, sin embargo, que proyectamos fuera de nosotros y fuera del momento presente el punto de orientación, o el punto visual interno, como lo llama Wundt, cuando consideramos épocas o tiempos pasados.

Acostumbramos a organizar y disponer estos alrededor de ciertas partes culminantes que establecemos como puntos de apoyo para realizar más per-

fectamente nuestras visiones de amplios conjuntos.

Estas partes aunque aparecen fuera del momento presente se ordenan de algún modo a él y además al pensar así períodos históricos, retrotraemos nuestra personalidad y la entonamos dentro del conjunto de sucesos que consideramos, de los cuales, el culminante que tiende a absorber y ligar a los otros, correspondería al momento presente.

El punto de orientación en las representaciones temporales, es el sentimiento momentáneamente presente, que al rechazar a los que le han precedido y empujarlos al olvido, no lo hace sino manteniéndolos ligados a él hasta que se disuelve y desaparecen en la conciencia.

En el mismo momento presente que decimos constituye el punto de mira de las representaciones temporales, podemos distinguir varios sectores de los cuales es uno el dominante y el que asume la dirección del grupo; las sugerencias que se levantan del fondo orgánico y de los sentidos, apenas si se denuncian a la conciencia con un confuso vagido del cual sobresale una que la atención espontánea destaca, o que se destaca por su eminente significado en el equilibrio funcional del individuo. Sería esa sensación un punto de orientación dentro del momento presente o mejor el centro de la zona que lo forma.

El punto visual interno tiene así una movilidad infinita, recibe cada momento una nueva contribución del medio vital psíquico que se traduce por un nuevo equilibrio y una nueva modalidad. No importa que el contenido objetivo sensible sea idéntico en varios momentos, subjetivamente aparecerán como distintos, porque el estado sentimental que acompaña a una sensación puede ser afin al de la anterior o a cualquiera otra, pero nunca será idéntico.

tico. «Supongamos que a la serie de impresiones a, b, c, d, y f, siga otra serie a', b', e', d', y f' en la cual por el contenido sensible sea a-a', b-b', c-c', etc. Si queremos indicar los sentimientos concomitantes por p, l, s, t, y r, y p', l', s', t', y r' sin duda p y p', l y l', s y s', etc., en razón de su igual contenido sensible serán sentimientos semejantes. Pero en general no serán idénticos porque todo elemento sentimental, además que de la sensación con la que inmediatamente se halla ligado, depende también siempre del estado del sujeto determinado por el conjunto de los hechos precedentemente desarrollados en la psiquis del sujeto mismo. Lo mismo sucede en series periódicas más complejas. Si también en ellas las condiciones subjetivas de los sentimientos espontáneos pueden concordar, nunca pueden coincidir, porque todo estado momentáneo tiene siempre una orientación especial al complejo de los sucesos psíquicos.» (4).

En las formaciones espaciales no existe una tal movilidad porque sus elementos más bien que con el sujeto se relacionan entre sí, el orden entre las partes que los constituyen es un orden recíproco más bien que con el sujeto percipiente. Mientras en las representaciones temporales el sujeto es el centro sobre que gravitan, de tal modo que las continuas variaciones de éste, definen su carácter y naturaleza y explican su continua movilidad, en las representaciones espaciales los elementos se ligan entre sí estableciendo, relaciones que pueden cambiarse a voluntad y hasta sustituirse, sin que por eso cambie su aperccepción por el sujeto. El carácter sentimental que las primeras tienen hace que sigan fielmente las oscilaciones y variaciones del

(4) Wundt: Compendio de Psicología, Cap. XI, pág. 10.

sujeto, en cambio, el carácter objetivo de las otras las pone al abrigo de toda movilidad. Por eso decimos que estas, siempre que tengan un contenido objetivo idéntico persisten, tienen una duración absoluta, en contraposición de las otras que sujetas al inestable equilibrio del sujeto no son capaces de una tal duración.

La independencia objetiva de las representaciones espaciales con relación al sujeto percipiente hace que pueda variarse e invertirse. «El número de direcciones en que puede hacerse esta inversión es limitado, pudiendo complexivamente acontecer solamente en tres sentidos y en cada uno de ellos son posibles movimientos en dos direcciones opuestas entre sí. A este número máximo de direcciones para las inversiones de las formaciones de espacio, corresponden el número de direcciones en que se pueden ordenar entre sí las partes de las diversas formaciones. Llamamos a esta propiedad la naturaleza tridimensional del espacio.” (5).

La inversión de la dirección en que pueden percibirse las formaciones espaciales no destruye, si bien desnaturaliza y trastorna su perspectiva, como puede observarse contemplando un mismo panorama desde diferentes puntos o volcando hacia abajo una figura; en las formaciones temporales la inversión del orden en que se han sucedido los elementos, es más funesta, puesto que casi siempre las hace irreconoscibles y acarrea su destrucción. Por eso la palabra de un discurso, de una poesía han de ser reproducidas en el orden concebido y no en un orden inverso, en el cual tienen en general un sentido enteramente diferente.

Si se invierte el orden pronunciando al revés, la

(5) Wundt: Compendio de Psicología, Cap. X, T. I.

sílaba, no se reconoce más, todo el efecto acústico, en el procedimiento inverso en una sonata de fonógrafo. Solamente a un determinado procedimiento del sonido de una palabra, se unen determinados recuerdos, y solamente cuando estos se despierten en un orden determinado correspondiente a la serie de las palabras, se unen de manera que presenten un sentido determinado. En una escala o melodía que el hábito y la asociación han consolidado de todas maneras, una parte poco importante viene irrecognoscible con la inversión del tiempo. Si se percibiese el tiempo como sensación parecería menos extraño que en una progresión que procede en el orden A, B, C, D, E, un término del medio, el C reclame solamente el recuerdo de los términos siguientes y no el de los precedentes. Igualmente la imagen del recuerdo de un edificio no aparece a nuestra mente con el techo vuelto de arriba abajo. Además, no parece que sea lo mismo si después del órgano A se mueve el órgano B, o viceversa. (6).

La apreciación de las distancias en el tiempo como en el espacio parecen responder a un funcionalismo parecido, si bien en el espacio, es posible usarse unidades de medida y tratándose de espacios pequeños, las frecuentes asociaciones de sensaciones y las progresivas correcciones a que dan lugar nos las hacen calcular y apreciar con bastante exactitud, lo que no sucede en el tiempo en el cual no puede existir unidad de medida capaz de ser superpuesta y comparada con ninguna duración. Tratándose, sin embargo, de tiempos y espacios largos, el proceso de nuestras apreciaciones es casi idéntico en unos y otros; son factores determinantes, la intensidad de coloración del estado de conciencia considerado y la

(6) Mach: Análisis de las sensaciones, Cap. XII, I.

vaga apercepción de los estados intermedios. En el tiempo ya hemos visto que la longitud de una duración es proporcional al número de estados y datos que se interponen entre ambos extremos; en el espacio, y sobre todo en el conceptivo, podríamos igualmente probar que la cantidad de sensaciones y posiciones que intercalamos entre las partes consideradas nos hacen igualmente apreciar su longitud. «Observad la Junfrau de la Wengernalp; parece que vais a tirar una piedra y atravesar el valle profundo y alcanzar el glaciar deslumbrador de blancura. Es que no se interpone nada en la transparencia del aire entre nosotros y esta visión tan clara; los puntos de referencia os faltan y decís: esto está muy cerca». J. Sulli).

Los estados subjetivos que alteran nuestras apreciaciones de la distancia temporal, alteran de un modo análogo las de la distancia espacial; la atención, la espectación, el cansancio, la despreocupación, ect., tienen la virtud de alargar o acortar las distancias que experimentamos. Un camino por el cual andamos esperando encontrar a cada paso un objeto que hemos abandonado, nos parece más largo que cuando lo andamos de otra manera. Un espacio que medimos paseando parece más largo que uno que atravesamos sin pensar en su longitud. Y en general una suma de espacio a que se atiende en sí mismo, deja en nosotros más impresión de algo espacioso, que una de la cual solo notamos el contenido. (7).

(7) W. James: Principios de Psicología, Cap. XV.

CAPITULO VIII

Medida del tiempo

Hemos estudiado nuestra percepción del tiempo y la evaluación que hacemos del mismo, esto es, hemos procurado precisar el carácter de la relación entre el ritmo del sistema energético que forma nuestros dinamismos y los ritmos de las energías ambientes, o la repercusión de estos en nuestra individualidad. Hemos podido observar la constante fluctuación a que está sometida esta relación y la conciencia de la misma, como consecuencia de los variables factores tanto subjetivos como objetivos que en cada momento entran en la relación.

Es posible hacer del tiempo un estudio más objetivo, relacionando solamente los ritmos de las energías cósmicas entre sí, persiguiendo entre la constante movilidad de las mismas una medida uniforme y absoluta, una relación constante que como el módulo en la arquitectura gótica exprese las relaciones de proporción entre todas las partes.

En todo tiempo, desde que los sacerdotes caldeos fundaron la astronomía, y de una manera grosera todavía antes, los hombres se han esforzado por hallar una relación más o menos uniforme entre los elementos de su experiencia externa; han surgido así ciertas medidas aceptadas sin mayor crítica; pero la ciencia moderna no ha podido otorgar tal tácita aprobación, y en los últimos tiempos, multitud de físicos y matemáticos han trabajado por determinar el valor de las mismas y precisar una medida de tiempo que tenga todas las garantías de exactitud y solidez. ¿Lo conseguirán?

Procuraremos resumir los resultados conseguidos hasta el presente.

La medida más común del tiempo es el día, que ha dado lugar a una composición y descomposición mayor, así tenemos los meses, años, siglos por una parte y horas, minutos, segundos, ect. por otra.

¿Pero que es el día? Es la duración de la rotación de la Tierra alrededor de su eje, duración que suponemos idéntica para todas las rotaciones; en otros términos, al girar la Tierra sobre sí misma hace que el antejo del astrónomo se enfrente a una misma estrella cada 24 horas exactamente. ¿Pero esta exactitud es certificada por algo?

Al contrario, hay presunciones de que suceda lo contrario; puede la estrella retardarse o adelantarse, y la Tierra puede acelerar o retardar su marcha; y ¿quien nos denuncia tales variaciones?

Pero es que de acuerdo con las leyes científicas que la experiencia actual ha permitido concretar, es lo más probable que el movimiento de la Tierra no haya sido uniforme y regular. Hay motivos para creer que no lo ha sido.

Los geólogos nos dicen que la Tierra se ha contraído al enfriarse, de lo cual se deduce, según las leyes de la Mecánica, que la Tierra ha debido acelerar su rotación. Este aceleramiento no llegará a un centésimo de segundo, desde los tiempos históricos. Por otra parte, la Luna, según los astrónomos, origina el fenómeno de las mareas, atrayendo hacia el lado en que se encuentra, el agua de los Océanos, y como su movimiento alrededor de nosotros, es menos veloz que el de la Tierra, obra como un freno sobre la rotación de ésta; determina la aceleración aparente de la Luna, que parece marchar más velozmente de lo que debería. Según esto, nuestro día aumentaría en un segundo cada cien mil años. Además, el aumento del volumen que la Tierra anualmente denuncia como consecuencia de la caída de

meteoros y bólidos, determinaría una disminución de la velocidad rotatoria.

¿Prevalecerá la aceleración por efecto de la contracción, o la retardación por las causas apuntadas?

Por otra parte, existen multitud de agentes desconocidos que actúan sobre la Tierra perturbando la hipotética regularidad de su marcha. Los astrónomos han adquirido la convicción de que la Tierra, debido a causas inexplicables, revela aceleraciones o retardos en su movimiento, bastante considerables. Periódicamente, a intervalos de treinta a cincuenta años existe entre las horas observadas y calculadas diferencias que pueden llegar a cuatro y cinco segundos. Algunos astrónomos dan como causas probables de estas oscilaciones, la variación del eje de rotación de la Tierra como consecuencia de la variación en la repartición de las masas líquidas sobre el globo y de la acción del núcleo interno que origina los fenómenos sísmicos, determinando un cambio constante en la constitución y forma del globo; todo ello ligado a las fluctuaciones solares y la variación en la curva de las manchas y calor del sol.

En resumen: no podemos llegar a esa matemática exactitud y precisión en la medida del tiempo que sería de esperar.

¿Debemos por eso establecer la imposibilidad de llegar a fijar la unidad del tiempo? De ninguna manera; constantemente iremos relacionando nuevos factores, abrazando y compaginando nuevas energías y estableciendo expresiones más aproximadas de las relaciones descubiertas. La unidad de tiempo, quizá sea siempre una unidad límite susceptible de un progresivo e inacabable afinamiento, pero nada obsta que lleguemos a un extremo que, por su suma esta-

bilidad, tengamos derecho a consagrarlo como unidad definitiva.

Por otros caminos se ha querido llegar a determinar la unidad de tiempo. Se ha medido la velocidad de la luz y se ha buscado una unidad de distancia para hacer de ella el equivalente del segundo, esto es, se ha establecido como unidad de tiempo la duración que invierte la luz en hacer cierto recorrido. Pero tal método reposa sobre principios tales como que la velocidad de luz es idéntica en medios iguales y en todas direcciones, a los cuales no tenemos derecho a otorgar con precisión matemática, porque nunca podrán ser comprobadas por la experiencia; es lo más natural, por otra parte, que la velocidad de la luz sufra influencias que desconocemos.

Mientras físicos y matemáticos prosiguen sus indagaciones y cálculos, continuaremos regulando nuestros relojes, de acuerdo con las indicaciones que el Observatorio de Córdoba nos envíe y seguiremos amoldando nuestra vida a las indicaciones de éste.

Ahora si suponemos que todos los relojes son de construcción idéntica y la transmisión de la señal del observatorio a cada uno de ellos se realice en el mismo tiempo, tendremos un sistema de relojes en fase unos con otros, estaremos en posesión de un medio para medir el tiempo que dure un suceso, podremos determinar el tiempo físico, la hora y el minuto en que acaece.

Si este acuerdo se realizara entre todos los relojes del mundo, los acontecimiento que en él tienen lugar, estarían entonados, tendidos en líneas uniformes, caerían todos bajo el mismo compás. Si idealmente extendemos nuestra hipótesis y suponemos un reloj así relacionado junto a cada uno de los fenómenos que nos es dado observar, habremos hecho entrar todo dentro de una sistematización artificial,

aunque regular y uniforme, podremos hablar, entonces, de simultaneidad o no simultaneidad.

¿Qué sentido tiene, ahora, estas palabras? Decimos que son simultáneos dos sucesos, cuando las sensaciones que en nosotros se producen, tienen lugar al mismo tiempo: existen casos en que se sienten como simultáneas, y hasta como sucediéndose, dos sensaciones de una manera inversa a su producción: el cirujano que ve correr la sangre antes de cortar y otros casos tales, como los que refieren Mach y Dvorak.

Si observamos una gran conflagración en una estrella lejana, diríamos que era simultánea a los sucesos que tienen lugar a nuestro alrededor en este mismo momento, pero, por otra parte, sabemos que la luz ha precisado cientos de años para llegar a nosotros desde aquellas lejanías; no se trata, entonces, de hechos simultáneos, sino de hechos que distan enormemente. Todo nuestro pasado está más cerca que el presente de esa estrella.

Tenemos, entonces, que rectificar; para poder hablar de simultaneidad sería necesario realizar la hipótesis que hemos supuesto, poniendo la realización de cada suceso bajo el contralor de un reloj en fase con todos los demás; como dice Poincaré, sería necesaria una especie de gran conciencia que lo viera todo y lo clasificara todo en su tiempo.

Nuestro juicios actuales sobre simultaneidad o sucesión de sucesos, implican la hipótesis de que todos los relojes están en fase con el nuestro, de tal manera, que por él estamos en posesión del tiempo físico y habilitados para hacer entrar todos los fenómenos en el mismo cuadro, de que somos nosotros esa gran conciencia que lo abarca y clasifica todo.

Sin embargo, ¿habremos de negar todo significado a tales palabras? Podremos usarlas, siempre que en

la reanización de los fenómenos se guarden las condiciones indicadas, aunque sin pretender una rigurosa exactitud.

Si escribo una carta, la imagen que de ella formó y la que formaría la persona a quien la dirijo, están en una relación de sucesión, una imagen es posterior a la otra; si contemplo una planta, deduzco que anteriormente ha habido una semilla; la convicción de que uno de los dos estados es causa del otro, lleva consigo la conciencia de que uno es anterior a otro.

Si suponemos una serie de fenómenos concatenados, o si, suponemos el universo desplazándose en series causales de fenómenos, dentro de cada una, distinguiremos uno anterior y otro posterior; la casualidad la traduciremos en prioridad y concebiremos sucediéndose las series de hechos que se influyen y empujan a la existencia; ahora, la distribución y clasificación del mundo en seriaciones, no es sino una hipótesis porque todas las partes del universo son solidarias entre sí y se influyen mutuamente hasta el punto de que una cosa es la resultante de la posición anterior que define la totalidad de lo existente.

La prioridad es tomada como causalidad o ésta nos lleva al concepto de aquélla; pero, por otra parte, el concepto de causalidad deriva de la prioridad; decimos que una cosa es causa de otra cuando antecede a la misma, hacemos, entonces, una petición de principio.

Hay, sin embargo, prioridades o sucesiones que no traducimos por relaciones de causalidad; si suponemos tres objetos, cuya posición relativa y velocidades conocemos, podemos calcular la posición de uno por el de otro; en un momento determinado, la visión de uno nos haría presentir y establecer la posición de los demás, sin que por eso los vinculáramos por relaciones de causalidad.

Podremos concluir que tales conceptos nuestros y juicios no revelan sino razones de conveniencia y sencillez, muy poderosas, como dice Poincaré, pero que en sí nada significan.

CAPITULO IX

El Tiempo en el animal y en el niño

Difícil parece poder establecer si el animal tiene o no noción del tiempo. Constituye un sistema energético, en el cual parece imposible internarse; sin embargo, la homología morfológica y funcional que observamos en el animal y en nosotros, nos autoriza para dar una solución, para hacer inducciones, que si no podemos tener como verdades absolutas, son verdades humanas, están dentro de las condiciones que reputamos suficientes títulos para arrancar el asentimiento humano.

En los animales inferiores, las respuestas al medio son puramente mecánicas; sus dinamismos están prontos a responder a los estímulos que los afectan, pero ninguna iniciativa surge de ellos, buscan y tantean, según la expresión de Jennings y siguen, merced a la amplia protección que le deparan los felices azares de la naturaleza.

No existe en éstos orientación temporal, considerados individualmente, aunque podríamos ponerlos dentro de una orientación específica o genérica, no conocen de ningún modo el pasado, ni palpitan el futuro, viven a merced de las veleidades ambientes.

Animales más superiores como los crustáceos, pa-

recen cristalizados en una estructura determinada, sus funciones son todas antiquinéticas y parecen incapaces de educación y aprendizaje (experiencias de Yerques) sus dinamismos se hallan perfectamente acoplados y como verdaderos autómatas se deslizan puestos en la pendiente de la acción, sin que ninguna iniciativa individual pueda refrenar o modificar la reacción. En tales animales no cabe tampoco el tiempo.

Los insectos y anfibios tienen sus dinamismos perfectamente acoplados, pero dan ya cierta margen a la iniciativa individual; la exigua educación de que son susceptibles simplifica las vías, acorta el tiempo de las reacciones y hasta puede modificarlas.

El tiempo aparece cristalizado en estas rudimentarias adquisiciones individuales; inconscientemente podemos decir que lo conocen o al menos lo han experimentado. Podría creerse al considerar los admirables actos de algunos insectos como la mariposa de la Yuca, el Cérceris, el Sítaris, etc., o al ver los acopios de la hormiga, que están perfectamente orientados en el tiempo, que recuerdan el pasado y preven y preparan el porvenir.

No parece, sin embargo, ser así. Estos actos serían más bien resultado de adaptaciones largas, hechas por los antecesores durante generaciones sucesivas; las felices coincidencias se habrán fijado y habrán quedado estereotipadas en forma de esos complejos bio-psíquicos que tanto nos sorprenden por su ajuste y precisión. No debe existir en ellos la previsión del futuro, ni el recuerdo del pasado, a no ser como una vaga visión, como un confuso eco de las trabajosas labores de integración y síntesis que han formado sus curiosos dinamismos. Los insectos constituyen una rama muy alejada de la corriente vital que informa y arrastra a la especie humana; dentro de ella

han llegado a una adaptación y equilibrio con el medio bastante perfecto; nuestra mentalidad moviéndose en una zona muy diferente no llega a explicarse y comprender esos caprichos de la naturaleza, le faltan valores manuable para internarse en las vías que se apartan considerablemente de las líneas más generales del plan orgánico; sus atisbos en esas alejadas esferas tiene el carácter, casi, de una adivinación, porque en ellas no circula nuestra moneda, ni puede constarnos que tengan correspondencia nuestros conceptos simbolizantes.

En los vertebrados inferiores las acciones dominantes son las cleronomas; su vida monótona, sus actos cotidianamente repetidos apenas si sirven para limar y moderar en algo la rigidez de sus instintos, pero su vida, podemos decir, se desliza ininterrumpidamente, sus reacciones están todas previstas en la contextura de su organización específica y apenas sus exigüos aprendizajes nos muestran que son capaces de acordarse parcialmente en la línea del tiempo. Algunos se destacan sobremanera por su capacidad educativa, por la habilidad con que sortean y evitan los peligros a que han estado expuestos, por el modo de acechar la caza, por las mañas para engañar a sus víctimas o despistar a sus enemigos, por sus simulaciones, aprovisionamientos, etc. En todos éstos se evidencia cierto progreso, empiezan a tener una noción material del tiempo, esto es, no desvinculan del curso objetivo de los hechos ninguna idea de su sucesión, pero obran como si la tuvieran, están dotados de una ciega intuición que suple nuestra clara visión y que les permite abarcar y proyectar con su mirada una limitada zona temporal.

El salvaje y hombre primitivo extienden el radio de su prospección y retrospectión, pero no tienen todavía formada la idea del tiempo. Arrastrados por

el curso de los hechos, no son capaces de detenerse a elaborar un símbolo mental que los represente. Viven al día, preocupados en satisfacer sus necesidades inmediatas y no tienen capacidad para calcular un plan de conducta que pueda agregar alguna ventaja para sí. Su imprevisión es absoluta, empiezan grandes obras, que luego no pueden terminar, como indica Mortillet; son impulsivos, porque las vivas ideas e imágenes los arrastran a la acción, sin que ninguna visión ulterior inhiba sus movimientos primeros, inconstantes, porque incapaces para formular y crear ideales, no tienen nada que sostenga y refuerce su impulsión y los estimule a redoblar repetidamente sus esfuerzos; en una palabra, son juguetes arrastrados por las olas en el mar de la casualidad ambiente.

La fabricación de instrumentos para el trabajo y la lucha, la adición de implementos a las grutas, como puertas, sostenes de piedra o madera, etc., las sucesivas obras que se construían para habitaciones: túmulos, dólmenes, habitaciones lacustres, la progresión de la vida del estado cazador al de pastoreo y agrícolas, las sociedades cooperativistas que se forman, el perfeccionamiento y aumento del lenguaje con la consiguiente formación de conceptos no completamente elaborados o inferiores, indican otros tantos progresos que el hombre primitivo hace en la apercepción del tiempo. El animismo con su distinción entre el cuerpo y el doble, inhumación de los muertos y la religión primitiva señalan el paso del espacio y tiempo perceptivos al otro, este otro es el que no se ve ni se ha vivido, que está más allá. En su elaboración trabaja sobre todo la imaginación creadora, combinando los elementos habidos y construyendo espacios y acontecimientos en dirección longitudinal o transversal.

El comercio intelectual que se establece entre los hombres que forman los grupos sociales, de los cuales unos han viajado y visto otros lugares o han vivido en otras épocas, influye muchísimo en la formación de consensos sociales, en los cuales comulgan los individuos y elaboran solidariamente conceptos más abstractos de tiempo y espacio.

La medida del tiempo se hará entonces, aunque sin proyectarla a largos períodos, por los cambios observados en la naturaleza, como lo hacen los australianos y bosquimanos, por las emigraciones de las aves, florecimiento de las plantas, maduración de los frutos, lunaciones, etc.

La última etapa en la formación que nos ocupa, corresponderá a las épocas históricas en que se amplía y se perfecciona la numeración, y la reflexión filosófica de algunos hombres se aplica a refinar y trabajar en conceptos abstractos. Las antiguas medidas del tiempo se sustituyen por otras más artificiales y prácticas, y ya en el campo de las matemáticas, se hacen agregaciones mentales que le dan el carácter de infinitud que para nosotros tiene.

Esta ampliación y progresos corresponden, quizá, a los asirios, aunque no sería extraño que a los griegos cupiera la gloria de haber dilatado el concepto hasta tener su carácter definitivo. Nietzsche establece, que a los griegos corresponde la paternidad de los principios que organizan nuestra actividad racional y que determinan nuestros conceptos de tiempo y espacio. Dice: «En los tiempos antiguos nada se sabe de leyes naturales, ni para la tierra ni para el cielo, se necesitan; las estaciones, la salida del sol, la lluvia, pueden venir o no venir; faltaba todo concepto de causalidad natural. Cuando se rema no es el remo el que hace avanzar la embarcación; remar es una ceremonia mágica, por la cual se obliga

a un demonio a mover el barco. Todas las enfermedades y la muerte, son resultado de influencias maravillosas. No existe nunca la marcha natural en la enfermedad y muerte, falta la idea de desenvolvimiento natural. En los griegos se empieza a cambiar este modo de ver y se introduce la idea de causación, etc.» (1).

No debe ser justa la opinión de Nietzsche: si bien en los griegos alcanzaron los principios de casualidad natural, razón suficiente, etc., su definitivo desarrollo y el hombre como agente autónomo, se opuso y empezó a obrar en la naturaleza, debemos creer que anteriormente, la humanidad había hecho audaces aproximaciones y contactos con tales principios, y que si no los formuló con su definitivo carácter, los presintió y de alguna manera los aprovechó.

En cuanto a los niños, no nacen con la idea de tiempo ya formada, sino que se desarrolla paulatinamente, podríamos decir, que salva las mismas dificultades y pasa por las mismas etapas que en la humanidad ha seguido, hasta llegar a su definitivo desarrollo. Muchos psicólogos dan cuenta de sus observaciones, según las cuales, el niño no tiene un concepto preciso y definitivo de la sucesión temporal, ni es capaz de localizar dentro de nuestras más primitivas medidas de tiempo, los acontecimientos que ha hecho o ha presenciado.

Guyau pregunta: ¿Tiene el niño un pasado, es decir, un conjunto de recuerdos puestos en orden, organizados de modo que produzcan la perspectiva de los días transcurridos? No lo parece... Todas las sensaciones que el niño ha tenido siguen resonando en él, coexisten con las sensaciones presentes, luchan contra ellas; es un tumulto inexplicable en que el

(1) Humano, demasiado humano.

tiempo no se ha introducido aún. El tiempo no estará constituido sino cuando los objetos se hayan dispuesto en una línea. No teniendo el niño el arte del recuerdo, todo le está presente. No distingue, claramente, ni los tiempos, ni los lugares, ni las personas." (2).

W. James dice: «Recientemente oí a mi niño de cuatro años decir a un visitante que había estado una semana en el campo. Como ha estado tres meses, el visitante expresaba sorpresa; por la cual el niño se corregía diciendo que había estado doce años." (3).

James Sulli habla de un niño de tres años y medio que mezcla todos los tiempos y no tenía ninguna representación definida que respondiera a los términos esta semana, o la semana pasada, y para el que aun ayer era un pasado absolutamente indeterminado indiscernible de toda otra época.

El niño después del acumulo de hechos que hace los primeros años, empieza su sistematización y ordenación, las experiencias a medida que se multiplican van tomando entre sí distancias y se alinean corrigiéndose progresivamente; así se afirma en lo más próximo para seguir con paso seguro, persiguiendo cada vez distancias más lejanas. El estudio lo pone en comunicación con la humanidad y le hace participar de su experiencia, su retrospectión se extiende progresivamente, al mismo tiempo que su audaz mirada atisba más seguramente, el lejano porvenir. Las llamadas a la reflexión lo pone, por último, en el concepto abstracto de tiempo. No debe verificarse ésto antes de los 12 o 14 años.

(2) Génesis de la idea del tiempo. Cap. I.

(3) Princ. Psico. Cap. XV.

CAPITULO X

Elaboración de la idea de tiempo

La idea de tiempo falta en casi todos los animales y es en el hombre de adelantada cultura, en quien primeramente aparece. No puede ser de otro modo, porque él es el primero que la exige, para actuar en su esfera de influencia y recorrer su órbita, y el único a quien sus facultades le han permitido establecerla y desarrollarla.

En la naturaleza está todo sometido a una ley de estética y economía. Si los tanteos y experimentaciones que son necesarios para abrirse paso, para superar y aumentar el capital hereditario, se hacen a costa de mil estériles sacrificios y demandan costosas prodigalidades, los hábitos y formaciones que se integran, representan sólo la parte útil, la vía más corta y la menos penosa para nuestra sensibilidad. Se abandonan los movimientos falsos, los penosos rodeos y cristalizan las relaciones y asociaciones que compensan con más ventajas los dispendios que originan, o los que encajan mejor dentro del plan orgánico, y refuerzan y concuerdan con la idiosincrasia del individuo y armonizan con sus gustos.

Estas ganancias líquidas no se alcanzan, sino a condición de que reporten utilidad al individuo o a la especie y concuerdan con los demás sistemas y

funcionalismos que lo integran; esto es, a condición de que sean económicas y estéticas.

Los diversos dinamismos y mecanismos, nociones y constelaciones psíquicas, surgirán en el momento en que son necesarios para la conservación del individuo y de la especie, o en que el desgaste de energías que suponen, sea exigido y se haga indispensable para responder al imperativo de progreso que en todos los seres existe como consecuencia del constante desequilibrio con el medio inestable y evolucionante.

La idea del tiempo no puede existir en el animal y el niño, porque no corresponde al sistema biopsíquico a que pertenecen, porque no lo exige su condición psíco-filo-dinámica.

Ellos son afectivos sobre todo, el interés y el placer particulares dominan siempre en sus acciones, no tienen nociones universales de bien, ni conciben intereses y valores sociales colectivos, se atienen exclusivamente a su conveniencia particular, de ahí la limitación de su radio de acción en el espacio y en el tiempo, de ahí la proyección de sus esfuerzos al estrecho escenario que alcanzan sus sentidos. Estos por su self-control, por su mutua corrección, elaboran las reacciones más apropiadas para la feliz adaptación del organismo al medio, ahondan, perfeccionan y hemos de creer que forman también canales de desagüe, vías de descarga por donde el organismo reobra y recobra su equilibrio. Indudablemente, estas adaptaciones mecánicas, estas formaciones plásticas son de la misma naturaleza que las formaciones superiores, pero se distinguen de ellas por su rigidez, por ser fatales, subconscientes y porque, al no disponer de un medio interno rico y sólo de la individual y limitada experiencia externa, son de una complicación muy escasa y carecen de la movili-

dad que exigiría el progresivo enmarañamiento del medio.

Recién cuando aparece la deducción y el razonamiento, y es posible la verificación mental, no bastan las condiciones de acción anteriores y aparecen potencias y facultades nuevas; cuando el hombre se abstrae de la naturaleza, se desarticula y deja de considerarse una parte orgánica de la misma, se levanta y contrapone a ella; al considerarse independiente y conocerse como objetivamente, empieza a diseñarse en su conciencia la aspiración de luchar contra la misma y dominarla, y para eso va tejiendo una red de complicación creciente en que la va pescando, como si así dijéramos; esta red la constituyen los conceptos generales, el espacio, el tiempo, las leyes científicas y como síntesis general, la filosofía. Todas estas formaciones responden a un mismo plan arquitectural, todas ellas han surgido al calor de la misma inspiración y bajo la influencia de las mismas leyes; de donde podemos considerarlas como fundamentalmente idénticas; la inspiración es el poder antientrópico y exaltativo que alienta en todo el mundo orgánico, y las leyes, las que la economía y la estética formulan y sintetizan en las palabras: parsimonia de la conciencia, eliminación de los procesos superfluos y reducción y simplificación de los intermediarios.

La noción del tiempo debía surgir en nuestra conciencia, porque era útil, porque su formación, además de responder a condiciones biológicas y cósmicas anteriores, era necesaria para el progreso humano, para penetrar la naturaleza y la vida y poder proveer de condiciones más favorables al desarrollo de la misma, para extender el radio de nuestra apropiación energética y hacerlo servir todo a nues-

tros fines humanos. En una palabra, la noción del tiempo debía surgir porque es biofilática.

El hombre está dentro del plan a que se ajusta la naturaleza orgánica, representa la etapa última a que ésta ha llegado en su evolución ascendente, mejor dicho, la ley económica de la ley del trabajo juntamente con la influencia de medios especializados han hecho que en medio de la correlación que existe en todos los sistemas orgánicos, se destacaran algunos y adquirieran un excesivo desarrollo, asumieron éstos la dirección o el cuidado de todo el conjunto que dócilmente se sometió a su tutela y se originaron así las diferenciaciones morfológicas y funcionales que caracterizan a los vivientes. En unos la energía derivó a los sistemas locomotores, activos o pasivos, y han surgido especies que fían su protección y defensa a su fuerza o agilidad, en otros derivó a sus aptitudes reproductoras y surgieron otros que fían su supervivencia a la capacidad multiplicadora, en otros derivó al sistema nervioso y tienen la garantía de su existencia y perpetuación en los mil recursos que éste le proporciona. Dentro de cada sector la división o especialización ha proseguido conduciendo a formas cada vez más diferentes; en cada una ha habido especies en que ha sido mayor el desarrollo y que representan etapas superiores de evolución dentro del carácter que las especifica. (3)

El hombre representa la etapa superior en la esca-

(1) Han defendido algunos, que el hombre no es el animal superior; puede admitirse, porque dentro de cada sector hay animales que quizá hayan llegado a desarrollar más completa y perfectamente el sistema que representan o hayan llegado a un grado que les permite una mejor existencia o una estabilidad, equilibrio y adaptación mejor que la alcanzada por el hombre. Lo superior es relativo, se supone dentro de un sistema, comparado con otro, es cantidad heterogénea.

la de animales en que ha prevalecido y se ha destacado por su gran desarrollo el sistema nervioso y las funciones psíquicas. En él estarán desarrolladas todas las actividades y tendencias que apenas se insinúan y denuncian en los animales, o que se hallan en ellos iodistintas y confundidas, articuladas con otras formaciones en bloques de un peculiar carácter. Todo lo que en el psiquismo animal está de una manera latente y embrionaria, adquiere en el hombre un relieve tal, que se muestra a la conciencia con un carácter propio e inconfundible. Las confusas posibilidades y potencias que se diseñan en el animal, se destacan luego en el hombre y llegan a aparecer luego con aspectos que apenas se dejan adivinar en su originaria apariencia. Tal sucede con nuestras ideas, juicios y razonamientos que se presienten en toda la escala zoológica y, sobre todo, en los animales superiores, donde existen material e implícitamente. Esto tiene lugar con nuestra noción de tiempo.

Todo el mundo, orgánico está orientado en dirección temporal. Hemos visto el progreso que se ha verificado en los animales en el sentido de entonarse más ampliamente en la línea del tiempo. Desde los más inferiores que lo tienen cristalizado en sus elementarios y heredados arcos senso reactivos hasta los superiores que más educables, aprovechan el pasado propio, la personal experiencia para inhibir y modificar las reacciones reflejas e instintivas que representan el pasado de la especie para mejorar su futuro y preparar los futuros destinos de la especie, hasta los más superiores que, capaces de cierta comparación y reflexión, ponderan mejor sus adquisiciones y preparan con más justeza el porvenir, al mismo tiempo que amplían sus proyecciones, todos se mueven en esa línea de orientación temporal, pe-

ro ninguno hasta el hombre ha podido segregarla y objetivarla; todo el mundo orgánico está adherido a ella, sin que ninguno, fuera del hombre culto, haya podido desprenderse de su intrínseca contextura.

El tiempo es uno de los conceptos, de los símbolos que habían de surgir cuando el hombre crea valores representativos de lo real. Es una idea abstracta que debía formarse al permitir el lenguaje dar realidad objetiva, precisando y rectificando por las relaciones sociales, las ideas y sugerencias de los individuos. La precisión y fijación en una palabra, de la idea de sucesión temporal que mil determinantes habían hecho surgir en el cerebro de muchos hombres, hizo que adquiriera personería propia, que se desarrollara y adquiriera el carácter con que nos aparece. Correspondía, pues, brotar a la idea del tiempo en esa específicamente humana floración.

Veamos los factores que la determinan.

CAPITULO XI

FACTORES DE LA ELABORACION DE NUESTRO CONCEPTO DE TIEMPO

I. Nuestra misma constitución. — El primer factor que ha determinado el surgimiento de la idea de tiempo en nuestra conciencia, es nuestra misma constitución. Como hemos dicho, filogénica como octogénicamente, estamos orientados en el tiempo. Filogénicamente, porque somos momentos transitorios de un proceso integrador de la ascendente gama orgánica, estamos orientados en la especie que ha volcado en nosotros todas las adquisiciones y conquis-

tas en su rudo batallar, y que nos empuja al porvenir con ímpetu redoblado; ella nos mune, dota de las armas que ha constituido para que abramos paso en la enmarañada selva virgen del futuro de la especie, somos instrumentos de una fuerza que palpita en nuestro interior, que nos impulsa a ignorados fines; así lo dice nuestro instinto de conservación específica que es más fuerte casi siempre que el individual, como nos lo muestra el hecho de que ponemos a precio nuestra vida por valores que muestran siempre una carátula superindividual, étnica, específica, etc., parecemos los individuos no ser otra cosa que instrumentos que llevamos en triunfo los predicados específicos. La irracionalidad con que a un espíritu positivo, individualista, aparece el sacrificio por algo superior, o el de las madres por sus hijos, es sólo desde el punto de vista estrictamente individual, pero desde el punto de vista específico, es natural, si nos suponemos orientados en ese sentido. El capital, específico o acumulado por la especie es mayor y más consolidado que el individual, por eso no es de extrañar que por su conservación y acrecentamiento, demos todo lo que tenemos. La razón que juzga irracionales esos sacrificios, es individual casi, y al juzgarlos, lo hace con el prejuicio individual, esto es a través del color que el individuo le ha superpuesto, por eso, lo conceptuamos irracional que equivaldría a juzgarlo inindividual.

Estamos orientados ontogenéticamente en el tiempo, puesto que recibimos y guardamos todo lo que nos da la experiencia y formamos hábitos y facultades, esto es, potencias operativas que están destinadas a obrar en el futuro. El tiempo, esto es, las impresiones que se suceden continuamente; cambian nuestro nivel individual, y la mayor altura de éste hace aumentar nuestra facultad proyectiva. El au-

mento puede ser parcial y, a veces, es contraproducente, pero se corrige luego con otros niveles o presiones, y puede bajar haciéndose más sólido y equilibrado.

Igualmente podríamos decir que estamos orientados en la raza, en la animalidad, en la vida, en la naturaleza, etc., en cuanto que somos portadores de las calidades de estas entidades y tendemos a llevarlas adelante, a prolongarlas en el futuro, en cuanto que cada una de éstas ha vertido su esencia en nuestra estructura, encargándonos la trasmitamos a nuestra descendencia, refinada y perfeccionada.

En el individuo, sus sistemas, sus aparatos, están todos orientados en el tiempo. Como dice Mach, los elementos nerviosos no sólo participan una continua e innata orientación polar, como se ve en la onda descendente en el intestino y en la musculatura de la serpiente de los fenómenos galvano-trópicos, sino que quizá son también capaces de una polaridad adquirida temporal, como se manifiesta en la conservación de la sucesión del tiempo en la memoria, en el ejercicio, etc. (1).

La facultad del músculo de modificarse con el ejercicio, la del hueso de modificar y orientar sus trabéculas en sentido de la mayor resistencia, y la de todos los aparatos disponiéndose favorablemente para una función determinada, nos indica la orientación temporal de todos ellos. En todos, la sucesión de ciertos actos los ha habilitado para una mejor producción y un mejor aprovechamiento de los mismos. En algunos se verifican verdaderas entonaciones, en el sentido que la repetición uniformemente periódica de una impresión, ha influido para que la parte del or.

(1) Análisis de las sensaciones, Cap. XII, I. Nota.

ganismo especializada para su recepción, se entone con ellas y adapte su ritmo al exterior.

Pero esta adaptación de los ritmos internos a los externos, de las secuencias externas a las internas, como dice Spencer, se verifica en el complejo del organismo, de tal manera, que éste afina sus resonancias en el transcurso de la evolución filogenética, hasta llegar al hombre, en que secuencias externas, sumamente largas, tienen secuencias en el individuo sumamente largas, hasta el punto de abarcar generaciones de individuos.

La raíz de todas estas orientaciones temporales, está en la propiedad de la memoria, que caracteriza a todos los seres orgánicos. Desde el momento en que los vivientes en el transcurso de sus sucesivas reacciones permanecen idénticos, o prolongan su individualidad a través de todas las transformaciones que el medio determina en ellos, tienden una línea polarizada en sentido temporal. Lo inorgánico lo consideramos estratificado, sus etapas no se continúan, porque sus mutaciones son destrucciones, evoluciona y cambia de estado, pero estos sucesivos cambios no conservan huellas de los estados precedentes; podríamos representarlos gráficamente por líneas paralelas, independientes, sin nada que tienda, entre ellas, lazos de solidaridad; lo vivo es lo que inicia una marcha longitudinal, lo que penetra las sucesivas y paralelas estratificaciones y lleva en cada nuevo estado la esencia de todos los estados anteriores.

Al surgir el sistema nervioso, se especializa en él la función, permitiendo por su suma plasticidad, la impresión y fijación de los estados refundidos y totalizados en todo el organismo. Se perfecciona la polarización temporal, alargándose y haciéndose más consistente, y con las superiores formaciones ner-

viosas se llega a una polarización buscada y consciente; se desentraña e indaga el pasado para penetrar y preparar el lejano porvenir.

Siendo característico de los seres vivientes este aprovechamiento de los sucesivos estados que determinan en ellos las incidencias ambientes, y siendo esta sucesión lo que caracteriza al tiempo, podríamos decir que los seres vivientes son condensación de tiempo. «Al revés de la materia inorgánica que ha permanecido inmutable a pesar del tiempo, los seres vivos han sacado el jugo al tiempo, lo han acumulado y se han enriquecido». (2).

Las sucesivas impresiones al caer sobre el individuo, no se evaporan y desaparecen completamente, dejan una finísima estratificación que cambia el equilibrio de todo el sistema orgánico. Podríamos compararlo a la formación de las estalactitas por la sedimentación de las materias disueltas en las gotas de agua. James nos habla de la lluvia de la experiencia; aunque la comparación no es exacta, puesto que en los seres orgánicos más que de contribución externa, debe hablarse de respuesta de las energías endógenas a las ambientes. Por otra parte, es una comparación grosera, porque los procesos dinámicos que tienen lugar en la intimidad de los vivientes, están muy alejados de ese estrecho mecanismo.

No es que los vivientes hayan acumulado siglos, años, días o minutos, en un sentido absoluto, de tal manera que pueda establecerse escalas de equivalencia entre la integraciones actualizadas y un número determinado de años o siglos, como tampoco podemos calcular el tiempo que ha durado una marcha por los términos alcanzados, puesto que existe también como factores determinantes la ruta elegida y la ve-

(2) Jakob; Apuntes. Año 1914.

locidad desarrollada. Hemos acumulado lo que constituye la esencia del tiempo, las experiencias, las actividades, las vicisitudes que sufrimos en la larga carrera filo y ontogénica. Nuestro dinamismo no se mide por nuestros relojes, sino por la apreciación del número de nuestro contenido; las medidas que hemos adoptado son artificiales, son medios útiles para nuestros fines, pero no sirven para la conciencia. Esta aprecia la longitud de su marcha por el mayor o menor peso de sus adquisiciones. Es en vano que uno haya vivido tantos años si sus experiencias pueden sorberse cómodamente en algunos meses.

Hemos de advertir que experiencias valorables y ponderables, sólo son las revelantes, las que añaden algo al fondo anterior; no tienen una medida absoluta, se miden por las veces que podrían colmar la receptividad del sujeto. Aquí se cumple el dicho de los escolásticos «quid quid recipitur ad modum recipientis recipitur».

Las experiencias han constituido los organismos, han moldeado sus sistemas y aparatos y afinado y complicado sus funciones; a esta conclusión debemos arribar si no queremos aceptar la acción de fuerzas supracósmicas o una espontánea e inmanente perfectabilidad de los seres.

El tiempo está también en nuestra constitución por el carácter rítmico que tiene el proceso de nuestra existencia; somos sistemas cerrados de energías con un ritmo propio, vivimos correlacionados y en recíproca dependencia con todo lo existente, constituimos una constelación energética dotada de una ley especial que, sometida a la pauta universal, goza, sin embargo, de su autonomía, vivimos así solidarizados con las diferentes cosas de desigual perfección que forman el universo, pero guardando nuestra independencia y sujetos a nuestra determi-

nada ley; resulta de ahí que al fijarse el movimiento evolutivo de las cosas en nuestro sistema de relación, debido al no sincronismo de los mismos, aparece la posibilidad de medir el movimiento exterior, relacionándolo con las fases de nuestra evolución o medir éstas, relacionándolas con los movimiento exteriores; son dos escalas en movimiento que presentan sucesivos momentos relacionables.

Si el hombre y el mundo evolucionaran en la misma dirección y con igual velocidad, no sería posible el sentimiento del tiempo, viviríamos en un presente perpetuo; un lejano simul nos lo proporciona la apariencia de inmovilidad que tenemos al marchar en un tren y observar otro que corre paralelamente y con igual velocidad. La serie de constelaciones cósmicas y biológicas, no son más que sistemas energéticos, dotados de la propiedad de moverse, de evolucionar, la diferencia está en el carácter y naturaleza de esta evolución. Los vivientes son como las masas cósmicas que, desprendidas de la masa central, se organizan para una evolución o movimiento autónomo, aunque sin perder el contacto ni salirse de la esfera de acción del sistema. La desigual duración de los ciclos que describen hace posible medir los unos por los otros, siempre que exista como en el hombre, un sistema capaz de abstraerse de todos ellos y contemplarlos y compararlos como objetivamente.

Con razón pudo decir Kant que el tiempo se halla innatamente en nosotros, teniendo en cuenta, la posibilidad de que los elementos constructivos del plasma, tienen para formarlo, debido al mismo ritmo de su existencia.

2. Diferenciación mínima, semejanza máxima y número. — Desconocemos la esencia de las cosas; estamos reducidos a establecer relaciones, a cuyo

conjunto denominamos cosas, tanto se trate de unidades sensoriales como de unidades psíquicas. Las cosas, tomado el nombre en esa acepción genérica, serían manojos de relaciones, soldados y cubiertos por un nombre (*verbum mental u oral*). La observación y experimentación no hacen sino agregar predicados, establecer afinidades y discrepancias, interpretar, clasificar y distribuir en nuestros casilleros o conceptos los elementos que la realidad denuncia y proporciona. Reflexionar, es experimentar inmanentemente. Cuando pensamos no hacemos sino esforzarnos por hallar relaciones entre las cosas para afirmar una de otra; pero para formular esta afirmación, precisamos comprobar la perennidad y constancia de una conexión entre ellas; de ahí que pensar es someter una cosa a otras que sucesivamente consideramos hasta hallar la relación buscada; es, pues, un experimento ideal.

Esta experimentación ideal puede tener dos aspectos: o bien persiguiendo siempre las mínimas diferencias desdobra las cosas, extrema sus análisis y distingue partes diferentes en lo que aparecía como indiviso y homogéneo, o bien las agrupa, buscando las máximas semejanzas en la continua superación de sus síntesis.

La facultad de diferenciación o discriminación, es un factor que influye poderosamente en la formación del concepto del tiempo. «Suprimid la percepción de las diferencias, dice Guyau, y suprimireis el tiempo. Hay una cosa notable en los sueños que es la metamorfosis perpetua de las imágenes que, cuando es continua y sin contrastes mercados, anula el sentimiento de la duración. Los lugares cambian, no por un golpe de magia, sino por una serie de transiciones que impiden notar el cambio. En los sueños ocurre como en un teatro en que se vean marcharse

poco a poco los árboles y las casas reemplazados por otras decoraciones, con la diferencia de que en el sueño, estando la atención dormida, cada imagen que desaparece, desaparece por completo; entonces la comparación entre el estado pasado y el estado presente, se hace imposible: todo recién llegado ocupa él solo la escena y nos hace olvidar enteramente los otros actores y las otras decoraciones. A causa de esta ausencia de contraste, de diferencias, pueden efectuarse los cambios más considerables, escapando a la conciencia y sin organizarse en el tiempo. En una masa absolutamente homogénea nada podría dar origen a la idea del tiempo: la duración no empieza sino con una cierta variedad de efectos." (3).

El poder diferenciador determina el surgimiento de la idea de tiempo. El animal y el niño ven y sienten todo de una manera caótica y confusa, están absorbidos y sumergidos en el mundo, del cual apenas se distinguen. Ante ellos el mundo se despliega de mil maneras diferentes y proporciona variadas impresiones, pero pasan de unas a otras sin darse cuenta del cambio. Si discriminan y distinguen, es de una manera material. El hombre, en cambio, tiene necesidad de distinguir las cosas para disponerlas a sus fines, para juzgar con ellas, de tal manera, que su evolución y progreso se hace a medida que aumentan sus distinciones o el número de entidades diferentes con que puede operar.

La capacidad diferenciadora humana, no sólo se realiza con las cosas, sino también con el orden y seriación en que se repiten y suceden. El niño empieza a distinguir el despertar y el dormir, el hambre y su satisfacción, el cambio del día y de la noche, las fases de la luna, de la comida, del baño y de otras

(3) Génesis de la idea de tiempo. Cap. II.

necesidades corporales periódicas, el tic-tac del reloj, la marcha, etc. La observación de todos estos procesos que se repiten periódicamente contribuyen a formar la idea infantil de tiempo. Se agrega después la observación de la naturaleza, de la caída y surgimiento de las hojas, de los frutos, de los nidos, de los pájaros, estaciones, fiestas, vacaciones, etc., completándose así, poco a poco, el dinamismo de su concepto." (4).

A medida que el hombre ha aumentado sus distinciones y ha visto multiplicarse y proliferar el primitivo y simple contenido que forma su mundo en la primera edad, han aumentado los resortes y potencias de su espíritu y su capacidad para desdoblar sus impresiones, descomponerlas en elementos más simples, y desprender de las mismas múltiples aspectos y relaciones; ha adquirido así mayor posibilidad de llenar y densificar los momentos de su vida, dando a cada uno diferente matiz; ahora el tiempo, como he dicho, no es para la conciencia lo que nosotros llamamos años, días, etc., sino estados de conciencia y sentimientos, de tal forma que el aumento y frecuencia con que se suceden éstos y no las otras unidades, determinan en nosotros la conciencia de un tiempo más o menos largo; luego la capacidad diferenciadora, no sólo ha determinado en nosotros la idea del tiempo, sino también la ha afinado y ha intensificado su contenido.

Pero como dice Guyau «una heterogeneidad demasiado absoluta si fuera posible, excluiría también la idea de tiempo que tiene entre sus principales caracteres la continuidad, es decir, la unidad en la variedad. Si nuestra vida pasa a través de medios

(4) Jakob: Del mecanismo al dinamismo del pensamiento Anales de la Facult. Dere. 1918.

muy diversos, si vienen a chocar a nuestros ojos imágenes demasiado heterogéneas, la memoria se turba, pone delante lo que es después, lo embrolla todo.” (5).

La tendencia a la unidad que surge de nuestra misma constitución, nos impulsa a sistematizar todos nuestros contenidos y agrupar en unidades superiores los datos de nuestra conciencia. Establece entre las cosas semejanzas cada vez más amplias y constituye núcleos de condensación que simplifican y economizan sus esfuerzos. Ese procedimiento que fundamenta la memoria, da al espíritu un carácter unitario y conserva centralizadas y equilibradas todas sus conquistas, mantiene la conciencia de su personalidad y la hace aparecer prolongándose a través de las etapas que ha atravesado. La conciencia de nuestra personalidad, perpetuándose a través de las múltiples impresiones que la facultad analítica nos ha proporcionado es, pues, una condición primera e indispensable para la constitución de nuestra noción temporal.

La facultad de contar, el número ha tenido también gran importancia en la elaboración de la idea que nos ocupa. El permite construir núcleos de hechos homogéneos y distinguirlos de otros diferentes; como no se puede sumar ni restar sino hechos de la misma naturaleza, los números, (sumas) son como unidades superiores que se prestan a una composición más amplia y eminente, la cual no es posible sino en individuos de cierto equilibrio y estabilidad mental; ellos determinan “un producir rítmico de cantidades seriadas y la noción de la cantidad alcanzada sirve después para medir el lapso de tiempo.” (6).

(5) Cuyau: Ibid.

(6) Jakob: Ibidem.

La facultad de contar comprende las dos anteriores, porque las cosas heterogéneas en un orden son homogéneas consideradas en una categoría superior; si las manzanas y peras no pueden sumarse o restarse como manzanas o peras, puede hacerse como frutas, y éstas pueden entrar en composición con otros productos: como comestibles, como dulces, etc., y todo lo existente como cosas; igualmente lo homogéneo en un orden resulta heterogeneo en otro inferior e incapaz de entrar con él en composición. Podríamos decir que el contar esquematiza la facultad analizadora y sintetizadora, que es un artificio humano para mantener enlazados en medio de su progresiva multiplicación y dispersión todos los elementos que integran nuestra conciencia; esto es, para compaginar y armonizar la varedad en la unidad, para percibir las diferencias bajo la semejanza. Como las dos anteriores facultades ha sido un factor no despreciable en la formación de nuestro concepto de tiempo.

3. La actividad refleja o la atención imperada. — No es posible la idea de tiempo, cuando el individuo es llevado y arrastrado por los acontecimientos, impotente para sentar su planta en el suelo inmóvil y contemplar su fugitivo curso; el hombre de mundo al dejarse llevar por las mil fugitivas coyunturas que la vida le depara, sin detenerse a analizarlas y discutir las, pasa, como se dice, el tiempo sin sentir. Lo mismo nos sucede en los viajes; las mil sensaciones que incesantemente golpean nuestra sensibilidad, embargan y suspenden nuestro ánimo y nos arrebatan y ponen a merced de las mismas; por eso Pascal comparaba los viajes a los sueños; “si viajáramos siempre sin detenernos nunca y, sobre todo, sin haber organizado nosotros mismos el plan del viaje, nos costaría trabajo distinguir la vigilia del sueño;

hace falta una cierta continuidad en las sensaciones, una cierta lógica natural, es preciso que una salga de la otra, que se encadenen todas juntas. Para comprobar el cambio, hace falta un punto fijo”.

Este irreflexivo deslizarse es característico de los animales y también de las sociedades inferiores cristalizadas, que aceptan sin discusión las tradicionales normas de vida de los antepasados y las prosiguen con fatal inconsciencia; los individuos no agregan ninguna complicación al consenso social y éste, en consecuencia, estabilizado y calmoso, no exige ninguna laboriosa adaptación por parte de ellos. Cerrado así el círculo, los años pasarán y a través de ellos perdurará la sociedad fosilizada, sin dejar en su obstinada costra ninguna denunciadora huella.

En los animales tiene lugar aumentado el mismo fenómeno; sus dinamismos se hallan perfectamente acoplados, en ellos han sido provistos por la filogénesis de casi todas las reacciones que el medio puede exigirles y su vida se desliza sin sentir; para ellos los días pasados no tendrán ningún relieve y si recuerdan algunos hechos importantes acaecidos en ellos no podrán localizarlos exactamente, serán como los hechos rememorados en sueños, flotantes en un indeciso pasado.

Cuando la reflexión aparece, entra en actividad un factor nuevo, con capacidad para imprimir nuevos rumbos y fijar orientaciones personales; es, entonces, el individuo como la fiera que, acosada, se detiene, tiente un esfuerzo supremo con las fuerzas unificadas y rehechas, calcula los recursos y energías de sus perseguidos y se lanza y dispara contra ellos, llevándoles un ataque eficaz e incontenible. Es el soberbio, magnífico momento en que la humanidad

reta al mundo decidida a sojuzgarlo y tomar posesión de él. Al universo que pretendía abrumarnos, lo abrumamos a nuestra vez, como decía Pascal, por el conocimiento.

La reflexión ayudada por la atención voluntaria, reduce el campo de nuestra operación de pensar, crea y organiza focos de energías centralizando y haciendo converger todas las del sujeto a una zona determinada, permite sistematizar y dar una disposición económica y unitaria a todas las adquisiciones, distribuyendo y relacionando las recién venidas con los núcleos anteriormente formados, elabora síntesis más completas que las espontáneas que realiza el psiquismo inferior, abstrayendo elementos más profundos y, sobre todo, elementos buscados, elegidos; objetiva las relaciones entre las cosas y crea símbolos mentales que las representan y vocablos que las incluyen y fijan.

Entre las relaciones que la reflexión permite aislar y objetivar, está la relación de sucesión que se traduce en nuestro concepto tiempo.

Así como la sensación de los objetos unos fuera de otros y las persistentes relaciones que establecen entre ellos, abstraemos un atlas ideal, con capacidad para extender sobre él todos los objetos posibles, así también la reflexión sobre la periódica sucesión de los fenómenos, sobre los movimientos rítmicos de nuestro organismo y de la naturaleza, sobre la relación, interferencia, sincronismo entre unos y otros, nos lleva a abstraer e idear un atlas, por donde podemos hacer discurrir los hechos y objetos posibles.

La atención espontánea es propia de los animales, los cuales son estimulados a prestarla a las cosas que repercuten inmediatamente en su naturaleza, que le agradan; la naturaleza efectiva de los mismos, hace que sólo concedan importancia, a lo que actualmente

conmueve sus dinamismos, no son capaces de la atención voluntaria que supone la visión de un fin lejano, cierta lógica o sentido de las consecuencias, cierta penetración del enlace causal; esto es, elementos de naturaleza intelectual. El hombre, en cambio, puede soportar gustoso y someterse a ciertos males inmediatos, si preve que le conducen, que son medios para la consecución de algo bueno, si lo sostiene la fe en un risueño porvenir; por eso conscientemente focaliza su luz en un punto determinado, o atiende deliberada e imperativamente; la esperanza y confinaza que tiene en su visión de consecuencia, es una garantía de todos los trabajos y sacrificios presentes.

Por eso podemos señalar la aparición de la noción temporal en el momento en que se hace el tránsito de lo afectivo a lo intelectual, en que la reflexión permite construir cierto medio interno y hace posible la experimentación inmanente, la compulsación y verificación mental; así como el sabio asciende de ley en ley y va cada vez más lejos, sometiendo la naturaleza a tortura, y se escurre, podríamos decir, por los resquicios que dejan adivinar y descubrir sus pacientes tanteos y pruebas, el hombre reflexivo y pensante, va sorteando las dificultades y enlazando, a veces, precipitadamente, símbolos de realidad, alejándose cada vez más del punto de partida. (8).

(8) Al adquirir esta brillante facultad y propiedad nos poníamos a la cabeza de la creación y empuñábamos el cetro de nuestra soberana grandeza; pero al mismo tiempo ingeríamos un germen corrosivo, contraíamos la enfermedad que nos agobia. Si bien nuestro espíritu tomaba alas y como dice Sully Prudhomme «cazador de estrellas, como Adriana teje sus telas de lo infinito y de mundo en mundo sigue un hilo sublime» cual aguilta rejuvenecida que cambia su plumaje y sube de nube en nube para afrontar los más altos rayos del sol»; caía

Las duras correcciones con que la naturaleza debió moderar los primeros vuelos, enseñaron al hombre que le era útil y necesario interiorizarse del proceso de los hechos pasados para preparar mejor el porvenir, y bajo este estímulo, la reflexión vino, entonces, precisando cada vez con más exactitud y al mismo tiempo cada vez más lejos la sucesión temporal y advirtió la periodicidad de ciertos movimientos en la naturaleza y reconoció la posibilidad de usarlos como medida de otras duraciones y de establecer artificios para valorar y medir tiempos pequeños e inventó el reloj solar, de arena, clépsidas, metálico, etc., y determinó unidades de tiempo cada vez más pequeñas: horas, minutos, segundos, bolsiones, y descubrió instrumentos registradores sensibles a esas pequeñas duraciones y capaces de precisarlas; al mismo tiempo, busca la colaboración de otros factores y amplía más la extensión de su concepto y lo enriquece la reflexión filosófica con los de eternidad, etc., etc.

Estas continuas superaciones y conquistas han sido hechas bajo la exigencia y acicate de la utilidad. El

también herido, de muerte, tragaba un anzuelo peligroso para su felicidad y hasta para su existencia, quedaba expuesto a perder el contacto consigo mismo, olvidándose de lo actual, de sus conveniencias inmediatas; a sacrificar las piltrafas de realidad en aras de una felicidad ilusoria, que nunca llega, que cada vez más se aleja; había de ser desde entonces el perpetuamente vencido, el luchador que de antemano está persuadido de su derrota y había de sentir ese malestar que filtran en nuestro espíritu las continuas desesperaciones, el continuo ver fallidas nuestras esperanzas. Desde entonces la presbicia había de ser la enfermedad atormentadora y un maligno geniecillo había de reinar alentándonos en nuestras combinaciones y empresas para luego reirse de nuestras caídas y fracasos.

Podríamos decir que el hombre se enredó en sus propias redes.

deseo de salvaguardar más eficazmente nuestra vida, de obligar a las cosas a favorecer y asegurar más nuestra conservación de sobreponerse a los hechos y ordenarlos a nuestros fines, nos ha obligado a atender, a orientar nuestra acción y reflexión en el sentido de afinar nuestra percepción de sucesión y proyectar más lejos nuestras previsiones y cálculos.

4. La intención y la voluntad. — La intención o la actividad voluntaria siguen de cerca a la atención y reflexión; la atención restringe el campo de la conciencia y focaliza la energía en una determinada zona de ella, la reflexión pondera, ilumina y refuerza las ondulaciones estacionadas que ha dejado la experiencia y desprende y forja nuevas unidades, nuevas ideas, y la intención y la voluntad traducen a la realidad y a la acción las sugerencias de la reflexión para que a su vez el resultado de aquéllas al inscribirse de nuevo, enriquezca los elementos de que ha de disponer la reflexión. Se establece así, un círculo que continuamente se amplía y enriquece, acercándose progresivamente a una interpretación de la realidad más veritable y explotable. Este círculo está sometido al tiempo, está orientado en él. La mitad es constituido por el pasado en continua renovación de su contenido, la otra mitad se subtiende en el futuro, renovando continuamente su perspectiva.

La intención está en la misma naturaleza de los aparatos orgánicos, todos ellos dispuestos a la operación, es el correlativo funcional de las estructuras orgánicas. En los animales tiene la forma de tendencia a algo que no pueden preparar, pero a que han sido preparados por la naturaleza; en el hombre es la voluntad disparándose a lo que la reflexión ha mostrado como conveniente. En unos y otros es como el pasado, lanzándose contra el porvenir, de ahí su influencia en la formación del concepto de tiempo.

La intención, esto es, el conjunto de posibilidades de satisfacer nuestras necesidades, contraponiéndose a la conciencia de las necesidades satisfechas, debió determinar la distinción entre pasado y futuro; los actos en contraposición de los deseos, las esperanzas en contraposición de las realidades, debieron traducirse en nuestros conceptos de futuro y pasado. Un ser que nada deseara, como dice Guyau, vería cerrarse ante él el tiempo.

“De la intención poco a poco consciente de sí y de sus efectos nace el tiempo. El futuro en el origen es el deberá ser, es lo que no tengo y de lo que tengo o necesidad, es lo que trabajo por poseer; como el presente se refiere a la actividad consciente y gozando de sí, el futuro se refiere a la actividad, tendiendo hacia otra cosa, buscando lo que le falta. Cuando el niño tiene hambre, llora y tiende sus brazos a la nodriza: he ahí el germen de la idea del porvenir. Para crear el porvenir hay que desear, hay que querer, hay que extender la mano y marchar. El porvenir no es lo que viene hacia nosotros, sino aquello hacia lo que nosotros vamos. En el principio el curso del tiempo, no es, pues, más que la distinción de lo querido y poseído que en sí mismo se reduce a la intención seguida de un sentimiento de satisfacción. El deseo que hay que satisfacer y la inervación motora son las expresiones de la vida en todo animal. La relación de estos dos términos, es la que, según nuestra opinión, ha engendrado al principio la conciencia del tiempo; este último no fué en su origen, en cierto modo, más que el intervalo consciente entre el deseo y la satisfacción, la distancia entre la copa y los labios.” (9).

(9) Guyau: Génesis de la idea de tiempo, Cap. II.

5. El lenguaje y la vida social. — De nada sirve que ciertos elementos determinen el surgimiento de una idea en una conciencia particular, si no se exterioriza y confronta con otros similares, será una centella que, después de haber alumbrado un instante, desaparecerá sin dejar ninguna huella utilizable. Será también unilateral, crecerá desproporcionadamente como esos brotes etiolizados que se alargan desmesuradamente sin revestirse de la solidez que precisarían para asegurar sus conquistas.

Al entrar, sin embargo, las experiencias particulares en la circulación social, se rectifican unas con otras y apoyándose mutuamente adquieren la estabilidad y solidez que aseguran su existencia; podríamos decir que la corrección mutua les da consistencia y las asegura como valores definitivamente adquiridos. La relación entre los diferentes psico-dinamismos permiten un equilibrio compensado como el que se establece en cada individuo entre las informaciones internas y externas; después la comunión del individuo en la experiencia social, amplía su retrospectión, le permite verificar sus inducciones y enriquecer los datos de su conciencia.

La sociedad no hubiera determinado la formación de un medio o espíritu social, a no ser por el lenguaje que ha establecido una extraña comunicación entre todos los individuos y ha concretado sus creaciones.

El lenguaje delimita las sugerencias de nuestras facultades elaborativas y provee de un substractum material, en el cual encarnan y toman como cierta corporeidad; sirve, además, como de nexo interindividual, condensando la experiencia de la sociedad y siendo vehículo de la idea; recoge la contribución de todas las edades y acepta la depuración que todos los hombres le llevan. Es un algo material que sim-

boliza los resultados de nuestro pensar y permite a la mente operar con él.

De ahí que pueda ser considerado como el factor que más ha favorecido e impulsado el progreso. Todas las formaciones humanas han sido cinceladas en el bloque del lenguaje, la inteligencia ha ido desentrañando y disolviendo los conceptos en otros inferiores o componiéndolos en otros superiores, y marcando con un hito o palabra los límites alcanzados para aprovechar sus conquistas y proseguir su doble labor.

El concepto de tiempo, que es también una obra humana, debe a la palabra y a la sociedad todo lo que es. De nada hubiera servido la reflexión sobre los datos de nuestra experiencia personal, si no se le hubiera agregado la contribución de los demás individuos. La compulsación de los ritmos orgánicos y cósmicos hace que mecánicamente se hagan ciertas correspondencias y se fijen en la estructura misma de los organismos, la reflexión en el hombre continua la labor, sacando de ellas una escala que simboliza el tiempo.

Así como las ondas sonoras de distinta amplitud tienden a acordarse de manera que quepan todas dentro de un ritmo uniforme, y puedan ser medidas por el mismo módulo, así todas las vibraciones cósmicas y vitales se afinan plasmándose las últimas dentro del concierto de las otras y sometiéndose todas a una misma unidad de medida que es la del tiempo.

Esta compulsación, sin embargo, no se hace sólo entre las informaciones de los individuos, sino entre los diferentes individuos que constituyen la sociedad. El fin biofilático para que ha surgido la noción, pide que sea exacta, y la exactitud dada la diferente naturaleza y la diferente capacidad apreciadora

de los hombres, exige la comparación entre las informaciones de todos.

Podemos suponer que la conciencia de la distinción entre el día y la noche que existe en los animales, correspondería en la infancia de la humanidad con sonidos distintos que serían aceptados y consagrados entre un grupo social; en el día se harían distinciones que lo subdividirían en dos o tres etapas que corresponderían a funciones realizadas en ellas y llevarían las mismas palabras; al mismo tiempo se rotularían los días próximamente pasados y venideros con ciertas palabras que el uso consolidaría y de ese modo tomarían carta de naturaleza, ciertas palabras que son el núcleo primitivo. En las integraciones sociales sucesivas, se confrontarían con las de otros grupos, se perfeccionarían y ampliarían. Así como un individuo incorpora las adquisiciones de otro, un grupo social, habrá incorporado y asimilado las de otro grupo.

El magisterio que en las sociedades inferiores, sobre todo, tienen algunos hombres, los habrá estimulado a aguzar sus facultades inventivas y habrán allegado vocablos, ideas; y habrán concretado en sentencias, inducciones e inspiraciones que después se habrán incorporado al acervo común. La fantasía primitiva al crear sus mitos y leyendas habrá introducido nuevos vocablos, para significar remotas fechas flotantes en un impreciso pasado que después habrán venido a significar fechas localizables de alguna manera en algún lugar fijo. Los ancianos, testigos muchas veces del ritmo de las estaciones, del crecimiento y caída de las hojas, de la maduración de los frutos, de la germinación, crecimiento y agostamiento de las plantas, de la evolución de los animales y del hombre desde el nacimiento hasta la muerte habrán socializado su experiencia volcándola en palabras,

aforismos, pensamientos que se harían del dominio común. Habrán sido intermediarios entre generaciones llevando a las posteriores, la experiencia valorable de las anteriores. Nos induce a pensar así el carácter de la primitiva sociedad constituida a base familiar y donde el padre al mismo tiempo que estaba revestido de toda la fuerza de un jefe, lo aureolaba cierto religioso respeto.

La historia más o menos desfigurada de un clan propagada por tradición oral de generación a generación juntamente con la perspectiva de la propia experiencia, debió engendrar la conciencia de la sucesión temporal como de un curso continuo. Esta conciencia expresada en ciertas palabras y participada por todo el grupo coloca ya la noción en su terreno propio; las ampliaciones posteriores habían de venir como natural consecuencia.

Los animales son generalmente insociables, son incapaces de estar fijos en un lugar; es su vida tan corta que no pueden agrupar experiencias amplias; el círculo de su visión es tan limitado que no pueden ver las relaciones de contigüidad o sucesión entre las mismas, su inestabilidad mental tan poco pronunciada que dejan borrarse o desvanecerse al instante las huellas dejadas por las impresiones sensoriales y su materia aperceptiva tan pobre, que no determinan sino muy escasas asociaciones, las impresiones del medio. El hombre, en cambio, gracias a la longitud de su vida, a su estabilidad mental, a la abundancia de recursos que posee y sobre todo a su constante comunión en el patrimonio social y participación en la experiencia de los otros, puede observar las diversas etapas de una cosa y seguir el curso y las vicisitudes que atraviesa un ser; puede sorprender las cosas y los seres en diferente grado de su desarrollo y compararlos entre sí, dándose cuen-

ta a un solo golpe de vista de todo el proceso de su existencia. La sociedad hace posible observar ritmos muy amplios que en la vida de un individuo aparecerían como accidentes aislados y fortuitos, tales como inundaciones, eclipses, paso de cometas, ect., y penetrar la existencia de cosas que abarcan períodos sumamente largos, como árboles, construcciones, ect.

El lenguaje escrito o cualquier signo durable de expresión fomenta y asegura más la comunidad mental de las generaciones que se suceden dentro de una sociedad, precisando mejor las conquistas de los antepasados y preservándolas de mixtificaciones y desnaturalizaciones ulteriores. A veces son objeto de tradiciones y leyendas que tejen a su alrededor una superestructura o una floración de noticias y fantasías, que al hacer deslizar y retrogradar su principio y aumentar la trama de su origen, contribuye de una manera especial a extender el concepto del tiempo y a definirlo en su peculiar carácter.

La escritura permite mejor que la tradición oral conservar la noticia de sucesos que se producen periódicamente con grandes intermitencias, y en las últimas épocas de la humanidad ha hecho posible el perfeccionamiento de nuestros conceptos, haciéndonos participar del resultado de reflexiones de los filósofos.

En resumen, al estar en sociedad participamos de la experiencia de nuestros antecesores como si hubiéramos vivido con ellos y al ofrecer nuestra contribución personal enriquecemos el feudo y damos ocasión a nuestros sucesores para que lleven adelante nuestras conquistas. El individuo es función del medio, y el medio social la expresión totalizada de los individuos; las adaptaciones recíprocas a que

se obligan, y sus tenaces persecuciones, son la raíz de todo su progreso.

CAPITULO XII

Genésis del tiempo y espacio

La noción de espacio no es primitiva ni innata tanto en la ontogenia como en la filogenia. Lo mismo que la noción de tiempo ha debido seguir un largo proceso de integración hasta adquirir el carácter que tiene en la conciencia.

Los factores que la han determinado son como los de la noción temporal: nuestra misma estructura orgánica, la unidad funcional de los organismos vivos, la disposición de las cosas nacida de su extensividad e impenetrabilidad y el carácter que impone al conocimiento la naturaleza de nuestro espíritu el eficiente de cuya actividad da una nota distintiva a cada elemento sensible.

Si la acción de una energía está en proporción inversa de la distancia a que actúa, las diferentes unidades de distancia se corresponderán por unidades de acción diferente; podría entonces construirse una escala de intensidades ordenada a otra escala de distancias. De donde si suponemos un medio sensible a las intensidades, de tal manera que sea capaz de fijarlas y mantenerlas sin confusión, habremos hallado el medio de determinar y establecer las diferentes distancias. Ahora bien, el hombre es un sistema de energías autónomo, aunque concordante con el sistema que constituye la naturaleza; se halla a desigual distancia de los elementos que forman

el universo; si lo suponemos un punto, el universo se extenderá a su alrededor en forma de círculos concéntricos de amplitud creciente; el poder de su acción disminuirá a medida que se alejen, la intensidad de la repercusión guardará relación con la distancia de la acción, la escala de intensidades que la memoria (Sentido biológico) establezca en el registro nervioso, corresponderá a una escala de distancias perivitales.

Esta compulsación, este establecimiento de valores equivalentes ha sido la labor de la filogenia y en ella han intervenido los sentidos muscular y táctil juntamente con la vista. La resultante del juego correlacionador de estos sentidos y de la razón que ha intervenido luego, juntamente con las ampliificaciones de la imaginación ha sido el espacio simbolizante interno, una serie de notas en las que han quedado estereotipado (no nos interesa como) las probabilidades de posiciones espaciales diferentes.

Los animales conocen la posición de los objetos, tienen capacidad para localizarlos a diversas distancias y están dotados de una vaga idea de espacio, la indispensable para poder satisfacer sus necesidades y conducirse dentro de las condiciones mesológicas que requiere su especial biodinamismo; sin embargo, el contenido de sus nociones debe ser diferente para cada una de las especies y cambiar con la naturaleza de sus respectivos medios perceptivos y locomotivos: el insecto lo sentirá de diferente manera que el crustáceo, reptiles y peces, y estos de diferente manera que el anfibio, las aves y mamíferos; entre los subgrupos que constituyen estos géneros existirá la misma diversidad; la mariposa lo sentirá de diferente manera que el coleóptero, para el águila será distinto que para el pájaro y los ma-

míferos superiores lo conocerán mejor que el pichiciego o el peludo.

La noción del espacio tal como nosotros la tenemos debe marcar su origen en la estación sobre dos pies, con la cabeza levantada y la mirada horizontal; con la destinación de las manos para el tacto y la adquisición de capacidad para palpar y hacer esfuerzos. Desde ese momento, el hombre buscando un campo para sus operaciones y anhelando llevarlas a cabo con la mayor precisión y economía, se aplica a conocerlo, a adquirir de él una noción más exacta y precisa; adopta todo un sistema de medida: pulgada, pie, paso, etc., y auxiliado por el número echa las bases de la geometría que había a su vez de ayudarle contribuyendo a perfeccionar su noción.

La idea de espacio que nosotros tenemos, es una idea abstracta que solo la atención y reflexión imperada han podido desprender de los hechos, de ahí que su aparición coincide con la de tales facultades.

La correlación de los datos sensoriales entre sí y con los intelectuales, y la ayuda que han proporcionado aparatos especiales de medida, la han hecho progresar y la han afinado hasta llegar al estado actual.

Es también biofilática y ha aparecido, cuando ha sido exigida y requerida para mejorar las condiciones de vida y aumentar las posibilidades de hacerla más amplia y intensa, cuando el pulpo humano en sus repetidos esfuerzos de comprensión he querido estrechar su bloqueo alrededor del universo para reducirlo mejor y aprovecharlo.

Nuestra conciencia de espacio ha debido formarse y evolucionar con la del tiempo, una y otra habrán servido de correctivos mutuos y se habrán ayu-

dado recíprocamente; así nos lo indica el hecho de concebir el tiempo como una serie de puntos localizados en cierto espacio y a este como una serie de puntos distantes entre sí algún tiempo. En un principio debieron existir en la conciencia indistintos y confundidos, después el espacio prevaleció sobre el tiempo; los animales hacen una vida puramente exterior, "no se distinguen como seres aparte y se absorben por decirlo así de una manera indistinta en sus representaciones objetivas, tienen nociones bastante precisas de los objetos, pero no de su propia personalidad." (1).

Esta propiedad de su psiquismo determina un conocimiento del espacio que debe prevalecer y hasta absorber la conciencia de tiempo, pues las representaciones objetivas se extienden en el espacio, así como las subjetivas se escalonan en el tiempo. La vida sedentaria que generalmente hacen, determina idéntica prevalencia, pues la repetida visión de los mismos lugares debe engendrar un conocimiento empírico pero detallado y preciso del limitado escenario de sus correrías, a la vez que debe hacerlo insensible al tiempo por el monótono fluir de su experiencia en el mismo lugar.

En el hombre primitivo nómada, cazador o pastor, la noción del tiempo debió tener más importancia que la del espacio, de ahí que en él ganó el concepto de tiempo hasta equipararse al del espacio. La movilidad de su vida, la inestabilidad de su residencia, ampliarían, aunque haciéndola más vaga, la noción del espacio concreto, e intensificaría la noción de tiempo. La separación y evolución de ambas nociones como correspondientes a entidades y modali

(1) A. Rey: Psicología.

dades independientes, debió realizarse en una época posterior con el auxilio de la reflexión.

En estas oscilaciones de la indistinta y confusa noción primitiva ha influído grandemente el género de vida adoptado.

La vida circunscripta a un determinado lugar habrá originado un conocimiento perfecto del mismo y anulado o disminuído el conocimiento del tiempo por la carencia de relieve de las sensaciones que puede proporcionar; en cambio, la vida agitada y excesivamente móvil habrá disipado el conocimiento del espacio y lo habrá transferido al de tiempo. Estas oscilaciones pueden observarse en hombres que viven en medios distintos. Mientras los pueblos sedentarios asisten como sonámbulos al curso de los tiempos, los pueblos y los individuos nómadas pasan como saetas a través de los espacios sin dar lugar a que sus visiones se condensen y concreten en algún conocimiento perfecto y ordenado. La utilidad preside, como siempre, estos espontáneos crecimientos y expansiones.

TERCERA PARTE

Interpretación de la idea de tiempo

CAPITULO XIII

Interpretación vulgar

El hombre primitivo vive absorbido en la naturaleza, metido en el engranaje que el juego de todas las fuerzas cósmicas y biológicas determinan; es el también una fuerza que rueda entre las mismas, un resorte agobiado por las múltiples sollicitaciones e influjos exteriores que al mismo tiempo que se acercan a darle caza, le incitan y obligan a apresurar la marcha y seguir adelante.

Empieza luego a tener noción de sí mismo, de su personalidad, a contraponerse a la naturaleza, concentra su atención dispersa, analiza los datos de su conciencia y constituye un bloque psíquico que ante el conjunto de los otros contenidos aparece con caracteres que justifican una irreductible separación. El yo se opone al no yo, el individuo a lo extra individual.

Se hace el hombre animista y religioso, sometiendo la naturaleza al módulo que surge de su misma

constitución y revistiendo a las cosas de caracteres idénticos a los que describe en sí mismo. Se presenta así para su infantil imaginación como el centro a quien se ordenan todos los elementos del Universo, a quien rinden homenaje o acechan traidoramente todas las cosas.

Cuando la religión entra a ser función social y aparecen mesías y circulan revelaciones, se confirma y fortifica su creencia antropocéntrica: Dios es la fuerza que urde la trama dentro de la cual se agita el hombre, todos los elementos naturales están dispuestos para premiar o castigar a éste.

En la formación e integración del concepto de Dios ya aparece la propensión y labor metafísica; al desarrollarse y perfeccionarse en los primeros filósofos y sacerdotes no se abandonan jamás el teleologismo y se tiende a explicarlo todo por analogía con nuestra manera de obrar. La ingenua filosofía que de estas explicaciones resulta confirma y aprueba nuestro espejismo, le da el sello que garantiza su legitimidad. Según ella existe una realidad que corresponde a nuestra creencia; hay algo objetivo que traducen nuestros conceptos; las unidades que resultan de nuestras manipulaciones conceptuales se corresponden con unidades existentes en el exterior.

La tendencia a creer en la realidad de las cosas o en la correspondencia exterior a nuestras percepciones y conceptos, ha sobrevivido en todos los hombres hasta el punto de encontrarla en el seno de cada uno con la fijeza de un instinto. Es que para obrar sobre la naturaleza y explotarla en provecho propio no nos estorba tal creencia, no tenemos necesidad de analizarla y criticarla y de ahí que persista prácticamente en todos los hombres.

Lo mismo que creemos en la realidad de las cosas,

creemos en la realidad del tiempo. Para el vulgo es, este, algo objetivo, existente independientemente de nuestra intelectual constitución. Es algo real en continuo devenir y marcha, el cauce por donde circula todo lo existente, en donde los objetos se deslizan y pierden, después de haberlos esperado y seguido con nuestra vista anhelante; es también la corriente que nos arrastra a nosotros.

Podríamos desaparecer, podría la naturaleza anodarse y el reloj del tiempo marcaría imperturbable sus horas y sus minutos. Si nos sentamos con los ojos cerrados, abstrayéndonos completamente del mundo exterior y atendiendo exclusivamente al paso del tiempo lo sentimos deslizarse sobre nuestras cabezas, “fluyendo en medio de la noche y todas las cosas moviéndose en un día de ruina.”

El vulgo tiene ideas vagas y poco concretas sobre el tiempo, descuenta y cree en su existencia, pero no se detiene a precisar su concepto y fijarlo en palabras. Por una parte parece identificarlo con la misma duración de las cosas y con el proceso de los seres vivientes, y por otra parte lo supone existente con anterioridad a ellas y aunque ellas no existieran.

Es la primera acepción la que fundamenta mayor número de nuestros juicios. Nos consideramos los hombres como teniendo un tiempo propio, nuestro tiempo a quien consideramos como una fracción del tiempo general que envuelve todo lo existente. El espíritu social define también su tiempo al cual tendemos a acordarnos y armonizarnos los individuos y llamamos extemporáneo al que pretende reanimar hábitos y modalidades muertas, contemporáneo al que se conforma con el canon del día, y espíritu innovador al que víctima de impulsos de reforma tiente apresurar la marcha de la sociedad

y precipitar su curso. Esta relación entre el individuo y la sociedad existe entre las diversas unidades cósmicas y sociales; cada una tiene su duración y su tiempo, pero todas se hallan acopladas e insumidas unas en otras. El proceso de duración del gran todo es el que determina nuestro concepto general de tiempo.

En el segundo sentido no es raro ver a gente regularmente instruída abismarse en el vacío que abren más allá de lo existente, agregando duraciones abstractas a otras duraciones y abrumarse ante la inacabable perspectiva que se descubre siempre adelante. La imaginación ha aportado su contribución tentado, sensibilizar la abstrusa operación intelectual. Sabidas son las comparaciones y símbolos que los padres de la Iglesia y en general los sacerdotes han ideado para poner ante los ojos de los pecadores obstinados el fantasma de la eternidad para mover los corazones asaz empedernidos careándolos y mostrándoles gráficamente la enorme desproporción entre las fugaces y triviales satisfacciones de la vida y los inacabables tormentos eternamente atizados por la cólera divina que siguen a la muerte. El paradójal pajarillo que anualmente roza con su ala metálica la montaña logrando borrarla cuando la eternidad no da señales de agotamiento, tenía la virtud de dejarnos achatados y petrefactos, y apenas si una audaz sonrisa tentaba rehabilitarnos desprendiendo la abrumadora e insolente carga.

Estas imágenes concretan y sensibilizan el sentir popular, están dentro de la esfera que define la opinión vulgar, son resultados de una fina utilización de los elementos que manipula la inteligencia de la generalidad de los hombres; por eso son usadas por las gentes del pueblo a cuya capacidad no exceden.

Muchas de ellas habrán surgido del seno de pueblos primitivos e ignorantes siendo propio de los sacerdotes la presentación y refacción.

CAPITULO XIII

Interpretación aristotélica escolástica, de Leibnitz, Gasendo, etc.

Los primeros filósofos concuerdan y aceptan la opinión vulgar y orientan sus esfuerzos a desenvolver y precisar las vagas ideas que tenían sobre él, indicando las notas que mejor podrían precisar y captar sus nebulosos conceptos. Sus esfuerzos en el sentido de definirlo se esterilizaron siempre porque incapaz de entrar en ningún género ni siendo cualidad de ninguna cosa, ni cosa ni substancia que pueda compararse a otras, como dice Ruysen, todas las definiciones son tautologías, son descripciones que nos descubren el matiz que la cuestión tomaba al pasar por una inteligencia cualquiera, al refractarse en un dinamismo cerebral.

Son clásicas las palabras en que San Agustín retrata la gran dificultad que experimenta el ánimo al querer establecer los términos que definen nuestra conciencia sobre el tiempo. Dice así: “*Quid... est tempus? Qui hoc facile breviterque explicaverit? Quis hoc ad verbum de illo proferendum vel cogitatio ne comprehenderit? Quid autem familiarius et notius in loquendo commemoramus, quam tempus? Et intelligimus utique, eum id loquitur; intelligimus etiam, cum alio loquente, id audimus. Quid ergo tempus? Si nemo ex me querat, scio; si querenti expli-*

care velim, nescio. Fidenter tamen dico scire me quod si nihil praeteriret, non eset preteritum tempus; et si nihil adveniret, non eset futurum tempus; et si nihil esset, nos esset praesens tempus.”

Entre los primeros filósofos griegos existen referencias que indican la importancia que concedían al tiempo en sus explicaciones y construcciones. En Platón encontramos una teoría sobre el tiempo articulada en el sistema de su filosofía.

Según Platón existen dos mundos distintos: el de las ideas y la naturaleza. De estos el primero es la expresión de la verdad absoluta, el de la naturaleza no es sino el medio para recordar y revivir el mundo de las ideas cuya contemplación gozábamos antes de ser encerrados en el cuerpo.

El tiempo y espacio no corresponden a las ideas pero tampoco son objeto de sensación, ocupan un lugar intermedio entre unos y otros.

Las ideas que son el arquetipo a que se ajusta el mundo de la experiencia han existido y existen siempre, se mueven en la eternidad.

El tiempo es la copia de la eternidad. “Mientras aquel corre continuamente adelante en forma de días, meses y años, su modelo (la eternidad) descansa siempre en sí.”

Para reflejar con más nitidez el pensamiento platónico, así como para dar un destello de la límpida belleza de forma en que lo encierra transcribiré algunas palabras del Timeo: “Cuando el padre y autor del mundo vió moverse y animarse esta imagen de los dioses eternos (es decir de las ideas) que él había producido, se gozó en su obra, lleno de satisfacción quiso hacerla más semejante aún a su modelo. Y como ese modelo, era un ser eterno se esforzó para dar al universo en cuanto fuera posible este mismo género de perfección. Pero esta naturaleza

eterna del ser inteligible no había medio de adaptarla a lo engendrado. Así es que Dios resolvió crear una imagen móvil de la eternidad y por la disposición que puso en todas las partes del universo hizo a semejanza de la eternidad que descansa en la unidad, esta imagen eterna pero divisible que llamamos el tiempo. Los días y las noches, los meses y los años no existían antes y Dios los hizo aparecer, introduciendo el orden en el cielo, estas son partes del tiempo y como el tiempo huye el pasado y el futuro son formas que en nuestra ignorancia aplicamos muy indebidamente al Ser eterno. Nosotros decimos de él: ha sido, es, será; cuando solo puede decirse en verdad: él es. Las expresiones ha sido, será solo convienen a la generación que pasa y se sucede en el tiempo. Tales expresiones representan movimientos y el ser eterno inmutable e inmóvil no puede más viejo ni más joven: no existe ni ha existido ni existirá en el tiempo. En una palabra no está sujeto a ninguno de los accidentes que la generación pone en las cosas que se mueven y están sometidas al sentido; estas son formas del tiempo que imita la eternidad, realizando sus revoluciones medidas por el movimiento. El tiempo fué, pues, producido con el cielo, a fin de que nacidos juntos perezcan juntos si es que deben algún día perecer, y fué hecho según el modelo de la naturaleza eterna para que se pareciese a esta todo lo posible. Porque el modelo está siendo de toda la eternidad y el tiempo es desde el principio hasta el fin, habiendo sido, siendo y debiendo ser. Con ese designio y con este pensamiento, Dios para producir el tiempo, hizo nacer el sol, la luna y los cinco astros, que llamamos planetas y están destinados a marcar y mantener la medida del tiempo.”

Aristóteles define el tiempo como “numerus et

mensura motus secundum prius et posterius". Hay que tener en cuenta que por movimiento entiende el tránsito de la potencia al acto, y por tanto la sucesión, que puede referirse lo mismo a lo externo que a lo interno. Según eso sería la definición de Aristóteles el número y medida de las sucesiones o de los cambios; pero se agrega luego, según lo primero y lo subsiguiente; ahora lo primero y subsiguiente, la fluencia de una cosa por estados diferentes y su persistencia a través de los mismos, no puede establecerse sino en el cerebro, en un sistema nervioso que conserve las huellas de lo pasado y pueda compararlo con lo actual.

Supone también ciclos eterocrónicos. Según eso el tiempo no existe sin el hombre. La definición de Aristóteles es pues psicológica y como tal es buena, concreta con la precisión y sagacidad que distingue al gran filósofo griego, los caracteres que expresan nuestro concepto de tiempo.

Las definiciones que podríamos dar en la actualidad no harían más que verterla en lenguaje más nuestro, pero no cambiaría su fundamental significado. Aristóteles no interpreta su noción, nos da una definición psicológica y no ontológica; nos habla de número y medida, pero estas son cosas humanas. Cree, sin embargo, en la objetividad o correspondencia externa a nuestras concepciones. La noción aristotélica de tiempo es formada a base de observación y reflexión, pero nos habla también de eternidad que forma a base de razonamiento la cual es propia de Dios invariable e inmutable. Concibe el mundo variable sujeto al módulo de tiempo y a Dios inmutable sumergido en la eternidad.

Con relación a Platón significa un gran progreso, porque si bien puede vislumbrarse que ambos conciben en lo fundamental, se distinguen porque Aris-

tóteles se ciñe más a la experiencia y concreta los resultados de la observación a la cual corona con el razonamiento; Platón en cambio, procede por razonamiento en todo.

Los escolásticos siguieron las huellas de Aristóteles adoptando su punto de vista, si bien cuidando de armonizarlo con las imposiciones del dogma. Entre ellos puede distinguirse dos corrientes: los filósofos propiamente dichos y los místicos.

Los primeros se mantuvieron fieles a la filosofía popular esforzándose por desenvolver y precisar sus dictados; abrazaron la doctrina aristotélica por ser la más concordante con el sentido común y la desarrollaron en una forma característica. Sutilizaron acerca de la relación entre el movimiento y el tiempo, de la distinción entre este y la duración considerándolo como la medida de las cosas que duran, sobre la diferencia entre el tiempo, el evo, la eternidad, etc.

Los místicos más bien siguieron la inspiración platónica; procuraban despegarse de la mutualidad de las cosas terrestres hasta hallarse fuera de su radio y dentro de la esencia divina en la cual reina una quietud y calma absoluta, ahogaban toda manifestación de su naturaleza hasta abandonarse en una beatitud en que quedaban a impulsos de una corriente que les insumía y arrastraba.

Algunos consignaron por escrito tal estado de alma y hasta dieron instrucciones para llevar a cabo tal sumersión en la voluntad divina; sus doctrinas que tienen precedentes en la historia religiosa de algunos pueblos, son un desenvolvimiento de una fase que puede presentar el problema.

2. Interpretación de algunos filósofos modernos: La revolución filosófica que se llevó a cabo con el racionalismo moderno es una revolución parcial,

se ha exagerado su significado hasta hacer arrancar de ella un espíritu nuevo, hasta revestirla con una aureola de redención y liberación. Sin embargo, puede establecerse que los filósofos que la representan se conservaron fieles a la tradición filosófica, y si derribaron los ídolos que sus antecesores habían erigido, no abandonaron la deleznable arcilla que ellos habían utilizado ni el molde de que se habían servido.

Tuvieron la preocupación de los mismos problemas y se aplicaron a plantearlos con parecido espíritu; fueron como los otros racionalistas, amigos de las grandes y acabadas construcciones que si sorprenden por su severa elegancia, y placen por la sutil dialéctica e impecable lógica que ha presidido su formación, dejan cierto resabio de insatisfacción en el ánimo que contempla la fragilidad de sus bases y principios y la infantil ilusión que informaba sus atrevidas aspiraciones. (1).

Creyeron que sus sistemas interpretaban fielmente la naturaleza y algunos que habían llegado a sorprender el plan divino escrutando sus altísimos designios.

Como es natural, la interpretación que hicieron de nuestra idea de tiempo no dista mucho de la vulgar y de la de los filósofos anteriores. Presionados a veces por su propio sistema le asignan ciertas propiedades y le niegan otras, pero continúan fieles

(1) La diferencia con los escolásticos está en que éstos tenían una libertad más limitada, podríamos decir, que podían moverse únicamente dentro de un campo que definía el dogma; pero si se tiene en cuenta que éste a pesar de sus pretensiones de revelado, no es más que un producto de la razón humana, tendremos que ésta, en definitiva, es la responsable de todos sus aciertos y extravíos. El estado teológico se resuelve en el metafísico.

en lo fundamental, dándole una objetividad de la que nuestra idea es expresión.

Para Descartes, el tiempo se confunde con las cosas, de tal modo que si no representara la duración de éstas, no sería sino una manera de pensar.

Gasendo concibe el tiempo como un ente absoluto, incorpóreo, indestructible e independiente de las cosas que duran, en el cual han sido todas ellas creadas.

Leibnitz concibe el mundo constituído por una escala de elementos progresivamente perfectibles que difundidos a través de los espacios, agotan toda la realidad, llama a esos primitivos elementos, monadas, y los dota de percepción, apetito y fuerza. El tiempo no siendo ninguna substancia, ni atributo de ninguna substancia, lo concibe como un orden de sucesiones de las monadas, así como el espacio es un orden de coexistencias. El tiempo no puede ser “una cosa, porque si tal fuera no habría razón para que hubiera sido aplicada en ciertos instantes y no en otros”. (2)

Leibnitz tienta una síntesis de los modos subjetivos y objetivos de estudiar el tiempo, pero la consideración del punto de vista objetivo queda desfigurada por su concepción del mundo; es más fiel al elemento subjetivo, con gran habilidad se esfuerza por conciliar los resultados de la observación y reflexión psicológica, con las necesidades de su sistema.

Leibnitz marca un gran progreso en la interpretación de la idea del tiempo; si no llega a considerarla como forma del yo, da preminencia al elemento percepción de que resulta su contenido y afirma el carácter relativo del mismo.

(2) Correspondencia III a Clark N.º 5.

Para Clark, no pueden ser 'órdenes de sucesión porque son cantidades, lo cual no puede decirse de los órdenes. El espacio y el tiempo no son limitados por los cuerpos, existen en los cuerpos y fuera de ellos. El espacio no está entre los cuerpos, sino que los cuerpos están en el espacio inmenso limitados por sus propias dimensiones. Dios está presente en todo el espacio vacío. El espacio no es una sustancia sino un atributo de un ser necesario, él debe existir más necesariamente que las sustancias mismas que no son necesarias. El tiempo es inmenso, inmutable y eterno y lo mismo debe decirse de la duración. Pero no se diga que no hay nada de eterno fuera de Dios; son acompañamiento inmediato y necesario de su existencia sin las cuales él no sería eterno y presente en todas". (3)

Como se ve, el tiempo según Clark, independientemente de su contenido es lo más real que existe, porque soporta toda la realidad; es algo necesario y absoluto, es la duración infinita de Dios.

Clark tiene en cuenta sobre todo el aspecto objetivo de la cuestión, el razonamiento le hace desviar su atención de los dictados de su experiencia inmediata, para hacerla converger en elementos puramente racionales con los cuales construye su tiempo y espacio.

Espinosa pone el tiempo de la misma manera que la materia y el espacio como modos de la sustancia divina. Para él, el tiempo no existe sino en la periferia de la existencia; el seno del lecho profundo de la inmutable sustancia no es agitada ya por el vaivén de ninguna sucesión, ni por el fragor de ninguna lucha, por eso nos invita a considerar las co-

(3) Correspondencia a Leibnitz.

sas sub “specie aeterni” desprendiéndonos de lo exterior y aproximándonos a la substancia universal hasta identificarnos con la eterna necesidad. Espinosa nos induce a sumergirnos en el piélago profundo desde donde podremos contemplar el paso de los sucesos permaneciendo inalterables y en un estado en que la percepción del tiempo será imposible, aunque concebible desde el punto de vista metafísico.

Naturalmente por la abstracción podemos desprendernos del engranaje de los hechos y ponernos a una altura que nos permita contemplar grandes ritmos, pero esto no es lo real; lo real es seguir la pauta que nuestra constitución nos marca correlacionados con todas las demás cosas; lo real es guardar nuestro puesto y no desencajarnos del lugar que nos ha asignado el juego de los múltiples factores que fatalmente han provocado nuestra organización física y mental; toda otra posición es artificial y fantástica.

Balmes estudia con gran penetración el tiempo. Su doctrina parece ser la escolástica influenciada por Descartes y Kant y hasta por el empirismo. Cree que el tiempo empieza a existir con el mundo, pues entonces son posibles los cambios y la sucesión que lo fundamenta; la eternidad que es la existencia del ser infinito lo envuelve totalizada y lo penetra. Como Descartes pone el tiempo en el ser de las cosas, negando la existencia de un tiempo absoluto independiente de ellas. Toma de Kant la aproximación que hace de la “existencia y no existencia sucesivas de determinaciones de la substancia permanente” para explicar el tiempo como la relación y orden del ser y no ser, la percepción de cuya relación da origen a su idea. “El tiempo en las cosas es la sucesión de las mismas: su ser y no ser; el

tiempo en el entendimiento es la percepción de esta mudanza: de este ser y no ser.” (4)

La comparación de estas mudanzas hace posible la medida del tiempo; aquellas que parecen más inalterablemente uniformes sirven para medir a las otras. Una alteración de algunos cambios llevaría consigo una discordancia entre todos los movimientos.

La posición de Balmes denuncia el fundamental error en que incurren los otros filósofos estudiados. Establece que antes de la existencia del mundo no existía el tiempo; pero con que derecho supone que el mundo y por tanto el tiempo no ha existido siempre? Por otra parte confunde la existencia con la duración temporal lo que supone la convicción de que nuestro concepto y percepción del tiempo responde a algo objetivo adecuado.

Bergson nos habla de la duración pura en contraposición del tiempo del calendario en donde la duración y movimiento se inscriben y que resulta de la compenetración de nuestra sucesión con los aspectos diversos exteriores de las cosas.

La duración pura es el fluir profundo y continuo de la conciencia, sin símbolos mentales que lo materialice y expresen, es el aliento vital que avanza sin rozar ni despertar los accidentes del alveo, es el devenir puro que tiene lugar en las profundidades del yo.

La distinción que Bergson hace, resulta artificial; la duración pura se resuelve fácilmente en el concepto vulgar del tiempo, mas aún, es psicológicamente absurda, pues no podemos concebir un curso sin elementos relativamente inmóviles que nos lo denuncien. La duración pura, como hemos visto en el

(4) Filosofía Fundamental. Libro VII, Cap. IV, pág. 28.

capítulo I, no es objeto adecuado de ninguna sensación, no puede provocar ningún movimiento de conciencia. La intuición a que Bergson nos invita para sorprender el curso de la impulsión vital, no nos revela los secretos prometidos, pues sentimos la imposibilidad de advertir el curso de la conciencia si al deslizarse no provoca mil sensaciones vagas, mil ecos confusos que nos orientan y sirven como unidades de referencia y nos persuaden de la existencia de una perpetua e interna movilidad. En consecuencia, sin violentar ningún proceso psicológico podemos reducir a uno, los dos conceptos que Bergson nos propone sobre la duración.

Bergson como puede deducirse no agrega nada que pueda contribuir a la solución del problema. No estudia más que el aspecto psicológico de la cuestión; seguramente su sutil ingenio descubre recónditas intimidades en el proceso vital y psíquico, pero ninguna interpretación propone de los datos que la observación introspectiva puede descubrir. En un lenguaje figurado y poético presenta en un solo bloque la realidad vital y psíquica que surge de los datos de la Biología y salva con substancia ideal las frecuentes interrupciones de la continuidad empírica, pero esto es insuficiente para penetrar el significado objetivo de todas estas subjetivas formaciones, esto no es sino la primera parte de la cuestión que precisa ser traducida y confrontada con otra para llegar a una aceptable interpretación, para suspenderla en algo que dados nuestros hábitos intelectuales sea garantía de relativa solidez.

Al querer analizar la idea de tiempo podemos proceder desde dos puntos de vista: Psicológico o subjetivo y metafísico. Psicológicamente lo hacemos cuando lo consideramos tal como aparece a la conciencia dada nuestra actual organización y consti-

tución, cuando consideramos el orden en que se escalonan nuestros estados y la relación que guardan entre sí. Naturalmente imponemos el mismo orden a los sucesos externos y llegamos a considerar todo lo existente en continuo movimiento. El análisis psicológico se esfuerza por captar nuestra noción vulgar de tiempo e interpretarla de acuerdo con los otros datos de la conciencia, de ahí que la interpretación que determina puede considerarse como parcial, intrasegmental podríamos decir, porque solo aprovecha datos del mismo orden, porque no recibe la corrección que le prestarían los datos de la ciencia.

La consideración de la idea de tiempo desde el punto de vista metafísico, se hace cuando abstraemos las condiciones actuales en que se nos presenta la realidad y nos concebimos en medio del inmenso vacío que resulta de su total anonadamiento. No tiene tal posición sino un valor estético, es un juego de la imaginación. Abstrayendo entidades llegamos a tener la impresión de hallarnos ante un vacío profundo, ante un ambiente yerto y silencioso; ahora este vacío existe solo dentro de nuestras facultades, es la oquedad que resulta al borrar y rechazar todo contenido de la conciencia, y solo infantilmente podríamos pretender que tal vacío sea posible en la realidad.

Si bien mentalmente podemos suprimir todo lo existente, debemos estar persuadidos que ninguna ley científica nos autoriza suponer que tal supresión es posible en la realidad; más bien, las leyes científicas conocidas no nos permiten vislumbrar más que la posibilidad de una trasmutación de valores, de una transformación a otros términos quizá insospechados.

De ahí que esta posición sea irreal, que lleve a

soluciones ficticias y sin ningun valor; es sin embargo la adoptada por la mayoría de los que han filosofado sobre el tiempo pretendiendo traducir en términos objetivos las ideas que sobre él tenemos.

La posición primera tiene también algunos adeptos; parten estos de una base más real, están más cerca de una solución aceptable, aunque casi siempre sus puntos de vista son desnaturalizados y desfigurados por la presión de un sistema de ideas preconcebido.

CAPITULO XIV

Rectificación de la creencia en la realidad y objetividad del tiempo

Los filósofos estudiados en el anterior capítulo convienen en dar al tiempo una objetividad adecuada a la norma que surge de nuestras elaboraciones conceptuales. Para ellos como para el vulgo el tiempo es algo que hallamos retratado y reflejado en nuestra conciencia con los mismos caracteres que tiene exteriormente. Están todos dentro de la tendencia antropomórfica.

La creencia vulgar en un tiempo absoluto objetivo ha sido invalidada, rectificada y corregida. Se han presentado objeciones que han quebrantado la débil resistencia de la infantil ilusión antropomórfica y han rechazado de nosotros el centro del universo.

Ya en la antigüedad los eleatas empezaron a desconfiar de nuestras apreciaciones tomándolas por

una ficción que no podía corresponder a una adecuada realidad.

Según Parménides no puede existir el tiempo ni el espacio, puesto que no se puede conocer el no ser, ni expresarlo con palabras; ahora bien, el ser “no tiene nacimiento ni destrucción, es todo de una especie única, inmóvil y sin límites que no ha sido ni será, puesto que lo es ahora todo a la vez y que es uno sin discontinuidad de donde no pudiendo ser nada en el tiempo, este no puede existir ni en el pensamiento.” (1)

Zenón fué también uno de los que se ensañaron con el tiempo esforzándose por suprimirlo con argucias sofísticas. El tiempo como el espacio era para él incomprensible, porque el primero se compone de instantes indivisibles y sin duración unidos a otros del mismo carácter, y el segundo de ceros de extensión unidos a ceros de extensión. Si todo lo relacionado está en el espacio y sucede en el tiempo, también el espacio y tiempo estarán, si no carecen de realidad, en el espacio y en el tiempo, es decir, en un segundo espacio y tiempo. Ahora por la misma razón, este segundo espacio y tiempo estarán en un tercero y así ad infinitum. Tenemos, ante tal imposibilidad, que aceptar que carecen de realidad el espacio y el tiempo.

Como puede verse los Eleatas niegan la existencia y objetividad de un concepto que el vulgo concuerda en afirmar; sin embargo, no puede decirse que critican su noción desprendiendo sus afirmaciones de un análisis objetivo de la misma. Parménides es llevado a adoptar tal actitud por su concepción del ser como de algo inmóvil que lo llena todo; en medio del océano de hielo en que sume todo lo exis-

(1) Sobre la Naturaleza, páginas 58 y siguientes.

tente, ahoga nuestra noción de tiempo, aniquila un hecho de conciencia que con aplastadora elocuencia se denuncia en todos los hombres. La concepción de Parménides es muy parecida a nuestro concepto de eternidad y goza de la misma básica irrealidad.

Zenón es el tipo del filósofo que perdiendo todo contacto con la realidad se embarca en las más fantásticas elucubraciones y se aleja hasta sentirse habitante de un mundo enteramente nuevo. Los hechos de conciencia más relevantes no impresionan su nueva sensibilidad, ocultándose bajo las alas de su huera argumentación simula un absoluto desconocimiento de las realidades más inmediatas.

El primer esfuerzo que la filosofía hace tentando criticar nuestro concepto resulta estéril. Los Eleatas se colocan en el extremo opuesto al que los otros han arribado, aunque siguiendo el mismo vitando camino; se abandonan al impulso de una sola fuerza, eludiendo la corrección que le prestarían todas las demás y sus productos consiguientemente son monstruosas superfetaciones, faltas de armonía y solidez .

La verdad es compulsación, equilibrio dinámico y movable, es como la resultante de una composición de fuerzas que va bajando de tono estabilizándose y consolidándose a medida que siente la inspiración e influencia de mayor número de factores; nos acercamos progresivamente a ella a medida que aceptamos rectificaciones y correcciones de factores nuevos, a medida que incorporamos y transsubstanciamos nuevos aportes y tentamos definir el carácter de las sucesivas composiciones.

Con la filosofía crítica que Locke inaugura en la época moderna la interpretación del concepto de tiempo sufre un profundo cambio. Los filósofos ocupados hasta entonces en lejanas andanzas se dan

euenta que en la intimidad de su propio pensamiento hay latente una cuestión de fundamental importancia esperando su solución. El repliegue cartesiano se repite; en vista de la debilidad de los puntos vitales, es necesario abandonar las amplias líneas y reducirse a la “inmóvil arcilla e inmovible roca”. Se impone la revisión del valor de las ideas, sopesar y precisar su exacto significado antes de utilizarlas para profundizar y conocer la esencia de las cosas; es necesario aquilatar las facultades de conocer y definir las condiciones y límites del conocimiento. Este problema había de ocupar su preferente atención y a él quedaba supeditada desde entonces la solución de todos los demás.

Locke hace derivar todas nuestras ideas de la experiencia, aunque reserva para la reflexión la combinación y composición de las mismas y la consiguiente elaboración de otras ideas compuestas.

Las ideas simples que constituyen el material que la conciencia manipula, son tomadas directamente de la realidad y concuerdan con ella; pero no así las ideas compuestas que reflejan solo nuestra actividad, que son la expresión de nuestra técnica mental, que revelan la disposición que imponemos a las cosas para utilizarlas y aprovecharlas, sin que de ninguna manera podamos tomarlas como copias de la realidad o como reproducción de un orden idéntico en las cosas.

La idea de tiempo es una idea compuesta. La sucesión de las ideas que se muestra a la conciencia determina su formación. Consiguientemente no podemos atribuirle realidad exterior, no estamos facultados para imponerla a las cosas.

En esta forma resuelve Locke la cuestión negando correspondencia externa a nuestra noción o pretextando ignorar su trascendencia objetiva.

Locké parece suponer algo que sustenta los fenómenos: sustancia o materia y que se revela en las ideas simples; Berkeley va más allá, estableciendo que no puede constarnos la existencia de ese desconocido que subsistiría aunque no existiéramos ni fuera percibido; para él, el ser de los objetos está en ser percibidos, (*esse id est percipi*).

En su libro "Teoría de la visión" desenvuelve su teoría sobre la concepción del espacio que nos hace descubrir su pensamiento sobre el tiempo. La unión de las sensaciones visuales y táctiles, juntamente con el recuerdo de sensaciones anteriores, determinan nuestra percepción de la distancia y magnitud. El espacio resulta así de la asociación de dos ideas sensibles; "es como un lenguaje de signos emanado de Dios y que aprendemos por asociación", pero en sí es una palabra carente de significado a la cual nada objetivo nos consta que corresponda. El tiempo, podemos suponer, lo concibe de idéntica manera, a saber: como una clave que Dios nos hace aprender para poder internarnos sin riesgo de extraviarnos en el inmenso dédalo de nuestras sensaciones.

Hume lleva su crítica a otras ideas no tocadas por Berkeley, examina la idea de substancia y de existencia, y muestra que no se nos manifiestan por ninguna sensación, por lo cual, dice, deben ser declaradas ilegítimas. Las ideas matemáticas de tiempo y espacio no nos vienen del exterior, son también productos humanos, la experiencia y la imaginación se completan y contribuyen a su formación. Así formadas, asociamos las sensaciones y las ideas y nos sentimos inclinados a establecer idéntica asociación entre las cosas. Sin embargo esta proyección al mundo de las relaciones entre nuestros estados internos, es ilógica, no podríamos dar ninguna razón que la justifique. Pasamos de una sensación y de una idea

a otra, encadenamos nuestros estados y formamos procesos seriados, por motivos puramente psicológicos, por imponérselo así la organización y funcionalidad de nuestro espíritu, luego tal necesidad no existe fuera de nosotros sino en nosotros, no está en los objetos pensados sino en el sujeto pensante.

Hume se excusa de entrar a sondear el mundo exterior que permanece ante nosotros velado y desconocido, no intenta descubrir el substractum objetivo que corresponde a nuestra idea de tiempo; sin embargo, parece suponer que la asociación que establecemos entre nuestras ideas y sensaciones se corresponde por una asociación parecida entre los objetos, puesto que según él, las experiencias al repetirse en un cierto orden de sucesión determinan el encadenamiento de elementos conscientes que fundamenta nuestra identidad. Hay un párrafo en sus Ensayos en que trata de esa correspondencia y que merece transcribirse: "Existe, dice, una especie de armonía prestablecida entre el curso de la naturaleza y la sucesión de nuestras ideas; y aunque los poderes que gobiernan a la primera no sean totalmente desconocidos, nuestros pensamientos y nuestras concepciones siguen en definitiva la misma marcha que las demás obras de la naturaleza. El hábito es el principio a quien se debe esta correspondencia. Así como la naturaleza nos ha enseñado el uso de nuestros miembros, sin darnos el conocimiento de los músculos y de los nervios por la acción de los cuales se efectúan los movimientos, ha puesto en nosotros un instinto que impulsa al pensamiento hacia adelante, siguiendo un curso correspondiente al establecido entre los objetos exteriores." (2)

Kant fuertemente influenciado por Hume conti-

(2) Ensayos, II, páginas 32, 69 y siguientes.

núa la labor crítica de éste, apurando el análisis de nuestra facultad de conocer.

Según Kant, debemos distinguir dos elementos en el conocimiento: uno material y otro formal. Lo que separa y distingue a ambos es que mientras el primero es constante y universal en el conocimiento de tal manera que este es imposible sin aquel; el elemento material es susceptible de variaciones y cambios. Los términos que usa Kant deben interpretarse en un sentido escolástico, según lo cual lo formal, definiría el carácter peculiar del conocimiento, sería el sello que lo individualizaría; lo material serían las impresiones desunidas, incoherentes y confusas que la experiencia proporciona; lo formal sería la unificación de las mismas, la ordenación que responde a nuestra inteligibilidad.

Kant ha tomado de la filosofía medioeval algo más que palabras. Encontramos en esta, conceptos que con los que forman el nervio de la filosofía kantiana denuncian más de una lejana semejanza. La forma es, como el *verbum mentis* escolástico, lo que traduce y vierte en lenguaje humano las impresiones de las cosas. La materia por sí sola es pura potencialidad, necesita ser fecundada por la forma para poder entrar en el radio humano, para presentarse como capaz de arrancar una chispa a nuestro cerebro. (3).

Las formas son varias: de la sensibilidad, del entendimiento y de la razón. Las de la sensibilidad,

(3) Sin aventurar juicios prematuros, puede decirse, que Kant debe a los escolásticos gran parte de su doctrina, sobre el conocimiento; amalgamó la doctrina de éstos con la de Hume y dió unidad a los elementos que le proporcionaron. Vertió, podríamos decir, la doctrina escolástica, sobre el conocimiento en el molde que la inspiración de Hume le había sugerido y cristalizó así su famosa teoría.

que son las que nos interesa, sea, el espacio y el tiempo. El espacio que es el marco donde extendemos las impresiones externas y el tiempo en el cual ordenamos las internas. Uno y otro son condiciones de toda experiencia de tal manera que las sensaciones serían valores inexpresivos sino se presentaran sometidas a la doble escala. No son las únicas formas posibles en absoluto, pero son las que surgen de nuestra propia constitución; no son los modos únicos de disponer las cosas, pero son los modos únicos de disponerlas concordantemente con nuestra estructura mental o nuestra receptividad.

La psicología moderna ha puesto en claro que somos incapaces de comprender y conocer una cosa si no encuentra un asidero en la experiencia anterior, un conjunto de unidades psíquicas, de conceptos cuya relación defina el carácter de la nueva incorporación, de tal modo que si fuera posible constituir varios núcleos de condensación psíquica, tendríamos polifurcada nuestra personalidad.

Kant palpataba algo parecido con sus formas de intuición, a ellas deben los objetos la posición con que nos aparecen con relación al centro que polariza y absorbe los elementos de la personalidad, como aquellas unidades psíquicas, conceptos, clasifican y definen el carácter y peso que tienen en la conciencia. Lo que Kant no hizo, fué descifrar el problema de su origen, aunque no se le ocultaba que aquellas formas, como la materia, debían tenerlo. Indicó que estaban en el individuo innatamente, a priori, con lo cual limitaba el cielo de sus investigaciones personales al estudio de la facultad de conocer cristalizada, podríamos decir, en la conciencia adulta sin proceder a ahondar el proceso de su origen. Tal problema debía preocupar a una filosofía posterior más autorizada para emprenderlo por poder disponer de

documentos orgánicos que hacían factible una progresiva solución.

Según la doctrina kantiana no pueden llegar las cosas hasta nosotros, sino disfrazadas y puestas dentro del estuche de nuestras formas, deben asimilárenos para poder entrar en relación con nosotros, de lo cual se deduce que no conocemos las cosas en sí, sino los disfraces de las cosas, los fenómenos; no sabemos si la cosa en sí está en nosotros o fuera de nosotros, ni podemos tener de ella más que un concepto negativo.

Tales consecuencias fueron como un golpe de gracia para la antigua metafísica que se derrumbaba con estrépito; la humanidad se percataba de que había jugado con sombras y se había deslumbrado y extasiado ante castillos de luces de artificios. La revolución que Copérnico había hecho en astronomía no fué tan estruendosa como la que Kant consumaba en filosofía.

Pero la solución dada por Kant no puede satisfacernos plenamente, tenemos la pretensión y la exigencia, y esto de acuerdo con el principio de causalidad, que es otra forma a priori de entendimiento, de saber la causa, la razón de esas apariencias y fenómenos. Parecemos demandar algo que sustente nuestros conceptos y que traduzca en términos objetivos las mismas formas de intuición.

Kant, sin embargo, no acude a nuestro llamamiento, se había propuesto analizar nuestra facultad de conocer y no se cree obligado a dar razón de lo que no cae dentro de la experiencia. Esta cuestión, como dice Hume, (1, 3, 5), “carece de toda importancia para la tarea propuesta”. En una carta a Resnhold de 12 de Mayo de 1789, cierra la cuestión con estas palabras: “La esencia real del tiempo y espacio y la razón primera por la que aquel tiene tres dimen-

siones y este una sola, son impentrables para nosotros.”

¿Que es, entonces, el tiempo según Kant? El tiempo como el espacio es algo subjetivo, algo nuestro; son juntamente con las otras formas las condiciones bajo las cuales concebimos y comprendemos el objeto, los marcos dispuestos en nuestro espíritu para recibir y ordenar de un modo congruente los objetos que nos procura la lluvia de la experiencia. La reflexión sobre estos modos de disponer las cosas, determina los conceptos que estudia la psicología. “Si el tiempo fuese una determinación inherente a las cosas mismas, o un orden no podría preceder los objetos como condición de los mismos, ni por consiguiente, ser reconocido ni percibido a priori por juicios sintéticos. Este último hecho se explica fácilmente, si el tiempo no es más que la condición subjetiva, bajo la cual las intuiciones son posibles en nosotros; porque entonces esta forma de intuición interior, puede ser representada antes que los objetos, y por consiguiente, a priori. . .

“Yo puedo decir que mis representaciones son sucesivas; pero esto solo significa que tenemos conciencia de ellas en una sucesión, es decir en la forma del sentido interno. El tiempo no será, por esto, nada en sí mismo, ni una determinación inherente a las cosas.”

Si tenemos en cuenta la evolución del pensamiento a través de los filósofos estudiados hasta Kant, podríamos adivinar como un proceso de interiorización del tiempo; el vulgo y la filosofía dogmática convienen en ponerlo fuera de nosotros, en considerarlo como algo objetivo capaz de engendrar representaciones adecuadas o conceptos que lo reproducen; Locke corta el vuelo de su investigación a mitad de camino y considera solo lo subjetivo, el con-

cepto; Berkeley hace intervenir la providencia divina proveyéndonos de un instrumento de trabajo; Hume estudia también lo subjetivo, pero cree, aunque no le consta, en una realidad de la que es más o menos reproducción; Kant lo introduce definitivamente en el sujeto considerándolo como uno de los muchos modos de disponer las cosas para el conocimiento que, en absoluto, deben existir, como nuestra naturaleza es una de las muchas que en absoluto pueden entrar en el concierto universal.

En la doctrina kantiana fácilmente se descubre dos hiatus que no bastan, sin embargo, para empañar el valor de las geniales adivinaciones que la psicología posterior ha confirmado y verificado sacando a flote su fundamental y central manera de ver. Tales son, el que se refiere al apriorismo de nuestras formas con la consiguiente omisión del problema de su origen y génesis y a la determinación del concomitante objetivo o la traducción en la realidad de nuestros conceptos.

En cuanto a la primera, además de que la Biología moderna lo salva, como dice el doctor Jakob, mostrando que existe "un a priori orgánico", en la precoscienza plasmática resultante de la organización evolutiva sucesiva de nuestro organismo", resultaba, como ya dijimos, ajena al propósito que le guiaba en sus elucubraciones; y en cuanto a la segunda fué una prueba de perspicacia y discreción resistir el natural halago de una explicación, con lo que hubiera rendido honores al enemigo corriendo una peligrosa aventura dogmática.

En síntesis, Kant señala un apreciable avance en la interpretación de la idea de tiempo; sus aportes consolidados y afianzados después, adquirieron el carácter de conquistas definitivas. Las fallas y omisiones que hemos observado, habían de ser progre-

sivamente corregidas y salvadas por filósofos y sabios que se aplicaron con celo a buscar una solución aceptable. Sigamos paso a paso su marcha.

La filosofía de Kant degenera en algunos de sus sucesores que suprimiendo lo que aquel ponía como incognoscible, la cosa en sí, caen en el idealismo. Fichte, Schelling encarnan tal tendencia, consuman el proceso de interiorización del tiempo, radicándolo como todo lo existente en el sujeto, sin agregar al problema dato alguno que pueda tomarse como contribución positiva. Hegel se separa de Kant y emite algunas ideas que conviene hacer constar.

El pensamiento central de su sistema está en la identificación del ser y el pensamiento. En su Filosofía de la Naturaleza ensaya verificar si el mundo sigue fielmente la trayectoria que el pensamiento establece en su lógica. El espacio y tiempo son para él, una simple forma, “un estado abstracto de la exterioridad inmediata”, son dos determinaciones correlativas que el pensamiento (sujeto) extrae del objeto.

“No se debe representar el tiempo como un depósito donde todas las cosas se encuentran situadas, como en un río que las engulle en su curso. El tiempo no es más que el elemento abstracto de su destrucción; el proceso de las cosas reales hace el tiempo.”»

Hegel sin negar la naturaleza subjetiva de nuestra noción reconoce en el objeto algo que engendra y determina su carácter sin que la reproduzca adecuadamente. Tenta una síntesis entre los puntos de vista kantianos y de la antigua metafísica y reconoce entre el sujeto y objeto la existencia de valores equivalentes. Soluciones posteriores habían de diferir muy poco de la propuesta por Hegel.

La cadena de conquistas positivas es reanudada

después del paréntesis idealista y romántico por la escuela positivista. Revestida de un espíritu nuevo acomete serenamente la solución de múltiples problemas filosóficos, aporta puntos de vista y soluciones nuevas, confirma y revive sueños especulativos de otras escuelas, y su crítica deshace construcciones artificiosas restituyendo de nuevo al espíritu a la roca viva e incommovible de que habla Descartes.

El evolucionismo le imprime una orientación definida, unifica sus esfuerzos y se constituye en el ideal que estimula y alienta su marcha ascendente. Bajo su inspiración todos los problemas filosóficos aparecen con un nuevo carácter y se formulan en términos que denuncian un radical cambio de orientación.

Spencer, el más conspicuo representante del sistema, desarrolla en una serie de obras las aplicaciones a las diversas disciplinas humanas del pensamiento evolucionista y echa las bases de otras tantas ciencias.

Parte, de lo que la crítica no pudo conmover en la filosofía de Kant, de lo que al hacer el balance de su obra quedó como ganancia líquida; reconoce como él, el carácter subjetivo de nuestros conceptos separa el fenómeno y el noumeno y afirma como aquel la esterilidad de la antigua metafísica. Pero a estas ratificaciones de la filosofía kantiana agrega su contribución personal; ella había de enriquecer el feudo del saber humano aportando una partícula de vida al patrimonio común.

Spencer puede considerarse como el continuador y complemento del Kant de la crítica de la razón pura; éste afirmaba el carácter innato de las formas de intuición y del entendimiento sin atreverse a interiorizar el problema de su origen o la razón

de su existencia, aquel proyecta su mirada más allá de los límites que fija la condición psicostática de un individuo adulto y estudia el proceso de su génesis en el individuo y en la especie, haciendo intervenir factores integradores, conservadores y fijadores y explicando también la apariencia de su incommovible estabilidad; Kant otorga formas al hombre en general presentándolas como un concomitante de su estructura específica, Spencer las otorga también al individuo como consecuencia de la especial educación que dentro de la unidad específica lo constituye como una individualidad perfectamente autónoma y definida; Kant hace alto después de proclamar el carácter subjetivo de nuestros conceptos, Spencer prosigue su camino y afirma también su carácter relativo.

En su obra fundamental "Primeros principios", Spencer dedica una parte a lo incognoscible y otra a lo cognoscible. En la primera analiza el tiempo y espacio y se esfuerza por buscar su exacto y objetivo significado. Desarrolla una serie de especiosas argumentaciones, usando palabras en diferente sentido o atribuyéndoles significados diferentes y termina estableciendo que ambos son incomprendibles. "El conocimiento inmediato que creemos tener de ellos se convierte analizando en una total ignorancia. Si por una parte creemos invenciblemente en su realidad objetiva, por otra somos incapaces de dar cuenta racional de ella. Por último, la otra hipótesis, la no realidad objetiva del espacio y del tiempo, fácil de formular pero imposible de imaginar no hace más que multiplicar inútilmente los absurdos".

En la parte dedicada a lo cognoscible, define nuestros conceptos de tiempo y espacio y traza a grandes rasgos el proceso de su formación haciendo no-

tar el carácter relativo de los mismos. Termina diciendo “¿Hay un espacio y tiempo absolutos de los cuales esos sean una especie de representación? El espacio y tiempo en sí mismos, ¿son una forma o una condición de la existencia absoluta que produce en nuestro espíritu formas o condiciones de la existencia relativa? Tales cuestiones no pueden tener respuesta. Nuestros conceptos son producidos por algún modo de ser de lo incognoscible, su completa invariabilidad implica simplemente una uniformidad completa en los efectos que produce en nosotros ese modo de ser de lo incognoscible. Mas no por eso tenemos derecho a llamarle un modo necesario de lo incognoscible. Todo lo que podemos afirmar es que el Espacio y Tiempo son una realidad relativa, que nuestra intuición de esa realidad relativa, invariable, implica una realidad absoluta igualmente invariable para nosotros, y que podemos tomar sin vacilación esa realidad relativa por base sólida de todos los razonamientos que conduzcan lógicamente a otras verdades también relativas, únicas que existen para nosotros o que podemos llegar a conocer. (5).

Como puede verse la conclusión a que llega Spencer respecto al significado objetivo de nuestros conceptos, apenas difiere de la de Kant. Ambos confiesan su incapacidad para adivinar y sorprender el secreto que guarda la misteriosa esfinge a quien uno llama la cosa en sí y el otro lo incognoscible. Spencer, sin embargo, agrega una nota sobre el carácter de ambos conceptos que además de contribuir a aclararlos y explicarlos prepara ulteriores

(4) Primeros Principios. Cap. II, pág. 15.

(5) Ibid. Parte II, Cap. III, pág. 47.

desenvolvimientos. El establece la relatividad de los mismos, las peculiaridades que en los individuos adoptan de acuerdo con la especial evolución que los constituye, su variable zona de influencia de acuerdo con el carácter de los dinamismos de que forman parte.

Spencer salva la falla que notábamos en Kant cuando le veíamos establecer las formas del pensamiento como preexistentes y condicionadoras de la experiencia, y en sus principios de Psicología sigue paso a paso la integración de las mismas en el transcurso de la evolución filo y ontogenética. Así como la experiencia individual origina en el espíritu ciertos rasgos que denuncian la marcha general seguida por la misma, ciertas cristalizaciones del plan que han descrito sus sucesivos aportes y que fundamentan nuestros conceptos abstractos, de tal forma que en cualquier etapa de la vida pueden sorprenderse multitud de formas, de casillas, podríamos decir, que clasifican y definen la experiencia posterior, así también en el transcurso de la evolución filo y sociogenética se habrían integrado y constituido morfológica y fisiogénicamente, planos denunciadores de la marcha general de la experiencia, substractum que concretan la orientación general de la misma, de tal suerte que si hiciéramos un corte en cualquier punto de la escala encontraríamos formas, capacidades asimilatorias que responderían al conjunto de antecedentes y factores que la hubieran determinado. El hábito fija asociaciones y origina cambios permanentes en la disposición de las biomoléculas integrantes de los organismos, y la herencia recoge esos cambios y los va agrupando y transfundiendo en las sucesivas generaciones, constituyendo características constelaciones. Antes de recibir la primera impresión del ambiente tiene ya estereotipado todo

organismo un mundo de posibilidades en la intimidad de su intrínseca contextura, está ya preparado podríamos decir, para emprender la lucha, sus armas gestadas en el yunque ancestral tienen el temple requerido para habérselas con sus naturales enemigos y émulos; pero estas facultades que trae al nacer de ninguna forma podemos considerarlas venidas del cielo como aerolitos y enclavadas en nuestra alma para regular sus adquisiciones; son formaciones naturales que deben tener sus causas o antecedentes en el juego de las energías que constituyen la naturaleza.

Spencer resuelve así la primera falla que notábamos en Kant, quizá precipitándose demasiado, pues la ciencia posterior había de mostrarnos que no es tan fácil la carrera, que no se salvan tan cómodamente las distancias, que no nos hallamos facultados para establecer legítimamente la ascendencia de las facultades que descubrimos dentro de nosotros. Sin embargo, ha resultado su explicación una hipótesis cómoda, ha llenado cumplidamente el papel que se le había asignado satisfaciendo económicamente las ansias de explicación unitaria del mundo y de la vida, por lo cual le otorgamos nuestra franca aceptación y no nos rehusamos a catalogarla entre las conquistas definitivas de nuestro espíritu.

Spencer que se había levantado contra la metafísica nos muestra con sus generalizaciones prematuras que está bajo la sugestión de las mismas aspiraciones e ideales que condenaba en los filósofos anteriores. Hace metafísica también. Como Kant después de su primer gesto bravío y rebelde degenera y se une voluntarioso al carro de las preocupaciones milenarias que se agitan en el seno de la humanidad.

Era necesario un nuevo gesto, un nuevo y más recio golpe contra todo elemento supraempírico, era necesario poner a prueba y someter a la crítica la misma legitimidad de nuestras aspiraciones a resolver los profundos problemas, nuestro mismo derecho a interrogar el misterio que cierra el horizonte.

Poco podemos agregar de los filósofos positivistas que siguieron después. Wundt el más ilustre de todos llevó a cabo en su laboratorio de psicología minuciosos experimentos que han contribuído grandemente a precisar el verdadero significado y valor de nuestro concepto. Han contribuído también al mismo fin el análisis que hace en su Psicología de los elementos que lo forman y de los factores que lo han determinado. Wundt en este sentido continúa y completa a Spencer agregando a las investigaciones de éste los datos que la observación introspectiva y la reflexión juntamente con la experimentación le habían suministrado. El estudio que hace Wundt es riguroso y completo aunque siempre dentro del campo de la Psicología.

Su doctrina en el terreno metafísico se asemeja a la de Spencer aunque los separa diferencias notables. Cree en una realidad de la cual son símbolos nuestras representaciones y que no puede ser como la pensamos. El tiempo y espacio son conceptos, hipótesis como es la misma representación del átomo. Nada podemos saber de su realidad externa si la tienen, estamos reducidos a considerarlos como instrumentos elaborados por el sujeto para establecer comunicaciones entre los fenómenos.

En resumen, Wundt precisa la naturaleza y génesis de nuestro concepto sin añadir nada que pueda traducirse en un progreso para su interpretación,

ahonda el surco abierto por Spencer sin tocar la segunda falla que notábamos en Kant y que Spencer había eludido referente a la traducción objetiva de nuestro concepto.

Willam James estudia la cuestión desde el punto de vista psicológico en sus Principios de Psicología poniendo a su servicio el penetrante ingenio y pintoresco y sugestivo lenguaje que campea en todos sus escritos. El cuadro que nos presenta es acabado, estudia todas las faces de nuestro concepto proveyéndonos una idea de conjunto bastante perfecta.

James es un positivista que no solo continúa y completa a sus antecesores, sino que agrega nuevos puntos de vista que lo asimilan a Wundt y tienden a aproximarlos a los científicos.

Según el filósofo norteamericano, la razón por sí sola es incapaz de llegar al fondo de las cosas y lo único de que nos provee es de fórmulas útiles para conducirnos en la vida o la naturaleza y dominarla, recetas cómodas, que nos permiten prever el porvenir del mundo exterior y obrar sobre él. La realidad permanece ante nosotros desconocida, nuestras sensaciones y conceptos no son copias de los elementos de la naturaleza, sino símbolos que la representan; una excepción debemos hacer con las sensaciones de tiempo y espacio". El único caso, dice tomándolo de Helmholtz, en que ocurre esta copia y en que nuestras percepciones pueden corresponder verdaderamente con la realidad exterior, es el de la sucesión temporal de los fenómenos. La simultaneidad, la sucesión y el regreso regular de simultaneidad o de sucesión, puede ocurrir tanto en las sensaciones como en los acontecimientos externos. Los acontecimientos como nuestras percepciones de ellos, tienen lugar en el tiempo, de suerte que las relaciones tem-

porales de los últimos, pueden suministrar una verdadera copia de los primeros.”

“La experiencia va a todas horas plasmándose y hace de nuestra mente un espejo de las relaciones de tiempo y lugar entre las cosas en el mundo exterior”».

Las relaciones espacial y temporal imprimen en nosotros verdaderamente una reproducción exacta de sí mismas.”

William James lleva una audaz aproximación a la solución del problema, reconociendo en el mundo procesos correlativos con el curso temporal que sorprende nuestra conciencia, aunque no especifica ni declara la naturaleza de tales procesos, ni la manera de tenderse la relación y vinculación que supone con los de la conciencia. Willam Janes adopta una posición mecanicista que le impide llegar a la completa comprensión del exacto significado de nuestras nociones, de la función correlacionadora que en el conjunto trinitario cosmo-bio-psíquico les toca desempeñar. Sin embargo, su contribución no es despreciable: prepara y facilita las que habían de venir después, alzando un peldaño más en el ascendente camino de la integración progresiva de nuestro conocimiento.

Por otra parte, se vincula estrechamente a los científicistas, con los cuales conviene en reconocer el carácter pragmático de nuestra razón, sirviendo así de puente entre los filósofos positivistas estudiados y los científicistas, en los que había de culminar el movimiento que nos preocupa.

Entre los filósofos naturalistas podríamos distin-

(2) Principios de Psicología. Cap. XV.

(3) Ibid. Cap. XXVII.

(4) Ibid.

guir dos grupos: el primero formado por aquéllos que han orientado sus esfuerzos en una labor eminentemente crítica, y otros que han ultrapasado los datos científicos consagrándose a la sistematización constructiva. Entre los primeros podríamos notar a Poincaré, Pearson y el mismo Mach; entre los segundos a Haekel, Le Bon y Ostwald.

Los primeros convienen en que las ciencias tienen un valor puramente pragmático, son instrumentos de trabajo que hemos elaborado para aumentar las posibilidades de triunfo sobre la naturaleza; no es verdadera ni falsa, es simplemente útil; su eficacia en la práctica es el único título que puede legitimar su existencia. Poincaré sostiene que las matemáticas actuales tienen un valor relativo, son maneras de organizar los elementos de nuestro conocimiento; pero no son los modos únicos posibles, pues podrían establecerse sistematizaciones completamente diferentes de las que aquéllas determinan. En cuanto al tiempo y espacio continúa a los positivistas, mostrando que tienen un valor relativo.

El tiempo y espacio son marcos que imponemos a la naturaleza porque nos resulta cómodo verla a través de los mismos, pero no podemos atribuirles ninguna existencia.

Para Pearson no son tampoco realidades del mundo, sino modos, bajo los cuales percibimos las cosas; así como extendemos nuestras sensaciones coexistentes una fuera de otras por una imposición de nuestra manera natural de percibir, así también tenemos necesidad de ubicar unas fuera de otras nuestras impresiones sensibles, almacenadas para percibir su significado y relación. El espacio está asociado al mundo de los fenómenos actuales que proyectamos fuera de nosotros mismos,

por eso se ha considerado como un modo de percepción externo; el tiempo, en cambio, es un modo interno de percepción, porque expresa la relación de las percepciones pasadas con la percepción inmediata. La razón de la existencia de ambos está en que tenemos necesidad de desenvolver los elementos de nuestra conciencia para comprenderlos y disponer de ellos. Si los elementos sensibles o los estados de conciencia se fundieran, yacieran amontonados y confusos, nuestra comprensión sería nula, quedaríamos en medio de ellos desorientados y perplejos.

Pearson ha marcado con precisión los lindes de la percepción y concepción, dándonos una clave para fijar el valor de nuestras apariencias y juicios sobre el tiempo y espacio. Opina que los productos de alma humana deben ser desechados como irreales e ilusorios, porque si existen en la esfera del pensamiento no puede constarnos su existencia en el mundo real. Aunque pueden ser aceptados provisoriamente siempre que codifiquen la experiencia y economicen pensamiento.

Mach somete a una crítica severa nuestros conceptos sobre el mundo, el yo, etc., y llega a la conclusión de que unos y otros no son más que complejos de sensaciones, la separación que hacemos entre aquéllas que forman nuestro yo y las que forman el mundo, es artificial; solamente la conveniencia que reportaba, determinó la delimitación que fué ahondándose hasta llegar a una irreductible separación. La utilidad ha obrado el milagro de agrupar alrededor de diferentes ejes los contenidos de nuestra conciencia, como la utilidad, también, ha llevado más lejos sus distinciones y clasificaciones multiplicando los núcleos alrededor de los cuales la vida psíquica aparece condensada.

El pensamiento no es sino una tentativa de sistematizar los contenidos conscientes de manera que su aprovechamiento resulte más acabado y económico. La expresión de esta tendencia juntamente con el cúmulo de sus resultados, es la ciencia.

Mach ha introducido el principio de la economía para explicar el proceso del pensamiento, y podríamos decir que ha establecido comunicaciones entre la vida inferior sensitiva y vegetativa y las supremas manifestaciones de la vida intelectual, descubriendo a través de ellas una tendencia funcional representativa de la continuidad de sus progresivas manifestaciones, reveladora de la unidad del plan filético que se denuncia en su intimidad o del principio que ha dominado la evolución biosíquica-social. Puede ser considerado como continuador de los evolucionistas llevando a la esfera del conocimiento el principio que aquéllos habían desenvuelto en la esfera biológica.

Los evolucionistas habían estudiado ya la naturaleza del ritmo y la razón de la simpatía con que saluda nuestro espíritu las sugerencias que llegan animadas por su aliento. Convienen en que las series rítmicas demandan gastos de energía menos considerables que las series arrítmicas e irregulares. El ritmo permite economizar fuerzas, connotando una expectación adecuada al volumen del estímulo, y permitiendo en los momentos de latencia reparar las pérdidas y reforzar la capacidad de empuje y resistencia. Por eso imponen los organismos a todos sus procesos una marca uniforme y regular y sienten singular complacencia ante los estímulos que llegan sin precipitación, serena y rítmicamente. El ritmo es, pues, una manifestación de la discreción y sobriedad de que da prueba la naturaleza al invertir sus caudales, es una exteriori-

zación del imperativo económico que domina en la intimidad de la escala biológica.

Mach que busca en todas partes la línea de menor resistencia, que se inspira, precisamente, en el principio de la economía, haciéndolo intervenir en la solución de la mayor parte de los problemas que estudia, no podía prescindir del elemento ritmo y al estudiar el tiempo, señala la afinidad, la estrecha relación que existe entre el mismo y los procesos que se repiten periódica y rítmicamente. Ya Wundt había notado la influencia decisiva de los procesos orgánicos rítmicos en la génesis de nuestra conciencia del tiempo, y Spencer señalaba la progresiva correspondencia que se había efectuado entre los ciclos cósmicos y los orgánicos, entre las periodicidades externa e interna. Mach considera el ritmo como la concreción del carácter económico y biofilático de nuestra conciencia de tiempo, como el nervio que condensa y revela la significación biológica del mismo. En otros términos, Spencer y Wundt estudian el papel del ritmo en la génesis del tiempo, Mach lo considera estáticamente y tiente llegar a su significado abstracto.

Mach vincula y hace depender la sensación del tiempo del consumo orgánico; el constante desplazamiento de energías da lugar a una sensación específica que es la sensación del tiempo. El tiempo sería, según eso, una noción humana o animal que expresaría el fluir de las energías en el organismo y que tendría el fluir de las energías la corriente sanguínea que nutre las partes activas del cerebro, destinarla convenientemente y regularla.

No podemos decir que Mach resuelva definitivamente la cuestión, a pesar de sus geniales sugerencias, pero el concepto que enuncia sobre el origen de nuestra noción, así como sobre el principio de la

economía y la naturaleza de la realidad ,son poderosos sillares que han de soportar la explicación definitiva.

La segunda serie de filósofos cientifistas es constituida por aquéllos que pretenden resolver el problema ontológico haciendo intervenir algún principio que explique la totalidad de los fenómenos cósmicos y biológicos, son aquéllos que en su afán de rematar el edificio se apresuran a poner la clave que mantenga entre los elementos la debida cohesión e interrelación.

Haekel fué el primero que apoderándose del principio de la evolución concibió los fenómenos del mundo de una manera unitaria, sosteniendo que eran manifestaciones de un principio único que evoluciona y reviste cada vez formas más complejas.

Le Bon manifiesta las mismas tendencias, presentando la materia misma como un estado pasajero de la energía. Disuelve todo lo existente en la materia y el éter.

Ostwald culmina el movimiento monista energético presentando la más acabada construcción de filosofía naturalista. Para él, todo puede explicarse por el principio de la energía. Las sucesivas condensaciones de energía dieron origen al mundo inorgánico, al orgánico, al psíquico y al sociológico. Energías electrónicas primitivas han ido transformándose y definiendo las costelaciones energéticas que descubrimos alrededor de nosotros y en nosotros y en nosotros mismos. Este proceso se ha hecho de acuerdo con las leyes fundamentales que Mayer y Carnot han formulado, de la conservación y de la entropía; a ambas se hallan sometidas todos los fenómenos. El tiempo y el espacio son para él conceptos que hemos formado para hacernos una teoría de nuestro mundo; la misma energía es otro

concepto que nos permite expresar más cosas relativas al contenido de nuestro mundo, expresarlas con más precisión, y unir las más perfectamente entre sí.

Ostwald no desentraña tampoco el exacto y profundo significado de nuestros conceptos de tiempo y espacio, aunque nos proporciona un punto de vista grandioso y fecundo que invita a arriesgarse en el amplio y peligroso campo de la explicación sintética de lo existente.

La combinación de las doctrinas de Mach y Ostwald definirán una explicación aproximada y satisfactoria; nos esforzaremos por concretarla, después de echar una ojeada retrospectiva y organizar las conquistas, estableciendo la marcha general del pensamiento filosófico en su constante esfuerzo por superarse, por arribar y concretar fórmulas más acabadas y satisfactorias, más adecuadas a la inestable, a la constantemente progresiva receptividad humana.

Si de un golpe de vista tentamos abarcar el conjunto de teorías estudiadas, fácilmente descubriremos puntos capitales que jalonan e indican la ruta seguida por el pensamiento y que son el exponente de su real ascensión.

El punto de vista del vulgo y de la filosofía antigua y moderna hasta Locke es objetivo; la razón fabrica con materiales de la experiencia conceptos que responden a una realidad adecuada, los combina en principios y sistemas y construye así marcos, donde la realidad queda encerrada. Cada sistema utiliza distintos materiales y explica lo existente a su modo, pero lo explica. El hombre se considera como en un mirador desde donde contempla cómodamente las cosas y a sí mismo. No critica su

visión, ni su conocimiento, el concepto que tiene de sí mismo y sus facultades, deriva como consecuencia del concepto general que tiene sobre el universo. En otras palabras, resuelve a su modo el problema ontológico y prescinde del problema del conocimiento, o lo infiere de aquél.

En Locke, Hume y Kant pasamos al punto de vista subjetivo. El problema del conocimiento obtiene la primacía, se prescinde del problema ontológico o se le hace proceder del sujeto. En los idealistas se extrema la tendencia hasta considerar como única realidad aquello que creamos y proyectamos nosotros, el mundo fenomenal. El positivismo reacciona y empieza a estudiar al hombre objetivamente, en función del medio, sin que por eso deje de criticar el conocimiento que para él no reproduce sino que simboliza la realidad. Representa un equilibrio intermedio entre los dos: el conocimiento del mundo influye sobre nuestro propio conocimiento y éste, a su vez, hace exacto el del mundo.

El positivismo degenera haciéndose racionalista. Los científicistas reaccionan contra tal desviación y se contraen a lo que inmediatamente surge de los datos científicos, aunque víctimas de ansias inefables, de unificación, de explicación sintética sobrepasan la experiencia y formulan atrevidas proyecciones que se pierden en el mundo de la metafísica; acentúan, sin embargo, el objetivismo. Se impone una nueva reacción que torne la cuestión a su centro, es necesario sopesar nuestras mismas inclinaciones; nuestras inefables ansias; es necesario quemar las naves para ahuyentar toda posibilidad de huída a fútiles andanzas y obligarnos a luchar en el campo de la investigación inmediata.

La filosofía ha marchado así describiendo osci

laciones pendulares, las reacciones han seguido a las acciones, los períodos críticos y escépticos han refrenado e impulsado atrás a los períodos dogmáticos y constructivos; el nivel medio ha ido elevándose buscando siempre un equilibrio mejor, definiendo los avances verdaderamente definitivos.

Es esta la única verdad, el único ideal que podemos establecer como irrevocable y último, porque surge de las entrañas del mundo biológico, porque se conforma con la ley que describe todo el proceso de la evolución. El progreso en todos los órdenes se verifica del mismo modo, describiendo parecidas oscilaciones; puede notarse que, a medida que asciende, es menor la amplitud del movimiento, la división del trabajo lo subdivide en varios movimientos parciales o restringe las distancias entre las posiciones extremas. Los sucesivos niveles medios indican la dirección seguida y son la expresión de las conquistas consolidadas.

Estas fases del pensamiento filosófico no se han sucedido con la precisión y distinción que un gráfico podría hacer suponer; muchas de ellas se han manifestado y se manifiestan simultáneamente; pero despreciando las cantidades que el tiempo va borrando y borrará en lo sucesivo, las teorías que, a pesar de su vista sugestiva y atrayente, no pueden ser sino efímeras fantasmagorías, la marcha seguirá a través de todo sin que comprometa su eficacia asociándose, atándose a ninguna peligrosa posición; es sostenida en su empuje por una inspiración que emana del seno de la vitalidad y triunfará arrollando todas las posiciones que no consulten su voz imperiosa.

CAPITULO XV

SOLUCION DE LA CUESTION

La especulación filosófica como todas las demás investigaciones es un tanteo que hacemos persiguiendo el feliz accidente. Un filósofo mirado desde considerable altura, mientras sigue el hilo de sus elucubraciones se confundiría con uno de los animalitos que Jennings experimentaba; es un pobre diablo que busca un resquicio salvador, a través de los sucesivos laberintos en que se ve metido.

La diferencia está en que el filósofo tiene un medio interno que le permite experimentar inmanentemente; cuando piensa, no hace más que esforzarse por hallar relaciones entre las cosas para afirmar una de otra, para esta afirmación necesita comprobar la constancia o perenidad de una conexión entre ellas, para lo cual somete una cosa a otras que sucesivamente considera hasta hallar la relación buscada; es, pues, un experimento ideal, un tanteo.

No es este proceder deshonroso, puesto que es el único posible, puesto que tiene el brillante prestigio de su probada eficacia, puesto que ha permitido a la vida abrirse paso en la enmarañada selva virgen de la casualidad y elevarse, adoptando las variadas y complejas formas que en la actualidad presenta.

Las especies han evolucionado de una manera fatal y ciega, la adaptación y orden que en ellas descubrimos se ha hecho después de mil infructuosas tentativas y esfuerzos, de la misma manera se ha integrado la experiencia social de los individuos y se han constituido las conciencias.

Al contemplar los resultados panorámicamente, nos parece la expresión de la más perfecta armonía, todo lo encontramos lógico, natural y fácil. Sin embargo, ¡qué derroche de energías han demandado, cuántos esfuerzos estériles, cuántas tentativas fracasadas! La naturaleza ha limado la orilla y rectificado su curso, por lo cual aparecen sus obras con ese carácter económico que tan gratamente sorprende a nuestra inteligencia, ha anulado todo movimiento falso, ha sacrificado toda posición violenta, y ha puesto en todas sus manifestaciones el sello de la más estricta parsimonia.

Es inútil querer detener el curso de las cosas, oponiendo infantiles reparos a la corriente que la Biología adivina en todos los seres. Podremos continuarla, superarla, estudiarla para entonar nuestro esfuerzo en su dirección; pero si intentáramos contradecirla, derrocharíamos tontamente nuestras energías en una labor que sería arrastrada y anulada. En la Historia, todas las violencias han sido efímeras, los hombres que han querido torcer el curso de las cosas han realizado una labor negativa, porque a la postre, todo ha vuelto a su curso normal, dejando en el ambiente la sensación de que han sido unos ilusos.

Por eso nuestra labor perentoria actual, es adivinar las corrientes subyacentes que la naturaleza, la vida, la sociedad describen para conformarnos con ellas. Esto será labor científica, que es la urgente, y en definitiva, la necesaria; todas las anticipaciones que se hagan sin esa base, serán saltos en el vacío, juegos precoces de nuestra fantasía, buenos y útiles, quizá, porque el juego es también necesario, pero sin la capital utilidad de la ciencia.

La filosofía ha desviado muchas veces su curso, acudiendo solícita a cuestiones que demandaban

gastos estériles de energías, pero el curso natural de las cosas ha hecho justicia, barriéndolas de en medio y convirtiéndolas en curiosidades históricas.

Las críticas que en el capítulo precedente se han señalado, son los jalones que marcan la luminosa e irrectificable ruta que ha seguido la labor filosófica; las desviaciones son como movimientos falsos que serán anulados y eliminados irrecusablemente.

En nuestros tiempos, ha cobrado nuevo vigor una filosofía que intenta canalizar la energía en una dirección apartada del camino establecido. Se ha dejado impresionar por la grandeza ficticia de ciertos problemas y ha contraído su atención a ellos, apartándose de la línea recta. Es una aberración. Los valores morales y religiosos tienen una gran importancia porque los sentimientos gravitan constantemente sobre nosotros, porque con una persistencia odiosa, nos salen al paso siempre recordándonos sus títulos y pretensiones; pero aléjemonos de nosotros mismos y los veremos empequeñecerse y reducirse; entonces podremos dominar todos sus contornos y de un golpe de vista abarcar su significado, estaremos en disposición de estudiarlos exactamente. A los dominadores, los dominaremos a nuestra vez y se consumará nuestra soberanía sobre todas las cosas.

Es indispensable que nos estudiemos objetivamente, no a la luz de ninguna teoría metafísica como la hacía la filosofía antigua, sino a la luz de las sugerencias de la ciencia; apareceremos, entonces, como algo que lucha por seguir adelante, sortenado los obstáculos que se presentan, como forzados que trabajosamente escalan la rueda para no ser arrastrados por ella. Así como para estudiar una sociedad o una época y definir las con propiedad, es necesario contemplarlas de lejos, desprendiéndose de las preocupaciones y de la trama de su vida, así

el estudio de nosotros mismos no podemos hacerlo, sino de un punto lejano que solo las ciencias biológicas y físicas pueden proporcionarnos.

El estudio objetivo no es tan unilateral y permite, por otra parte, contemplarnos en relación con muchísimos más factores, nos da ocasión para una compulsación más amplia, nos permite vernos en función de toda la naturaleza y nos hace ver más exactamente el lugar que ocupamos.

El estudio de los factores cósmicos y biológicos, de la orientación de todas las fuerzas que constituyen la naturaleza, hace posible la formación de un tipo humano ideal que, después verificamos, comparándolo con nosotros mismos; la compulsación de ambos nos permite formar un concepto que tiene la garantía más sólida de verdad, que puede apetecerse. Recordemos que no hay ningún criterio objetivo de verdad, que sólo la compulsación de hechos, la sensación de equilibrio que experimentamos, a medida que consultamos más datos, es lo que nos da la impresión de la misma. (1).

Spencer y otros filósofos posteriores, no logran desprenderse de las concepciones y preocupaciones comunes de la época, si bien inauguran el dinamicismo, es un dinamicismo superficial; en realidad son mecanicistas, creen, generalmente, en la existencia de algo que sustenta el mundo fenomenal; lo incognoscible es algo estático que progresivamente va-

(1) El sentido íntimo ha resuelto hace tiempo la cuestión, mostrándonos que nuestra manera de ver la juzgamos sin valor o de valor dudoso, si no la compulsamos con la de otros; la ratificación que recibimos es una condición indispensable para que nos sintamos en posesión de la verdad. Esto no es más que una prolongación de lo que hacemos al confrontar los testimonios de los diversos sentidos y sacar del tono complementario la escala de nuestras sensaciones.

mos conquistando y penetrando; parece mejor creer, sin embargo, que lo incognoscible es una función de nuestra inteligibilidad, es la expresión de la infinidad de relaciones que surgen a cada posición nueva el conjunto de problemas que aparecen en cada etapa de nuestro progreso de la misma manera que cuando ascendemos a una montaña vemos dilatarse nuevos horizontes insospechados a medida que nuestra frente siente el saludo de más altas corrientes aéreas. Por otra parte, la concepción de algo que sustente lo que se llama mundo fenomenal, parece fuera de razón, nada nos autoriza a fabricar un concepto semejante, los materiales de que disponemos son relaciones y, por tanto, no podemos creer que nos autoricen para la construcción de algo absoluto, es aquella una zona demasiado alejada para llevar hasta ella los hábitos que engendra la experiencia inmediata. Además, Spencer y sus sucesores, degeneran en el dogmatismo, creyendo que su hipótesis abriría definitivamente los secretos del mundo.

Por último, los filósofos que nos ocupan parecen subjetivistas, parten del pensamiento que es el dato más inmediato de la conciencia y lo único de que no podemos dudar, todos los contenidos de nuestra conciencia parecen creaciones espontáneas, son cosas humanas únicamente; según los más empíricos han sido determinados por lo pervital, pero reflejan sólo necesidades internas, son dinamismos que el espíritu ha elaborado para conducirse y guiarse, e ignoramos si algo puede corresponder a ellos.

Esta solución, sin embargo, no puede satisfacerlos; partiendo del sujeto mismo, de nuestra intrínseca constitución, qué hecho hay más evidente que la necesidad de suspender lo que descubrimos en nosotros de algo objetivo, de vincularlo con algo

que lo ha determinado? Tenemos necesidad, pues, de buscar un correlativo extrínseco a los dinamismos que encontramos en nuestro ser, debemos ver si la ciencia nos evidencia la existencia de elementos que permiten alguna correspondencia con los elementos de nuestro espíritu.

Nos esforzaremos por compaginar las sugerencias del mundo y las de la propia conciencia y lo que surja de la armonía de ambas, será la expresión de la verdad.

Desde luego, todas las soluciones son revisables, la ciencia va progresivamente analizando y estudiando nuevos factores, fuerzas nuevas que, al asimilarse, al entrar en relación con lo ya conocido, vienen a cambiar el tono medio, a bajar el centro de gravedad y acercarlo a la base de sustentación, a dar un nuevo carácter a la composición y una mayor firmeza a nuestra creencia.

No tenemos categorías mentales ya constituídas y acabadas para interpretar las impresiones que lleguen a la conciencia, esas categorías van integrándose y formándose a medida que se amplía la experiencia; pero, por otra parte, la progresiva complicación y perfeccionamiento de nuestra acuidad mental, si así podemos llamar la integración totalizada de tales categorías, la hace más rica, nos proporciona elementos más sutiles é íntimos, lo cual de nuevo influye sobre la situación de nuestra capacidad perceptiva. Ese flujo y reflujo origina una compenetración cada vez más íntima entre los elementos cosmo-bio-psíquicos, un equilibrio cada vez más fino entre los conjuntos que vibran en el universo.

Esta compenetración y equilibrio, es conveniente decir, que se verifica dentro del individuo, en el cual se refleja todo lo que existe.

Intentaremos, pues, sorprender un momento fugitivo de este proceso de equilibración infinita, llamaremos los hechos que nos denuncia la ciencia y los correlacionaremos con los que nos denuncia la conciencia procurando establecer los términos que mejor precisen su acuerdo. Procuraremos no ultrapasar los límites que nos señala la percepción y en nuestras concepciones desecharemos aquéllas que no puedan ofrecer un substractum perceptivo. La humanidad ha acogido de buena fe, como monedas de ley multitud de prejuicios que no tienen ninguna base real, que se han incrustado en la experiencia social, como valores representativos de algo real y positivo. La filosofía crítica y positiva, ha desmascarado ya a muchas, disipando su falsa apariencia, pero la depuración no ha sido total, podemos decir que apenas si ha pasado de la superficie. Es necesario, entonces, proseguir en la labor depurativa, haciendo una crítica y rectificación más amplia hasta que el hombre se sienta en su lugar, sin más ni menos seguridad que la que derive de la conciencia de su propia situación.

Empezamos por interpretar los datos más simples e inmediatos de la conciencia.

Contemplo un paisaje cualquiera. ¿Qué veo? Objetos, cosas, dice el vulgo; en realidad estoy frente a sensaciones visuales, (color, forma, etc.) auditivas, musculares, etc. Si infiero un substractum objetivo, doy un salto en el vacío. ¿Con qué materiales construyo ese concepto? Mis facultades pueden trabajar con lo que tienen, pueden transformar y combinar sus propios recursos, pero está fuera de sus capacidades crear otros nuevos. Convengamos, entonces, que objetos, cosas son palabras, símbolos que nos representan núcleos de sensaciones, signos que hemos consagrado porque prestan servicios in-

apreciables, porque facilitan nuestras sistematizaciones y economizan nuestras energías.

Ahora, ¿que son esas sensaciones de color, forma, etcétera? Cuando los rayos solares caen sobre un objeto, parte de ellos son absorbidos y parte reflejados; si inciden éstos sobre nuestra retina, nos dan una impresión de color. Decimos, por ejemplo, que la hoja tiene color verde, porque refleja lo verde de la luz y absorbe los otros rayos; en rigor deberíamos decir que la hoja tiene todos los otros colores, lo verde más bien sería un color negativo. De todas maneras, nuestras sensaciones de color, no reproducen las radiaciones solares, son traducciones subjetivas de ellas; hemos simplemente adoptado un lenguaje convencional específico, para significar y expresar las diversas radiaciones solares, a las que somos sensibles. Pero hay muchos factores que hacen cambiar nuestras impresiones sobre el color de los objetos: el alejamiento, el contraste, la rapidez de la sucesión, un medio coloreado, la aceleración o retardación del ritmo vital como indicábamos en el capítulo I, la ictericia, la mayor o menor convexidad del cristalino que aleja o acerca el poder visual, etc.

Podemos concluir, que lo que lo que llamamos color de un objeto, es la expresión que en ciertas circunstancias, que por ser las más generales, las llamaremos normales, nos producen ciertas radiaciones solares; una variación en la impresión, en el sentido de alejarse de las circunstancias normales subjetivas u objetivas llevaría una radical perversión de nuestra aperccepción. En otras palabras, nuestras sensaciones de color definen una de tantas posibilidades de relación entre las energías del individuo y el mundo.

La sensación de figura es función de la de color

y de la conciencia de la corrección y compaginación que hacemos con el testimonio de otros sentidos y la razón. La vista no nos denuncia más que colores, pero la experiencia nos ha hecho asociar a ciertas tonalidades o gradaciones de color por las constataciones de los sentidos muscular y táctil, la conciencia de figuras determinadas; una perspectiva por accidentada que fuera, si no presentara variaciones en el color, sería para nosotros algo indistinto y uniforme. La vista por sí misma ve todo en un solo plano, todo lo de más inferencia de nuestro espíritu. La evolución concordante de la experiencia ha establecido valores equivalentes entre los sentidos, y la composición de ellos, es lo que constituye nuestras aparentemente simples sensaciones de figura. En un cuadro pintado, creemos ver los objetos con el relieve y dimensiones que tienen en la realidad, porque se han observado fielmente todas las condiciones a que se asocia cierta conciencia de figura, de tal manera, que es necesaria una nueva rectificación para percatarnos de la bidimensionalidad del cuadro.

Como la sensación de color, la de figura sufre una total perversión con la distancia, (recuérdese la apariencia de las nubes) con la mediación de ciertos instrumentos, como el caleidoscopio, microscopio, telescopio, con el contraste, etc.

La dimensión es igualmente resultado, de una composición de sensaciones, de una relación determinada entre diferentes datos sensoriales. Cualquier cambio en las condiciones subjetivas u objetivas, lleva consigo la desnaturalización de la misma; el microscopio extiende lo que es inextenso a simple vista, el antejo acorta las distancias, ciertas enfermedades de la vista originan la ruptura de la antigua relación, haciendo necesario el estableci-

miento de un nuevo equilibrio. Es clásico el ejemplo del picapedrero que, después de una enfermedad de la vista tiene que soportar en los dedos el golpe del martillo hasta que educa de nuevo su brazo, acordándolo con el nuevo poder localizador de los ojos.

Las sensaciones auditivas nada se parecen a las vibraciones del aire que las ocasionan, son repercusiones orgánicas que distan grandemente de los movimiento sonoros que simbolizan.

Si nos acercamos a los cuerpos y los sopesamos, ¿qué se observa? Sensaciones de peso, dureza, etc.

La de peso es originada por el influjo de la atracción terrestre y la presión atmosférica. La supresión o variación de las mismas originaría la pérdida de la capacidad sensitiva de tal cualidad. La revolución que llevaría a nuestra vida es indescriptible; nuestra conciencia sufriría también una gran desorientación. También influyen sobre la sensación de peso muchas otras causas: el medio, la corpulencia del animal, etc.

Otras cualidades que el tacto y la mano denuncian como espesor, resistencia, suavidad, etc., pueden ser comprendidas por la palabra estado de los cuerpos. ¿Qué determina los estados indicados?

Un especial grado de condensación, que es función de determinados factores, sobre todo el calor. Un aumento considerable en la temperatura ambiente, haría que el agua perdiera su liquidez y se convirtiera en vapor y que los cuerpos sólidos se convirtieran en líquidos y gaseosos; así como un descenso de la temperatura liquidaría el aire y quizá lo solidificara, de la misma forma que solidificaría el agua. El mundo sería un paramo donde nada podría moverse y vivir.

Nuestra mentalidad no hace más que concretar,

expresar un estado de los muchos posibles en términos convencionales específicos; una oscilación de nuestro planeta, una separación brusca de la modalidad que caracteriza el estado presente, disiparía todo el armatoste de nuestros conceptos y los haría vacíos e inútiles.

Pero, puede decirse, supongamos tal disipación del universo en partículas gaseosas; el hombre se daría perfecta cuenta de ellas y comprendería de igual manera el universo.

No es cierto; primeramente en tal estado no habría inteligibilidad posible, además, tal comprensión la suponemos hecha con nuestras facultades actuales que están moldeadas para el mundo que nos rodea; pero aun suponiendo que revestidos de nuestra inteligibilidad actual, hallámonos en presencia de esas moléculas, átomos, electrones, etc. ¿Qué podemos afirmar de todo eso? No podemos tomarlas sino como unidades mentales, como los más simples elementos psíquicos indescomponibles en otros; una afinación mayor de nuestro poder discriminador, una hiperpotencia nos llevaría a elementos más simples: subelectrones, etc. ¿Serían éstos los elementos constitutivos de la realidad? ¿La agotarían? ¿Quién nos lo dice?

Estamos bloqueados por nuestra misma constitución que muestra su impotencia, tan pronto como quiere romper el cerco intangible de lo extra subjetivo. Somos como aquellos dioses índicos condenados a devorar continuamente sus entrañas; nos revolvemos y esforzamos por captar la misteriosa deidad que se esconde tras el velo de nuestras sensaciones y decepcionados después de cada avance, hemos de resignarnos a contemplar elementos de nuestra propia substancia.

Las variaciones del factor subjetivo hace variar

la apreciación de los estados descritos; naturalmente, nuestra zona es muy reducida y sólo podemos notar oscilaciones pequeñas, pero sin ninguna violencia, podemos llevar más allá el límite de nuestras suposiciones e imaginar las consecuencias que originaría la desorbitación de los factores subjetivos.

La sensación de calor depende, igualmente, del estado constitucional del sujeto. Lo que nos parece caliente, podemos en otras circunstancias sentirlo como frío. Podemos suponernos viviendo en temperaturas que ahora no podemos soportar. Mas aún, si la temperatura ambiente fuera siempre uniforme y adaptada a nuestra constitución, no llegaríamos ni a sospechar la existencia de tal energía; si fuera inadecuada y desproporcionada, sufriríamos un malestar permanente, cuya causa no podríamos adivinar. Las oscilaciones térmicas que continuamente experimentamos y la variedad de temperaturas que podemos producir, nos han advertido la existencia de tal factor, sin revelarnos su naturaleza.

De todas maneras, nuestra conciencia de calor dista mucho del calor en sí; los elementos de aquella no tienen más que substancia mental, son símbolos que ningún parecido tienen con la causa determinante.

Analicemos la sensación de movimiento traslatario. Sucesivamente movemos los pies e inscribimos en nuestro registro mental la vaga sensación de los repetidos esfuerzos musculares. Esto es sólo una rueda. Simultáneamente recibimos la impresión del campo visual que gira, trayéndonos cada momento una nueva impresión. Constituye la segunda rueda, sobre ambas se funda nuestra sensación de movimiento. La falta de alguna de ellas si no es suplida por alguna otra sensación de referencia, es inca-

paz de determinarla. Es, por tanto, una sensación más compleja que resulta de la compulsación de varias escalas sensoriales.

En resumen, las sensaciones examinadas nos revelan la existencia de dos escalas correlacionadas: una subjetiva y otra objetiva; la variación de cualquiera de ellas, lleva consigo una variación en el resultado o en el carácter de la sensación.

La subjetiva comprende la totalización de aportes de la herencia específica y la educación individual. La contribución de la educación individual, no es tan fundamental como la de la primera, diríamos que es como el brote terminal de una planta con relación al tronco y ramas fuertemente consolidadas; sin embargo, las fluctuaciones y variaciones de la experiencia individual, hacen que las sensaciones externas tengan en cada hombre un matiz diferenciado, que es un insignificante, pero elocuente indicio de la verdad de nuestra interpretación.

Si de estas sensaciones que proyectamos al exterior, pasamos a examinar las de esfuerzo, contacto, movimiento, etc., que localizamos en nuestro cuerpo, podremos, igualmente, observar que son expresión de relaciones. Si advierto el movimiento de cualquier parte de mi cuerpo, es porque, previamente, he caracterizado todas las partes, porque lo he explorado cuidadosamente, interpretando con el testimonio de otros sentidos, las manifestaciones de cualquiera de ellos; todas las sensaciones han hallado en las otras los términos que las han caracterizado y definido, el correctivo que les ha dado una ubicación congruente y propia.

Si siento la extensión del brazo, es porque la sensación muscular que advierto, la he asociado a sensaciones visivas y táctiles que realizan lo que entiendo por movimiento, sin este cortejo asociativo,

sería aquélla un grito en el vacío. Lo mismo sucede con todas las otras sensaciones.

Las sensaciones cenestésicas más íntimas todavía, son como el sordo e impreciso murmullo con que repercute en el cerebro la funcionalidad del organismo, a veces son sensaciones negativas, otras veces se presentan con cierto relieve positivo y son exaltativas o depresivas del tonismo vital. El contraste las ha diferenciado y las ha denunciado a la conciencia.

Si pretendemos interiorizarnos más, llegamos a lo que podemos llamar la médula, el eje de nuestra personalidad.

¿Cómo aparece ésta? ¿Cómo nos contemplamos a nosotros mismos?

Aparecemos como el centro donde convergen y se acuerdan todas las relaciones estudiadas. Somos una suprema compulsación. Los núcleos sensoriales se forman por la armonización de datos e informaciones que proceden de algunas fuentes, estos diversos núcleos se influyen y componen entre sí, se riman y funden en una suprema unidad que no sólo totaliza las impresiones del mundo y del propio organismo, sino que las corrige y regula, componiéndola con las formaciones antiguas.

Cada momento de nuestra vida describimos un plano de equilibrio; la memoria (sentido biológico) y el mundo (sentido indicado) dan al chocar el tono del momento, y la sucesión de todos estos tonos o momentos, es lo que constituye la evolución del yo.

Si lanzamos una mirada retrospectiva a través de las múltiples y sucesivas estratificaciones que han integrado nuestra personalidad, podemos observar ésta como penetrando a través de los mismos. Es imposible precisar la corriente longitudinal que describe

y apenas nos la dejan adivinar los estados representativos que descubrimos alineados, formando el escenario en que ha evolucionado y los medios en que se ha nutrido; podríamos decir que es el eje que penetra zonas más o menos luminosas, y del que no contemplamos con claridad más que el punto terminal que corresponde al momento presente.

Es difícil decir en qué punto empieza y termina el yo; generalmente, consideramos como yo, lo que limita nuestro tegumento externo, pero con qué derecho establecemos esa zona divisoria? Hemos visto que lo que llamamos exterior, mundo, es un conjunto de relaciones, como lo que llamamos nuestro cuerpo; tan desconocido nos es lo uno como lo otro, Nuestra comprensibilidad termina siempre en relaciones, más o menos finas, nunca puede penetrar más. Hemos tendido hilos conductores a través de nuestro cuerpo y del mundo y sentimos ser la estación unificadora de todas las sugerencias que llegan. Es lo que sabemos de nosotros, nuestra íntima naturaleza es un quid absolutamente desconocido. El contraste que establecemos y encontramos entre las sensaciones, la relación en que nos encontramos con las que constituyen lo que hemos llamado lo exterior, es lo único que ha servido para destacarlos y darnos un particular relieve, así como hemos formado el concepto de un color, porque se destaca y contrasta con otros, aunque ambos nos son igualmente desconocidos. Cada uno de nosotros es el eje del mundo, porque todo lo sentimos gravitar a nuestro alrededor, porque nos sentimos como el núcleo que condensa y centraliza la multiplicidad de relaciones constitutivas del mundo.

Nuestra posición no puede por eso confundirse con la antigua posición antropocéntrica, ni con la idealista, pues si bien nos consideramos como cen-

tros, tenemos en cuenta que formamos parte de un sistema más amplio, en el cual concordantemente con otros muchos, estamos sumergidos y anodados. Nuestro espíritu puede igualmente considerarse como el eje, alrededor del cual todo se mueve.

La ciencia obliga a rectificar nuestras apreciaciones, dándonos puntos de vista, desde donde podemos contemplarnos, equidistantes de otros núcleos, con los cuales hemos establecido la complicada red en que hemos aprisionado el universo y a nosotros mismos.

Progresivamente vamos avanzando en la zona de lo desconocido, proyectando cada vez más lejos los rayos de nuestra penetración y estableciendo relaciones más finas entre los elementos concurrentes. Nuestro progreso se hace en dos direcciones: en una dirección centrífuga, en un sentido de avance y de conquista y en una dirección centrípeta, de sistematización y organización de nuestras conquistas. El primero trae a nuestro radio de acción nuevos y más lejanos elementos, el segundo extrema sus análisis, estableciendo cada vez relaciones más finas.

Un ejemplo aclarará el pensamiento: espacialmente avanzamos en el primer sentido, extendiendo nuestra visión a zonas cada vez más lejanas con el auxilio de telescopios poderosos, y temporalmente las investigaciones paleontológicas y geológicas retrotraen el límite de nuestra visión a tiempos más lejanos.

Por otra parte, avanzamos analizando con más potentes microscopios y otros instrumentos los cuerpos y descubriendo elementos progresivamente menos complejos: partículas, moléculas, etc., y temporalmente, anotando momentos cada vez más insignificantes.

Debemos advertir que los elementos que sucesiva-

mente vamos alcanzando, están todos al margen de lo real; son percepciones cada vez menos complejas, son elementos psíquicos cada vez más simples de los cuales no hemos de pensar que agotan la realidad, ni siquiera que se acercan más a ella. El hombre tiene su psicofera y puede ampliarla indefinidamente, sin que por eso pongamos en peligro la barrera que guarda lo real.

Las ampliaciones que en nosotros se hacen, apartándonos del nivel medio, quizá para otras estructuras biodinámicas, sean lo normal, y los límites máximos alcanzados por ellas en sus oscilaciones, se acerquen por un lado a lo normal nuestro y por otro alcancen a donde nosotros no podemos llegar. Los insectos ven cómo extremadamente grande lo que para nosotros es de una magnitud regular, y quizá para ellos, es regular lo que nosotros no podemos ver por ser extremadamente pequeño. Todos los animales, de acuerdo con sus condiciones de organización, tienen un área de oscilación, se mueven en todo sentido dentro de límites que podemos llamar máximum y mínimum con un punto óptimum, donde su actividad refleja el más perfecto equilibrio entre la capacidad subjetiva y la naturaleza del objeto. Este punto óptimum no es idéntico en todos, varía en cada especie de acuerdo con la condición bio-psico-dinámica de las mismas.

Después de haber disuelto el mundo y establecido el valor y significado de nuestras sensaciones, estamos en disposición de abordar el problema de la realidad.

Concluiremos que lo real existe tras las sensaciones y que se nos revela y manifiesta por medio de ellas, como ha dicho el realismo?

No tenemos derecho a suponer tal substractum. Los únicos materiales de que disponemos, son sen-

saciones, como hemos visto, hechos psíquicos, exterioridades si así queremos decir, pero la existencia de esas substancias ni de algo que nos autorice a suponerla o inferirla, no se nos ha revelado; no hemos podido atravesar la frontera de lo psíquico, de ahí que todas nuestras conquistas en ese reino, son enteramente ilusorias. Los hábitos mentales que el juego de la experiencia ha creado, nos impulsan a superar nuestras integraciones con otras más complejas, pero la legitimidad de nuestra tendencia, termina cuando queremos salir de nuestros dominios.

¿Concluiremos, por el contrario, que lo único real es lo subjetivo, que todo lo que existe son elaboraciones del sujeto, como quiere el idealismo?

Tampoco. La evolución de lo psíquico no puede ser casual, debemos creer que es provocada por algo exterior; los estados o formas psíquicos no pueden explicarse por la inmanente y lo mismo los diversos estados del conocimiento filogenéticamente considerado; así nos lo revela la continuidad e intensidad creciente del mismo en el hombre y en la serie animal. Por otra parte, nada impide que supongamos núcleos de condensación y centralización de relaciones como nosotros y complejos de sensaciones y elementos sensoriales, como lo que vamos descubriendo a nuestro alrededor, para esta inferencia estamos capacitados, puesto que al hacerla, no salimos del radio humano y aprovechamos elementos que están a nuestra disposición. Para terminar lo referente al idealismo, transcribiré las siguientes palabras del doctor Jakob: "No podemos aceptar que sólo en nuestro dinamismo psíquico existe la base para la formación del conocimiento, para mí los otros son objetos ya, el Yo del año pasado, el de ayer, es objeto también; viviríamos sus-

pendidos en el aire, lo sólo real y existente, sería el Yo actual, lo cual, es absurdo”.

¿Qué es entonces la realidad? La única realidad inmediata son las sensaciones en que hemos descompuesto lo que nos rodea, esto es las expresiones que traducen la repercusión del mundo en nuestro dinamismo.

De las sensaciones hemos hecho un riguroso análisis persiguiendo las más simples y universales, sin haber agotado ni aproximadamente el proceso reductor, y hemos considerado éstos como la base que sustenta y constituye todo lo existente; las sucesivas investigaciones nos llevarán a elementos más simples, menos comprensivos y más extensivos y de nuevo serán consideradas como los elementos últimos, y así proseguiremos nuestra marcha. Sin embargo, las sensaciones pertenecen al sujeto, el cual como hemos indicado, no absorbe todo; hemos, entonces, de buscar en el significado objetivo de las mismas, la clave que ha de explicar la realidad.

Las sensaciones son reflejos mentales de interfe-rencias, de relaciones bio-cósmicas; debemos, por tanto, concluir que las relaciones son la única realidad. Ellas soportan la ilusión de algo interno que sustenta los accidentes, como dirían los escolásticos, y la razón única de las apariencias que nuestras facultades forman. Si de un golpe pudieran trastornarse las disposiciones y relaciones existentes, como mentalmente hemos tentado hacerlo, el mundo se disiparía, se convertiría en un montón de ruinas amorfo y desordenado. (Según nuestra mentalidad actual). El caleidoscopio nos ofrece una lejana semejanza con el mundo. La forma y carácter que presenta lo existente tan en armonía con nuestros hábitos y gustos, son debidos a la especial disposición de los elementos, como los que se obser-

Si recapacitamos un poco, nos daremos cuenta de la suma elasticidad del Yo. Podemos agrandarnos, agregando zonas, concéntricas, incorporando partes del mundo con las cuales podemos establecer vínculos de solidaridad; podemos, por otra parte, estrecharnos, desprendernos, de lo que, generalmente consideramos como nuestro, reducirnos al cerebro y aún más todavía. “El Yo, como el alma de los metafísicos, dice Pearson, desaparece del cuerpo y se concentra en la conciencia. El Yo asentado (metafórica no físicamente) en el centro telefónico del cerebro recibe una infita variedad de mensajes que podemos solamente suponer que llegan al Yo, precisamente, de la misma manera.” (2).

Podemos concluir que el mundo es una creación del sujeto y éste un resultado, una función del mundo. Parece un círculo vicioso, pero en la vida psíquica y social, observamos miles de hechos, que no sólo aclaran, sino que lo fundamentan mostrando su racionalidad.

El sujeto ha avanzado y se ha integrado escurriéndose por determinados límites de una serie de escalas cósmicas: de densidades, de temperatura, de cuerpos químicos, rayos luminosos, etc. La presión de éstas le han comprimido y moldeado como la raíz de la planta es deformada y obligada adoptar caprichosos giros, por la presión de las piedras que encuentra en su camino.

Si los factores entre los cuales se desarrolla la vida se ponen como abscisas y ordenadas la vida describirá una curva con pequeñas ondulaciones determinadas por el nivel medio que adopte, obligada por las oscilaciones de los factores cósmicos y biológicos.

(2) Gramática de las ciencias. Cap. V, pág. 1.

diendo un equilibrio dinámico cada vez más amplio y compensado.

En resumen, el mundo es el conjunto de sensaciones que dimanar tanto del exterior como de nuestro organismo, y el sujeto es el punto donde se interrelacionan y combinan (no se suman); como querían algunos filósofos del renacimiento italiano, el mundo es una esfera infinita cuyo centro, que somos nosotros, está en todas partes y cuya circunferencia no está en ninguna.

Hemos establecido las relaciones como elemento último de lo existente, para acallar la natural pregunta que surge sobre qué es lo que se relaciona, procuraremos superar la experiencia con una hipótesis.

Lo que se relaciona es la energía. La energía no es un fruto de nuestra percepción, sino un concepto legítimo, en cuya elaboración entran elementos que la percepción proporciona, que brotan de las impresiones sensibles.

Podríamos considerar el mundo como un complejo de energías en constante y rítmico desplazamiento, dentro del cual, una multitud de sistemas energéticos se hallan animados de idéntica movilidad.

El mundo forma parte de un sistema más vasto de energías. Los objetos y cosas que percibimos serán formados por la combinación de elementos energéticos; la infinidad de formas y caracteres que presenta, es un fruto de las combinaciones a que pueden dar lugar. La disposición combinatoria de los elementos ha constituido entidades autónomas que presentan caracteres distintos y están dotadas de un movimiento rítmico característico. Prescindamos de los caracteres morfológicos que, quizá, sean una consecuencia de los otros.

El mundo será formado por un conjunto o multitud de condensaciones energéticas que, como conse-

ben vislumbrarse de cualquier serie intermedia, que se tome como punto de referencia.

A la serie animal y al hombre corresponde un lugar en la escala por la frecuencia de sus rítmicos desplazamientos, aunque en los organismos vivos está el agregado de la memoria y la herencia que duplica o mejor multiplican y componen varios ritmos a los que podríamos llamar específico, individual y orgánico o vital.

Considerado lo existente desde nuestro punto de vista, medido con el módulo que describe y establece nuestra propia constitución, en infinita gradación se extienden los coeficientes de la relación cósmico vital, con que traducimos esa poliformidad de sensaciones o de objetos, si se quiere, que nos rodean. Lo que llamamos materia no es sino energía que oscila con tan desesperante lentitud, que nos da la ilusión de la absoluta inmovilidad; nosotros nos movemos, describimos nuestros ritmos orgánicos, seguimos nuestra órbita individual y específica y ella apenas si ha cambiado; concluimos que es inerte, en lenguaje filosófico queremos decir: incapaz de seguir ni de lejos, nuestro curso. En cambio, la luz, la electricidad, el calor, vibran con tanta rapidez, que nos sentimos incapaces de seguir su veloz carrera y sólo agrupando, reteniendo, componiendo sus minúsculos o infijables contribuciones, podemos caracterizarlos y aprovecharlos. Otras muchas cosas: los astros en sus movimiento externos, vegetales, animales tienen ritmos más concordantes y aproximados al sistema de nuestros movimientos.

De la relación entre nuestros ritmos y los ritmos de las energías ambientes, surge el conjunto de nuestras sensaciones y, por lo tanto, nuestro mundo; un resorte que se aflojara, una variación cualquiera en los términos relacionables, una aceleración o retarda-

pesar de nuestra pretensión de encerrarlo todo en el limitado molde de nuestras facultades y de calcular infantilmente la magnitud y duración de las cosas por nuestra propia medida, no somos sino reducidos y efímeros instantes de una escala infinita, nos revestiremos de una gran prudencia al asignar valor a nuestros conceptos; sin embargo, las oscilaciones que en nosotros observamos como consecuencia de ciertas influencias, por pequeñas que sean, son lejanas sugerencias, son remotos, pero seguros indicios que nos denuncian el plan cosmo-bio-psíquico, son el hilo de Ariadna, que nos permite sondear y penetrar en el oscuro laberinto de la realidad, de la misma manera que el astrónomo observando un insignificante arco descrito por un planeta calcula toda su órbita.

Después de haber determinado, que es la realidad, y señalado el significado, el verdadero valor del mundo y de nosotros, nos sentimos autorizados para tentar la solución del problema del tiempo. Es lo que vamos a hacer, procurando concretar lo que resulte de la armonización y concordancia de nuestra experiencia y observación interna con la consecuencia que fluya de la doctrina enunciada.

El tiempo debía surgir, estaba decretado que se constituyera tan pronto como se diseñan las primeras organizaciones vivientes y sobre el mundo inorgánico se elevan los primeros seres vivos. La capacidad de acumular experiencia y fijarla de alguna manera, la posibilidad de conservarse idéntico en medio de los sucesivos encuentros, diremos así, entre la energía individual y las cósmicas y penetrar las sensaciones que determinan, es una preparación y antidatación de la construcción que debía erigirse después.

El tiempo es algo nuestro, una construcción eminentemente humana, un símbolo como lo son todas nuestras sensaciones y conceptos; pero como ellos no ha nacido espontáneamente del seno de nuestro espíritu, sino que ha sido determinado por el juego de una serie de factores, el conjunto de los cuales y su interrelación ha de establecerse para llegar a penetrar el verdadero significado de nuestra noción.

Hemos dicho que la energía se ha combinado en todos sentidos y ha formado la diversidad de objetos que constituyen el mundo. Cada uno de ellos ha definido como consecuencia de su especial estructura, una ley, a la cual se somete y responde en su evolución, aunque todos deben permanecer fieles al primitivo ritmo y responder concordantemente al plan general.

Si suponemos una caótica y homogénea materia primitiva, habrán surgido de ella multitud de partes que se habrán subdividido y especializado, constituyendo condensaciones cada vez más alejadas, aunque siempre acopladas a las primitivas.

Supongamos una esfera, dentro de la cual, se forman y especializan varias otras que marcan su propio rumbo y señalan sus propias leyes, aunque sometándose a las leyes de la primera, y que dentro de esta segunda, se constituyen otras y dentro de estas otras y así sucesivamente llegaremos a una última, cuya permanencia y estabilidad no estará garantizada y afirmada, sino por la precisa sujeción a las leyes de todas las demás.

Tentaremos llevar nuestra posición al terreno de los hechos. De la primitiva masa cósmica, se desprenden los planetas, los cuales si bien se constituyen con leyes especiales que nacen de su constitución y posición, quedan fieles a las leyes más generales de la energía.

gánicas y se han entonado y polarizado en el sentido de las mismas.

La complicación del dinamismo A es cada vez mayor y sus progreso se realiza en el sentido de una adaptación más fina a las condiciones ambientes, de un aprovechamiento y conducción más económica de la corriente universal de energía; diríamos que como los instrumentos músicos, dispone sus moléculas de modo que puedan las vibraciones cósmicas resonar con mayor nitidez y sonoridad.

La energía que emite A vuelve al mundo que de nuevo la hace incidir al mismo; revela el proceso de circulación de la energía; transformamos al ambiente que de nuevo vuelve sobre nosotros y nos transforma para continuar así indefinidamente en un proceso de creciente afinación, de constante superación.

De estos sistemas energéticos con quienes estamos en fase o de quienes somos función, hay algunos cuyo ritmo es tan amplio que envuelve y comprende la vida de toda la especie; la armonización con éstos está ya hecha, mecánicamente estamos ya adaptados. Antes de organizar por la experiencia individual ningún sistema correlacionador, existen ya en forma de reflejos e instintos y en nuestra misma organización plasmática todo un mundo de energías retratado y estereotipado.

Hay otros sistemas cuyos ritmos caben dentro del proceso de nuestra existencia, algunos de ellos se han fijado en nuestra misma organización estableciendo cerrelativos cambios constitucionales. otros los hemos aprendido por experiencia personal. En estos ritmos hemos suspendido materialmente hablando, nuestro tiempo; dado su carácter nos ha sido fácil hacer una escala compulsándolos con los

ambiente, acerca éstas, tentando repetidamente un mayor acuerdo que se verifica progresivamente a medida que de nuevo vibran sonoras en nuestros dinamismos y son lanzadas a, donde han partido para repetir su porfiada tentativa. De esta manera nos devanamos, persiguiendo un quimérico y al mismo tiempo único real ideal.

El individuo no es más que el portador de las energías específicas y, mejor aún, orgánicas; a través de la especie hemos ganado en conductibilidad orientando y disponiendo nuestro ser para un aprovechamiento más económico de las energías, como la misma materia inorgánica dispone sus moléculas de la manera más conveniente para la realización de una función que repetidamente ha tenido que efectuar; hemos ido limando las asperezas del cauce eliminando todo obstáculo que implica un derroche de energía.

La naturaleza obra ciegamente, el desorden más espantoso es fruto de sus fatales extravíos, de su atolondrado proceder, envía mil para que llegue uno, trunca despiada los resultados de mil tentativas y esfuerzos tornándolos fracasados y estériles; el hombre es el encargado de hacerla entrar en razón y sujetarla a las leyes de la lógica; vamos buscándole la vuelta, captando y descubriendo sus ocultas rutas y ritmos para ponernos al abrigo de los mismos. Nuestra mentalidad ha surgido de la naturaleza, pero al mismo tiempo se impone a la misma, llevándola por nuestros caminos al orden y a la economía.

El instrumento de que nos servimos en esta tarea armonizadora es el tiempo. Nuestros ritmos con los ritmos de las energías ambientes permiten por su compulsación desprender un módulo, con el cual

formarían totalmente diferente; de ahí que la duración, en absoluto, no existe; decimos al referirnos a millones de años, que es una duración larga y nos encojemos de estupor cuando hemos de referirnos a duraciones menores que un segundo; pero nuestros asombros son infantiles e infundados, carecen en absoluto de valor, porque estas apreciaciones son hechas desde el limitado punto de vista de nuestra constitución humana. Ya indicábamos en los primeros capítulos que en un segundo podría encerrarse toda nuestra vida y, en cambio, un millón de años podría pasar como un instante minúsculo o inexpresivo; depende todo del objetivo a través del cual, se contempla el flujo de la existencia.

Dentro del mismo individuo no tiene tampoco un valor absoluto y definitivo; continuamente oscila la tensión protoplasmática del mismo y consiguientemente lleva el coeficiente de la relación constitutiva del tiempo una pequeña variación que se traduce por la diferente apreciación. Esto explica porque lo sentimos diferente, según las circunstancias del momento, de la edad, etc., y porque no es idéntica en todos los individuos.

Nuestra solución no hace, sin embargo, sino retroceder la dificultad, no sacia nuestras ansias escrutadoras. Porque podemos preguntar: ¿Qué hay más allá de la energía? Y suponiendo la eliminación o el completo equilibrio entre ella, ¿a qué quedaría reducido el tiempo? ¿Qué correspondería a nuestro concepto de duración?

Nuestros prejuicios están tan arraigados, nuestra fe en el valor de los conceptos es tan firme, que no nos satisface plenamente el decir que son estos problemas humanos, que caben y se justifican sólo

legio de sostener y articular toda nuestra vida psíquica.

Será el espacio únicamente una condición de nuestra sensibilidad, un resultado de nuestra constitución? Indudablemente es una formación nuestra, una consecuencia de las posibilidades de obrar que nos impone la naturaleza de nuestro espíritu, el cual, debido a su monodeísmo, tiene necesidad de desenvolver y extender sus sensaciones para concentrarse y ocuparse sucesivamente de las mismas; pero como el tiempo tiene su correlativo fuera del sujeto.

Núcleos de condensaciones energéticas constituyen y llenan el universo, el individuo aprende a individualizarla y distinguirlas, confrontando y comparando las influencias que de ellas recibe, las cuales serán función de su potencial energético y de la distancia o de la cantidad de resistencias intermedias que hayan de vencerse. El espacio nuestro será, entonces, una escala de los coeficientes de la relación entre la composición de aquellos factores y el tono energético del individuo.

Esta escala como la temporal se ha hecho de acuerdo con el patrón humano y es sensible a todas las oscilaciones que registra la energética del sujeto, si bien su área de variación resulta siempre reducida a causa de que aquéllas son poco notables.

El valor de nuestro espacio tiene el mismo carácter de relatividad que el tiempo. La apreciación de las dimensiones espaciales como la de la duración, es función de cantidades variables. No podemos erigirlas en valores absolutos, porque equivaldría a inmovilizar lo existente y afirmarnos como árbitros de su naturaleza.

Hemos dicho que el mundo es un conjunto de

entre percepción y concepción, no critica sus creencias y le parece natural exigir una respuesta categórica a la pregunta que incesantemente muerde su curiosidad.

La filosofía antigua se ha hecho eco de la misma preocupación y ha consagrado a su estudio parte de sus desvelos. La formación y depuración de la idea de Dios le agregó una mayor importancia, porque había necesidad de revestirlo de propiedades inaccesibles a las criaturas y la infinitud resolvía el problema. Determinó ésto, un amalgama entre ambos conceptos y de ella salieron los dos depurados y definitivamente formados.

Boecio puede considerarse como típico representante de esta orientación. La definición que da sobre la eternidad por el hecho de ser la adoptada por la mayor parte de los filósofos que nos ocupan, es la clásica expresión del concepto ya influenciado por la teología.

Según Boecio la eternidad es “*interminabilis vitae tota simul et perfecta possessio*”, esto es: posesión perfecta y total de una vida interminable.

La filosofía contemporánea, había de explicar el misterio y establecer el fundamento en que reposa la pretensión vulgar, aunque como dice Spencer, no había de hacerla vicilar, ni prácticamente desterrarla.

La definición de Boecio expresa un concepto absurdo que pugna con lo que la Biología y la experiencia cotidiana nos han enseñado. Es uno de esos conceptos fabricados con cantidades negativas, sin nada positivo adecuado que pueda garantizar la legitimidad de su contenido, pertenece a la categoría de los conceptos circulantes sobre espíritu, alma, Dios, etc., que, a pesar de su vacuidad, se apoderaron de la humanidad, arrogandose la dirección

vos límites, que como por encartamiento van descorriéndose sin dejar adivinar la posibilidad de establecer su fin. “Hay una forma vulgar y, por desgracia, muy común de ciencia emocional, que hace contrastar la infinitud del espacio y el tiempo con las capacidades finitas del hombre, Como ejemplo instructivo de esta concepción podemos tomar el pasaje siguiente de los escritos de vulgarización de conocimientos astronómicos, debidos a un hombre de ciencia muy conocido: “¿Puede ser verdad que estos globos múltiples sean realmente soles majestuosos que corran hacia una espantosa profundidad en el abismo del insondable vacío?”

“Pero después de todo, ¡cuán poco es lo que podemos ver aún con nuestros mayores telescopios, cuando lo comparamos con la total extensión del espacio infinito! Sea la que quiera la profundidad que nuestros instrumentos hayan sondeado, hay aún un más allá de extensión infinita. Imaginaos una esfera inmensa descrita en el espacio, una esfera de tan estupendas dimensiones, que pueda incluir al sol y su sistema, todas las estrellas y nebulosas y aún todos los objetos que nuestras capacidades finitas puedan imaginar. Sin embargo, después de todo, ¿cuál debe ser la relación que sostenga esta gran esfera con la extensión total del espacio infinito? Estará con ella en una relación de inferioridad infinitamente mayor que el agua de una sola gota de rocío con la de todo el Océano Atlántico?” (1).

Conocidos son los símiles con que los sombríos padres de la Iglesia se esforzaban por sensibilizar y mostrar la eternidad, a los empedernidos pecadores para llamarlos a penitencia.

(2) Pearson: Gramt. de las ciencias. Cap. V, pág. 11.

El símil del ave fatídica que secularmente venía a rozar con su ala la montaña de bronce y llegaba a arrasarla cuando todavía la eternidad permanecía incólume, o de aquel angel impoluto que de tiempo llegábase al mar y llenaba de agua el hoyo de la mano y lo agotaba cuando la eternidad no daba muestra de cansancio, llevaba una ráfaga de pavura a nuestros medrosos corazones de niños, que, abrumados por tan desproporcionada carga, se sentían presos de mortal estremecimiento.

No es condenable la explotación que los padres de la Iglesia hicieron de la falible condición humana, puesto que los guiaba el buen deseo de que los hombres mantuvieran a raya sus pasiones rebeldes y aseguraran la beatitud de su alma; pero sus comparaciones, expresión precisa de la creencia universal, revelan el capital extravío que aun en nosotros un oscuro instinto se esfuerza por perpetuar y mantener vivo.

Kant expone en la primera antinomia, la situación embarazosa que impone al hombre el hecho de que la experiencia, no mostrando más que partes limitadas del espacio y del tiempo y series causales inacabables, da lugar a que nos formemos opiniones contradictorias respecto a la limitación e infinitud del espacio y tiempo. En esta tesis y antítesis expresa las dos posiciones que adopta el entendimiento humano, las cuales por presentarse excluyéndose y con pretensiones igualmente atendibles, motivan una actitud expectante y suspensiva.

Dice la tesis: "El mundo debe tener un principio en el tiempo y límites en el espacio, pues no se puede pensar en una serie infinita como dato". Y la antítesis: "El mundo no puede tener principio ni límites, pues de lo contrario, sería preciso que a su

principio, haya precidido un tiempo vacío y que haya vacío fuera de él. Entonces ni el principio ni el límite serían comprensible, pues no puede haber diferencia entre diferentes momentos y entre diferentes lugares en el tiempo vacío y en el espacio vacío”.

La solución que después establece es, seguramente, la primera tentativa que el ingenio humano hace por descifrar y deshacer el pavoroso enigma. Para Kant, tesis y antítesis son falsas, porque derivan de la confusión del *noúmeno* y fenómeno. La refutación que hace de la antítesis merece ser transcripta, porque es la que directamente ataca la infinitud temporal y espacial que instintivamente pretendemos sacar a flote. “La antítesis se apoya sobre esto: si el mundo ha comenzado ha sido precedido de un tiempo vacío y si es limitado en el espacio, lo es por un espacio vacío. Ahora el espacio no es un objeto real que pueda ser percibido exteriormente, ni nada de correlativo a los fenómenos. El espacio no puede preceder absolutamente como una cosa determinada en la existencia de las cosas, porque él, no es un objeto sino la forma de los objetos posibles. Por consiguiente, las cosas como fenómenos determinan el espacio; esto es, que todos los predicados posibles (grandeza y relaciones) hacen que éstos o aquéllos pertenezcan a la realidad. Pero el espacio no puede recíprocamente, como una cosa que existe por sí, determinar la realidad de las cosas por relación al grandor o a la figura, pues que en sí no es nada real. En esto porque un espacio sea lleno o vacío puede bien ser limitado por fenómenos, pero los fenómenos pueden ser limitados por un espacio vacío fuera de ellos. Lo mismo debe decirse del tiempo: y añade

Kant: “Es incontestable, a pesar de esto que se debe necesariamente admitir estos dos no seres, a saber: un espacio vacío fuera del mundo y un tiempo vacío fuera del mismo, si se supone un término al mundo en cuanto al tiempo y espacio”.

Kant resuelve la antinomia con el auxilio de su hipotética cosa en sí; Bergson propone una solución que parece derivar de la kantiana, para él la corriente de la realidad es continua e infinita y se nos revela por intuición, por el contrario, nuestra vida consciente superficial, podemos decir es fabricada por nuestra inteligencia que solidifica la realidad en imágenes discontinuas y finitas, que fabrica objetos artificiales para conducirnos en la práctica; de esta manera resuelve la antítesis kantiana, agregando a la doctrina del maestro su misteriosa facultad de intuir. Nietzsche atribuye también a la necesidad, el fraccionamiento y distinción que hemos hecho de la realidad infinita y continua.

Los tres ponen el infinito en el sujeto, en la capacidad perceptiva del mismo aunque no un infinito realizado y acabado, sino un infinito potencial, como un proceso perseguido sin cesar; pero los dos últimos más afortunados que el primero lo extienden también a la realidad que descubren o atisban.

Tales soluciones, a pesar de revelar un gran progreso sobre la confusión y desorientación precedentes, no satisfacen, sin embargo, completamente; si bien la fórmula kantiana es una antidatación de la solución definitiva, porque sin explicar ni dar la razón del carácter subjetivo de nuestro concepto, concreta los términos que había de afirmar una más amplia experiencia posterior.

Hemos probado que definimos un punto en el

vacío sin más carácter ni consistencia que la que determina la composición de todas las relaciones que en nosotros se dan cita; en nuestra progresiva integración no nos hemos conformado a ningún arquetipo que ha irradiado y comunicado parte de las cualidades y perfecciones que en él existían, totalizadas, infinitas, hechas, en una forma eminente; sino que las categorías lógicas, estéticas y morales, son cristalizaciones de experiencia social en forma de ondas estacionadas que continuamente cambian la tensión interna y, como consecuencia, se van definiendo y constituyendo sin cesar. Los razonamientos que hacemos, tomándola como algo acabado y definido y pretendiendo llegar a la hipotética fuente de donde dimanan y existen de una manera imparticipada y per se son razonamientos absurdos, parten de una base falsa y no pueden llevarnos sino a fantásticas construcciones carentes de objetividad y consistencia.

Somos, pues, puntos desde donde irradiamos a todas partes líneas infinitas, desde donde podemos establecer inacabables relaciones. La experiencia más constante y universal, es la de nuestra inagotable capacidad de recibir nuevas sugerencias, de superar lo adquirido con nuevas conquistas; esta experiencia perennemente repetida, ha creado y consolidado el hábito de nuestra esperabilidad y ansia constante e indefinida.

Nuestra especial naturaleza y posición encuentra infinitos en todas direcciones: materia, espacio, tiempo, causalidad; cualidades físicas; colores, formas, dureza, etc., cualidades intelectuales y morales: verdad, probabilidad y certeza, belleza, bondad, maldad, etc. Pero el significado de estos infinitos es fácil comprender: no revelan más que la

posibilidad de establecer innumerables relaciones, posibilidad que nace de la conciencia de que nada se opone a que todo siga como ha seguido, que denuncia la continuidad o persistencia en la marcha integradora de la conciencia, que surge de la constante adición y sustracción de lo que hemos llamado sensaciones. Es, entonces, construido todo con pasta subjetiva; los elementos y la amalgamación son nuestros.

Pero en cuanto al tiempo y espacio hay algo más que fundamenta la mayor viveza y caracter especial de nuestra ilusión. La utilidad mayor que al hombre reportaba una buena clasificación y distribución de los mismos, ha creado un factor nuevo que ha venido a dar más intensa emotividad a los infinitos que de ella surgen.

En todos los órdenes, al cuajar, podríamos decir, la experiencia deja juntamente con el sedimento de su propia sustancia, como la medida en que ha venido encerrada. La asimilación de las energías por el individuo, se hace de acuerdo con el compás que marca el mismo y la naturaleza de ellas que influye, cambiando el equilibrio individual y consiguientemente el ritmo de su asimilación.

Las energías que llegan fraccionadas, sujetas a determinadas relaciones, dejan al evaporarse la trama definida, las relaciones cristalizadas. En el lecho de que han sido arrastradas por el proceso catabólico, queda estereotipada la marca de las mismas y la constancia de las relaciones uniformemente proporcionadas, ha hecho posible la abstracción y concreción de éstas y la formación de las matemáticas.

Por abstracción, hemos abstraído poco a poco de las realidades presentadas intuitivamente, las rela-

ciones generales y necesarias, las leyes que establece el orden de sus elementos, y del conjunto de todas las formas posibles de relaciones, hemos formado las matemáticas. Dentro de esas relaciones, cabe toda la experiencia, son como el molde donde cómodamente puede vaciarse todo lo posible.

Las matemáticas comprenden las leyes generales del pensamiento; por eso las cosas existen como valores inaprovechables, extrahumanos hasta que podemos ponerlas al abrigo de tales leyes, hasta que las sujetamos a una sistematización matemática. Tanta ciencia como matemática, ha dicho Leibnizt, y en efecto, todas las ciencias se esfuerzan por poner sus caudales bajo la garantía del matematicismo salvador.

Naturalmente, no han nacido espontáneamente, se han formado poco a poco, afinándose por una compulsación que la experiencia social ha hecho posible hasta culminar en su racionalización que tuvo lugar ya en la época histórica.

Ahora bien; la relación matemática por el hecho de tener una aplicabilidad universal es infinita, es decir, nuestra inteligencia no concibe límites a la posibilidad de aplicarla a ninguna materia, la inteligencia no encuentra entre los valores que tiene o sospecha, (la sospecha es de acuerdo con lo que tiene) ninguno que se substraiga a las reglas matemáticas.

Ahora bien, una de tantas aplicaciones del matematicismo, ha sido el tiempo y espacio; la discontinuidad que la vista, el tacto, el sentido muscular, el sentido íntimo, etc., han descubierto en la experiencia, determinaron la constitución de unidades de medida, de estados elementales; de ellos se han apoderado las matemáticas y así se han formado los infinitos, que tanto nos deslumbran,

Los infinitos no son, entonces más que las matemáticas al servicio de las unidades del tiempo y espacio que hemos formado; pero éstas unidades, sabemos, por otra parte, lo que son; elementos que traducen la relación de ritmos energéticos cósmicos y bio-psíquicos, de ahí que el resultado de sus sumaciones y restas, son enteramente subjetivos.

Kant había dicho que las matemáticas son admisibles porque formulan lo que dimana de las leyes universales de tiempo y espacio; quizá pudiéramos mejor decir que éstos surgen de una inclinación de orden matemático, o que las matemáticas y el tiempo y espacio, responden a idénticas influencias.

La solución propuesta anula la distinción que se ha hecho entre el infinito realizado y el ideal o potencial; pues el real no importaría sino dificultad para seguir a lo ideal, nacida de no tener instrumentos o medios adecuados, aunque no indicaría imposibilidad real.

Si llegáramos a la armonización de todas las energías cósmicas y biológicas, hasta el punto que vibraran sin desgastes, ni interrupciones, sonora y acordadamente, caería la valla que separa lo infinito ideal y realizado; por otra parte, mientras alcanzamos este estado, cuya consecución creemos posible, no existe más que el infinito ideal matemático en el sentido dicho.

Verdaderamente la solución propuesta de los infinitos temporal y espacial, a pesar de la sólida base sobre que se halla asentada, no nos llena completamente; queda en nosotros un sentimiento de insatisfacción inexpresable, surge de nuestro fondo una sorda protesta y reclamación; pero hemos de tener en cuenta que una crítica especulativa no basta a hacer vacilar nuestra creencia en una realidad ob-

jetiva, a deshacer formaciones mecanizadas ya, instintivas, de raigambre secular.

Los matemáticos discuten una cuestión que se relaciona íntimamente con lo infinito. Es la cuestión del continuo y la continuidad.

Sin pretender entrar en el dominio de las matemáticas, podemos inferir de lo dicho, que la palabra continuo y discontinuos, son dos términos con que expresamos y distinguimos las modalidades de experiencia que determina la relación entre los ritmos cósmicos.

Un disco de Newton, moviéndose a una velocidad determinada, aparece como un continuo, a pesar de que es formado por un número de colores distintos; todas las energías cósmicas serían percibidas como discontinuas en circunstancias determinadas. Por otra parte, acostumbramos a tender puentes de unión a través de las cosas más distintas, concibiéndolas en continuidad. Nuestro progreso se verifica en el sentido de alcanzar los estados más elementales, desintegrando y descomponiendo los que nos aparecen en continuidad y, por otra parte, componiendo y unificando los más diversos, llegando a síntesis cada vez más comprensivas.

Conocer una cosa no es interiorizarse en nada íntimo y esencial a ella, sino simplemente distinguirla de las demás y al mismo tiempo ubicarla y ponerle el sello de nuestras categorías mentales. La discontinuidad y al mismo tiempo la continuidad, son, entonces, dos consecuencias de nuestra constitución.

INDICE

PARTE PRIMERA

CAPITULO PRIMERO: El tiempo vacío no existe.

CAPITULO SEGUNDO: Presente. Distinción de presente, pasado y futuro. Su distinción proviene de que en la conciencia las sensaciones se hallan correlacionadas. Esta penetración hace que no podamos aislar exactamente el presente. — Clases de presente. — El presente matemático. — Presente real. — Presente vulgar. Relación entre los ritmos vitales y cósmicos. — Efectos de la perturbación de ésta relación. — A que puede deberse el trastorno del sentimiento de duración. — Circunstancial extensión del presente.

CAPITULO TERCERO: El pasado. La dinámica cerebral determina la formación del pasado. — Localización de los hechos que supone. — Hechos importantes. — Relativa extensión del pasado. — Pasado histórico. — Principios que pueden establecerse respecto del pasado. — Tiempo conceptivo.

CAPITULO CUARTO: Futuro. El futuro pertenece al tiempo conceptivo. — Preparación inconsciente del futuro. — Preparación racional del futuro. — Creciente extensión de éste. — Técnica

constructiva del futuro. — El futuro polariza nuestra vida. — El futuro discurre con más o menos presteza según su carácter.

CAPITULO QUINTO: Proceso cerebral del sentimiento del tiempo. Base fisiológica. — Diversas teorías. — La atenuación de las vibraciones nerviosas es el equivalente físico del alojamiento temporal. — La idea abstracta de tiempo es una elaboración de la corteza cerebral. — Palabras de Ward.

CAPITULO SEXTO: Tonalidad afectiva de sentimiento del tiempo. — El sentimiento del tiempo puede ser penoso y depresivo o placentero y exaltativo. — Su carácter depende de la frecuencia y carácter de los estados que se suceden. — Distracción y aburrimento. — El valor vital del sentimiento temporal oscila de acuerdo con la ley del optimum. — El sentimiento característico del tiempo es el que deriva de la misma sucesión.

CAPITULO SEPTIMO: Percepción del tiempo y espacio. — Primeramente se confunden ambos conceptos, pero el análisis permite diferenciarlos después. — Sentidos que determinan la formación del tiempo y del espacio. — Diferencia entre tiempo y espacio.

CAPITULO OCTAVO: Medida del tiempo. Posibilidad de establecer una relación objetiva entre los ritmos cósmicos. — Esfuerzos realizados para precizarla. — El día. — ¿Es siempre idéntico? — Unidad de medida derivada de la velocidad de la luz. — Relojes en fase. — Simultaneidad y no simultaneidad.

PARTE SEGUNDA

CAPITULO NOVENO: El tiempo en el animal

y en el niño. En los animales inferiores no existe la noción de tiempo aunque estén orientados en una dirección temporal. — En algunos insectos y vertebrados inferiores existe una noción material del tiempo. — Integración de la idea de tiempo desde el hombre primitivo al civilizado. — Integración de la noción temporal en el niño.

CAPITULO DECIMO: Elaboración de la idea del tiempo. La idea de tiempo había de formarse cuando condiciones biológicas y cósmicas lo exigieran. Culmina en el hombre culto.

CAPITULO UNDECIMO: Factores de la elaboración de la idea de tiempo. Nuestra misma constitución. — Diferenciación mínima y semejanza máxima. — La actividad refleja o la atención imperada. — La intención y la voluntad. — El lenguaje y la vida social.

CAPITULO DUODECIMO: Génesis del tiempo y espacio. La formación del espacio como la del tiempo se ha hecho progresivamente en las especies concurriendo idénticos factores. — El surgimiento de nuestro espacio debe corresponder a nuestra estación bípeda y destinación de las manos para palpar. Tiene el mismo carácter biofilático. — Ha evolucionado con el tiempo corrigiéndose y apoyándose mutuamente.

PARTE TERCERA

CAPITULO DECIMO TERCERO: Interpretación vulgar del concepto de tiempo. — El vulgo creyó en la realidad del tiempo como en la de las cosas. — Lo confunde por una parte con la duración de las cosas y por otra lo supone existente con anterioridad a ellas.

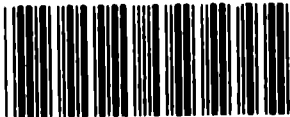
CAPITULO DECIMO CUARTO: Interpretación de algunos filósofos. Dificultad de definir el tiempo. — Palabras de San Agustín. — El Tiempo según Platón. — Definición de Aristóteles. — El tiempo según los Escolásticos. — Según los místicos. — El tiempo según Descartes, Gasendo, Leibnitz, Clark, Espinosa, Balmes y Bergson.

CAPITULO DECIMO QUINTO: Rectificación de la creencia en la realidad y objetividad del tiempo. Interpretación del tiempo por los Eleatas, Locke, Berkeley y Hume. — Kant, Hegel, Spencer, Wundt, W. James. — Los filósofos naturalistas.

Capítulo DECIMO SEXTO: Carácter de la investigación filosófica. Análisis de nuestro mundo. — El yó. — Indeterminada extensión del mismo. — Direcciones de nuestro progreso. — Que es la realidad. — Relatividad de la realidad. — Las relaciones son la única realidad. — La expresin de las realaciones es lo que denominamos sensaciones. — Lo que se relacionan son energías. — Eteroritmo de las energías determina la surrección del mundo. — El tiempo es el concepto de la correlación entre las energías. — El tiempo es el instrumento de que nos servimos para imponer a la naturaleza el orden y la economía. — Es algo subjetivo. — El espacio. — Su carácter subjetivo y relativo.

CAPITULO DECIMO SEPTIMO: Eternidad. Infinito temporal y espacial Han preocupado siempre los infinitos temporales y espaciales. Definición de Boecio. Solución kantiana. — Los infinitos son construcciones del sujeto. — Continuo y discontinuo.

7ES18043M360C



193211

